

MISCELÁNEA

(DEDICADA A ORWELL)

DEPARTAMENTO DE LENGUA Y LITERATURA INGLESAS

4

Depósito Legal: Z. 1620-1980.

ISBN: 84-600-2107-6.

Reproducido por Facsímil, Vía de la Hispanidad, s. n.

Urbanización la Bombarda, 32. Zaragoza - 10.

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

En los círculos académicos y en los medios de comunicación el año 1984 ha tenido una amplia repercusión. Esta fecha ha servido para meditar, tomando como punto de referencia la obra de Orwell, sobre nosotros mismos, nuestro entorno y nuestros proyectos de futuro. El Departamento ha querido sumarse a la reflexión interdisciplinar suscitada en todo el mundo por la fecha emblemática de 1984.

La conmemoración Orwelliana, pensamos desde un principio, no podía limitarse al ámbito estricto del Departamento y por ello solicitamos la colaboración de prestigiosos profesionales de otras disciplinas que generosamente han prestado su cooperación, incrementando así el valor didáctico del Seminario.

Los trabajos aquí reunidos hablan por sí mismos de la seriedad y la calidad de los participantes y, sin embargo, no acaban de reflejar lo que, para quien escribe, constituyó la faceta más interesante del Seminario, la convivencia, la puesta en común de unos saberes heterogéneos y la supresión, siquiera por unas jornadas, de las rígidas barreras de la especialización.

Los bienes culturales de la lengua, la literatura y la civilización anglosajonas no son patrimonio de este Departamento, sino que somos sus modestos administradores y por ello nos ha sido muy grato verificar cómo la obra de Orwell ha sido punto de encuentro y núcleo de meditación para profesionales de toda condición. La multiplicidad de puntos de vista y el contraste de opiniones son sin duda el mejor antídoto para la manipulación del individuo por parte de los poderes totalitarios.

Nuestra mayor satisfacción será el haber contribuido a disipar las amenazadoras nubes anunciadas en 1984.

Carmen Olivares

**EN TORNO AL ENSAYO DE ORWELL
"SUCH, SUCH WERE THE JOYS"**

Juan José GUILLEN CALVO

El ensayo *Such, Such Were the Joys*, de Orwell es un documento autobiográfico importante del autor. Es autobiográfico no en un sentido histórico de su vida, sino en un aspecto intimista de sus sentimientos, que nos refleja su postura ante los valores de su sociedad y ante algunos acontecimientos o movimientos fundamentales para la formación de sus ideales políticos y sociales. Es el relato de algunos recuerdos entresacados de sus cinco años de infancia, de los ocho a los trece años, en el colegio de Crossgates, se llamaba realmente *St. Cyprian's*, salpicados de reflexiones y explicaciones de un Orwell adulto, cansado y enfermo, cargado de pesimismo y desilusión. Son unos recuerdos escogidos por una mente adulta y reflexiva, a los que parece cargar de su insatisfacción de hombre maduro que ha luchado por algo, pero que, abatido y acabado, no ve o no puede ver el resultado de sus esfuerzos. La descripción desnuda que hace del niño que fue él, frustrado, insatisfecho, débil, impopular, desagradable, es más, yo creo, su propia descripción mental trasladada a su infancia por el recuerdo.

Orwell nos cuenta algo de lo que le ocurrió o de lo que recuer-

da con más viveza durante los cinco años que pasó en Crossgates. Nos lo cuenta en los últimos años de su vida, corta y enfermiza, como algo que no quiere dejarse en el tintero, porque lo considera un tema muy importante de reflexión para una sociedad que él quiere contribuir a cambiar. El tema del ensayo es la escuela de una sociedad determinada, la inglesa, o de una parte influyente de esa sociedad, y en una época precisa de nuestro siglo, del año 1911 al 1916. Pero nos lo cuenta ya casi en el año 1950, cuando muchas cosas han cambiado y desaparecido, y cuando han sucedido acontecimientos muy graves que han marcado su vida profundamente. Es el momento último de su vida, muere en ese año de 1950, después de haber luchado físicamente en la Guerra Civil española y haber asistido a una Segunda Guerra mundial. Y al describir esa escuela, nos habla de la sociedad que la nutría y nos deja ver su desprecio ya de hombre adulto hacia aquella sociedad que ha cambiado, pero que no está seguro de que se haya liberado de sus grandes defectos y miserias.

Crossgates en un colegio al que asisten niños que proceden de las clases alta y media-alta de la sociedad inglesa, en una época en que la distinción de clases sociales es brutal. A esta escuela asiste Orwell, y ésta es, quizás, una de las contradicciones de su vida. Atendiendo a su origen social, se diría que sus padres hicieron un esfuerzo económico para darle una educación que lo situara de algún modo a la altura de las clases adineradas. Según la imagen que Orwell nos da de su niñez, él nunca llegó a encajar en esa clase ni mucho menos a 'pertenecer' a ella. Esta idea de 'pertenecer' a un grupo determinado o a un lugar concreto, expresada con el verbo inglés 'belong' lleva en sí un hondo bagaje cultural difícilmente expresable con una traducción de otra lengua que ve y expresa la realidad compleja que nos rodea de un modo siempre diferente. Además, es un verbo que puede aportar un claro sentido de clase social diferenciada de un modo casi imposible de reproducir en español con el equivalente 'pertenecer'. Es un verbo que sirve muy adecuadamente para 'clasificar' a una persona atendiendo a todos los rasgos de comportamiento de la persona que son significativos de un contexto social determinado. El autor nos dice: "Estaba claro que yo nunca podría llegar a ese Edén (el de las clases privilegiadas), al que uno nunca llegaba a 'pertenecer' a menos que naciera en él. Uno sólo podía, como mucho, 'amontonar dinero', mediante una carrera misteriosa llamada 'ir a la ciudad', y, cuando salías de la ciudad, después de haber ganado tus 100.000 libras, ya eras

gordo y viejo. Mientras que lo verdaderamente envidiable de la clase privilegiada era ser ricos cuando eran jóvenes". Para gente como el autor, que él considera la clase media ambiciosa, sólo quedaba el éxito conseguido por medio de un trabajo largo y continuado y, aun así, sólo se llegaba a ser un subordinado de los que de verdad 'contaban'.

Estas consideraciones de Orwell sobre la sociedad de la que estuvo rodeado en sus años escolares, y a la que nunca perteneció, aunque a veces parece que lo hubiera deseado vivamente, debieron influir poderosamente en sus planteamientos sociales posteriores. Se diría a simple vista, que toda su concepción de una sociedad que era necesario cambiar, parte en primer lugar de un rechazo vital hacia unas clases sociales determinadas que contribuyeron a crear en él un lacerante complejo de inferioridad, de pequeñez, de fracaso. Volviendo al tema de sus años escolares, que es el del ensayo, Orwell quiere llamar la atención sobre algo que se conoce pero a lo que no se presta la debida atención: un niño está abierto a toda clase de impresiones que dejan huella en él; un niño es incapaz de tener un juicio objetivo e independiente sobre todo cuanto forma su entorno; un niño acepta los valores que le enseñan o le imponen los mayores. Y la escuela, esa escuela-internado sobre todo que él conoció, es muy directamente responsable de las actitudes aprendidas por quienes asisten a ella. Y, aunque los sistemas educativos progresan y eliminan poco a poco una serie de tabús religiosos, sexuales, sociales, el autor no está seguro de que no sigan existiendo, ya en 1950, entre otras cosas, el miedo, el odio, el esnobismo y la falta de comprensión, dentro de lo que el niño sigue aprendiendo en la escuela. Su certeza de que la escuela es un medio importante de cambio social, orientada en un sentido de progreso, no es menor que la que el autor expresa en otros lugares, y que casi se convierte en una obsesión, sobre la importancia, a veces intencionadamente infravalorada, de los medios de comunicación para dirigir a una sociedad en un sentido o en otro. El ha vivido ambas cosas: una escuela que le ha dejado abundantes cicatrices, y una prensa que ha falseado intencionadamente situaciones sociales y políticas en las que él ha estado envuelto, aniquilando dicha prensa a ciertos grupos por silenciamiento y creando corrientes favorables de opinión hacia otros, pero siempre perjudicando a la verdad y, últimamente, a la verdadera libertad. En cuanto a su obsesión por el poder de los medios de difusión y de la clara propaganda política, no hay más que

leer obras suyas como *1984*, *Animal Farm*, o *Mi Guerra Civil Española*.

En este ensayo sobre la escuela de su infancia Orwell se nos presenta como un personaje hondamente crítico de todo el sistema escolar y de la sociedad que lo sustenta. Destacan siempre sus descripciones que resaltan los aspectos negativos; quizás carga las tintas excesivamente cuando comenta las condiciones deplorables de sus años escolares. A veces, él es consciente de ello y advierte al lector sobre alguna posible exageración, aunque está seguro de ser realista y objetivo. Apenas encuentra virtudes, bondades, en las cosas y en las personas que le rodean: en sus cinco años en Crossgates sólo encuentra a dos personas, Mr. Brown y Mr. Batchelor, por quienes no sintió aversión ni miedo; al parecer, no hubo nadie por quien sintiera afecto. El director, Sim, y su esposa, Bingo, son dos personas ambiciosas, perversas, llenas de falsedad, que imponen un sistema de terror, envidia, odio y venganza entre los niños. Orwell explica que, después de analizar sus sentimientos, el que prevalecía por encima de todos los demás era el odio. Uno piensa que es odio a las personas concretas que estuvieron sobre él durante esos años escolares, pero, analizando sus obras, se ve que es el resultado de una postura negativa, profundamente crítica, hacia casi todo lo que le rodeaba. Recordando su niñez, nos dice, por ejemplo, que se equivoca el maestro que imagina que los niños le quieren y confían en él, y concluye que “un adulto que no parece peligroso casi siempre parece ridículo”.

Destacan en sus recuerdos toda clase de miserias humanas y físicas: La crueldad de un sistema que zahiere, que mortifica, que aniquila todo lo que no sea la fuerza bruta o el poder del dinero o de la casta social, mediante la exposición pública de las debilidades de uno, según un código inhumano de juzgar lo que era una debilidad, y mediante el castigo físico brutal. Los malos tratos de los niños por parte de los adultos es una constante en la literatura inglesa; sin duda fueron reales los malos tratos recibidos por Orwell en Crossgates. Nos recuerda las normas irracionales de conducta mediante las que Sim y Bingo tiranizaban a todo el colegio, y que a Orwell siempre le parecieron un medio de descargar sobre los niños el peso de su perversidad y de sus vicios y complejos; el sentimiento de culpabilidad que el colegio creaba en cada niño de un modo gratuito, sin nada que lo justificara y sin que los niños pudieran explicarse el porqué de ciertas conductas erróneas. Este sentimiento de culpa-

bilidad acompaña al de odio en los recuerdos de Orwell. Y, unido a él, la imposibilidad física de practicar el bien, según las normas establecidas; es decir, el mal, el pecado no deseado, sin intención de cometerlo, pero real, inevitable. La religión con sus tabús y su sedimento cultural es, naturalmente, uno de los blancos del odio del autor. Sin apenas nombrarla, está presente como inductora de toda una moral social destructiva, causante de una serie de contradicciones sociales y morales, y de todos los terrores y aversiones sembrados en los niños por los educadores. Desgraciadamente, al final de su vida, Orwell no está seguro de que, una vez eliminados los tabús religiosos, sexuales o de otro tipo, no sigan existiendo el temor, el odio, el esnobismo y la falta de comprensión.

Su postura social y política, declaradamente en favor del Socialismo (véase su obra *The Road to Wigan Pier*), pero, sobre todo, en favor de la libertad y en contra de toda tiranía, parece haber nacido, pues, de una reacción vital a un mundo hostil, brutal, con unos valores materialistas desprovistos de todo sentido humano. No es fácil separar el Orwell narrador de cuarenta y tantos años, enfermo y consciente de su acabamiento físico, del Orwell niño, protagonista en primera persona de aquellos años de colegial en Crossgates. Pero es muy interesante saber cómo se veía a sí mismo físicamente, de niño, o cómo se recuerda de mayor cuando escribe sobre su infancia. Evidentemente, Orwell fue siempre un niño enfermizo. El dice que en invierno, a partir de los diez años, apenas gozó de buena salud. Tenía insuficiencia respiratoria y una lesión en un pulmón que no fue descubierta hasta muchos años después. Este debió ser el origen de su gran repugnancia y horror al ejercicio físico violento y de sus pesadilla con el fútbol —“el frío, el barro, el repugnante balón lleno de grasa que te venía a la cara silbando, los golpes de rodilla y los pisotones de las botas de los muchachos más corpulentos”. En otros aspectos también, pero sobre todo en lo físico, tenía un verdadero complejo de inferioridad. Nos lo dice con toda claridad: “Según los patrones sociales que imperaban a mi alrededor, yo era un don nadie, y no podría ser nunca nada. Además todos los diferentes tipos de valores parecían estar misteriosamente interrelacionados y recaer en las mismas personas. No era sólo el dinero lo que contaba: también estaba la fuerza, la belleza, el atractivo personal, las cualidades atléticas y algo llamado “agallas” o “carácter”, que en realidad quería decir la fuerza para imponer tu voluntad sobre los demás. En *Animal Farm* nos presenta un personaje de “carácter” (Napoleón), quien acabará tira-

nizando a todos sus congéneres. Yo no tenía ninguna de estas cualidades. En los deportes, por ejemplo, yo era un inútil. Nadaba bastante bien y no era del todo malo en cricket, pero estos deportes no daban prestigio, porque los chicos sólo le dan importancia a un deporte si requiere fuerza y valor. Lo que contaba era el fútbol, para el que yo era un cobarde". Orwell se ve a sí mismo claramente arrinconado, discriminado, empequeñecido, ridiculizado por todo un mundo inhumano, brutal, superior, física, social y económicamente. Lo moral no cuenta, sobre todo si sus patrones no coinciden con los de sus congéneres; y lo intelectual no tiene el apoyo suficiente para prestigiarle o auparle en una sociedad que valora lo físico y material con total predominio sobre la inteligencia. Y, como resultado de todas estas consideraciones, Orwell se considera un fracaso total. Es una idea que parece haberle perseguido constantemente. Cuando se despide de Crossgates, piensa: "Yo había ganado dos becas, pero era un fracaso, porque el éxito se medía no por lo que uno hacía, sino por lo que uno 'era'. Yo no era 'el tipo adecuado de muchacho y no podía darle ningún prestigio a la escuela. No tenía carácter ni valor ni salud ni dinero, ni siquiera buenos modales, ni la posibilidad de parecer un caballero". Y, cuando ya se ve fuera del colegio, sigue diciendo: "Pero sí sabía que el futuro era obscuro. Fracaso, fracaso, fracaso —fracaso tras de mí, fracaso delante de mí— ésa era con ventaja la convicción más profunda que me llevaba conmigo".

De algún modo, Orwell culpa continuamente de su fracaso y progresivo aniquilamiento a todo cuanto le rodea: el colegio, sus profesores, la mayoría de sus compañeros, y todo el mundo de los mayores. Unido al sentimiento de fracaso está el del odio, que Orwell dirige en especial a todas las personas mayores. Sim y Bingo son sus blancos particulares, pero, realmente, es un odio generalizado. Exclama, hablando de las personas mayores: "¡El tamaño enorme de los mayores, sus cuerpos torpes, rígidos, su piel áspera, arrugada, sus grandes párpados caídos, sus dientes amarillos, y el vaho de ropa enmohecida, y cerveza y sudor y tabaco que despiden continuamente!". Y termina, como he indicado ya anteriormente: "El maestro que imagina que los chicos le quieren y confían en él, de hecho es imitado y ridiculizado a sus espaldas. Un adulto que no parece peligroso casi siempre parece ridículo".

El complejo de inferioridad de Orwell es inmenso, es una obsesión opresiva, una paranoia. Su salud, su carácter introvertido, el haber sido llevado a un ambiente colegial al que claramente no 'per-

tenecía' socialmente, las vejaciones continuas de maestros y compañeros, el esnobismo rampante de todo aquel mundillo que le zahería sin tregua, pueden ser parte importante de la causa. Sin duda, Orwell exagera al querer darles vida a sus recuerdos de infancia y presentarlos como recuerdos de entonces y no de sus años maduros. Algo que solamente menciona de pasada y que claramente debió de ser parte de su herencia son sus relaciones con sus padres, bastante frías y distantes. Hablando de afectos personales, dice: "Era igualmente claro que uno debía amar a su padre, pero yo sabía muy bien que no sentía ningún afecto por mi propio padre, a quien apenas había visto antes de cumplir los ocho años y cuya imagen era para mí nada más que la de un viejo malhumorado que siempre estaba diciendo 'No hagas esto, no hagas lo otro'." Casi al final del ensayo dice: "Uno puede querer a un niño, tal vez, más profundamente que puede querer a otro adulto, pero es precipitado suponer que el niño siente ningún afecto recíproco. Volviendo a mi propia niñez, después de los años de infancia, no creo que sintiera nunca amor por ninguna persona madura, excepto mi madre, y ni siquiera en ella confiaba, en cuanto que mi timidez me hacía ocultarle la mayoría de mis verdaderos sentimientos".

Cabe preguntarse por qué Orwell fue enviado a este colegio, donde tuvo que soportar la crueldad de mayores y compañeros, y las vejaciones continuas de unos educadores que le recordaban sin cesar su origen llano, avergonzándolo ante los demás siempre que tenían ocasión de hacerlo. La clase media, o media-baja, se movía en ese equilibrio de 'querer y no poder' tan inestable e incómodo; sobre todo cuando, por educación y profesión, le correspondía un grado por encima del que económicamente podía mantener. Este debió de ser el caso de la familia de Orwell en un mundo tan rígidamente clasificado como el inglés de aquella época. Lo cierto parece ser que Crossgates tuvo una notable influencia negativa en el espíritu sensible de Orwell. Destaco de nuevo la imagen despreciable y ruin que el niño Orwell llegó a formarse de sí mismo, y que sintetiza en unas frases: "Yo era débil, no tenía dinero, era mal parecido, no era popular, tenía una tos crónica, era cobarde, olía mal". Y termina: "Yo era un muchacho desagradable. Crossgates pronto me hizo así, aunque no lo hubiera sido antes".

El niño Orwell pare haber pasado por unas etapas de envidia, odio y deseo de revancha que posiblemente condicionaron su vida y sus principios ideológicos, o, al menos, sus simpatías o antipatías. El esquema simple colegial del muchachote fuerte, guapo, popular,

atlético, de padres ricos, que se permite insultar y ridiculizar al niño débil, pobre, indefenso, solitario, lo traslada Orwell en sus años adultos a las clases que apoyan a las dictaduras fascistas, que osentent el poder militar y económico, y que machacan a las clases de abajo. Por supuesto, al igual que en *Crossgates*, Orwell está con los de abajo. Por eso vino a luchar a España *contra Franco*, por eso está siempre de parte de las clases oprimidas, por eso siente clara simpatía por el Socialismo, sin ser hombre de partido. Orwell estima en mucho la independencia política que le permite siempre defender la libertad. Por eso, también se pronunciará tan claramente contra cualquier tipo de dictadura, como lo hace en su obra maestra *Animal Farm*, aunque al final siempre sea el fuerte quien triunfe.

Este relato infantil autobiográfico de los años que pasó Orwell en *Crossgates* nos deja ver ya el Orwell contradictorio a medida que las posturas sociales y políticas van cambiando, pero también al hombre que se erige en conciencia acusadora de su sociedad. Es, ante todo, el gran defensor de la verdad como única garantía de la verdadera libertad. Se dedicó profesionalmente a narrar la verdad, como corresponsal, y ejerció literalmente de defensor de la libertad, no sólo con sus escritos sino con su participación física junto a las milicias del POUM en la Guerra Civil española. Se nos revela ya de niño como aherrojado por una maraña de tabús, falsedades, mentiras, que él quiere deshacer por su propia libertad y la de los demás. No se librará nunca del todo de esa maraña, pero tampoco dejará de luchar contra ella. Este ensayo que comento, y que apareció entre sus papeles después de su muerte, es una muestra de su continua obsesión por desmitificar la sociedad en que él vivió. La religión es claramente uno de los blancos de su aversión. El niño Orwell se siente oprimido por un mundo 'de bien y de mal', del que uno no puede salirse, y donde las reglas del juego son tales que resulta imposible ser bueno. Le oprime la conciencia de pecado, involuntario e inevitable, pero pecado al fin, y un profundo sentimiento de culpabilidad, que él acepta sin cuestionar. Hay una secuela de odio inevitable y una clara culpabilidad por ello.

Dedica buen número de comentarios a los tabús sexuales que, como casi todo, servían para aterrorizar a los niños y hacerlos sentirse culpables de perversidades imperdonables que ellos no comprendían. En una ocasión le acusaron a él directamente de haber cometido aquel pecado imperdonable 'propio de animales'. Nos dice: "Cayó sobre mí un sentimiento de perdición. De modo que yo

también era culpable. Yo también había hecho aquella cosa terrible, no sabía qué exactamente, que te destrozaba para toda la vida, en cuerpo y alma, y te conducía al suicidio o al manicomio".

Le irrita la falsedad, la mentira, de toda la sociedad que le rodea. Luchará contra ella en casi todas sus obras. Basta leer *Homage to Catalonia*, *Animal Farm*, *Nineteen Eighty-four* sobre todo. Le repugna el esnobismo, palabra muy frecuente en este ensayo, de las clases sociales con las que está mezclado. Todo esto le empuja a una lucha continua contra la falsedad, la intransigencia y el autoritarismo. Aparecen, lógicamente, claros destellos de revancha. Dice Orwell: "Había un verso de un poema que leí, no cuando estaba en *Crossgates*, sino un año o dos después, y que pareció crear un eco plomizo en mi espíritu. Era 'los ejércitos de la ley inalterable'. Entendí a la perfección lo que significaba ser Lucifer, vencido y justamente derrotado, sin ninguna posibilidad de venganza. Los directores de escuela con sus bastones, los millonarios con sus castillos escoceses, los atletas con su pelo ondulado, —éstos eran los ejércitos de la ley inalterable. No era fácil, en aquella época, darse cuenta de que, de hecho, 'era' alterable. Y según aquella ley yo estaba condenado". Cuando recuerda la pelea que tuvo con Halls, un muchacho mucho más fuerte que él, dice como avergonzado que actuó cobardemente, porque luego no aceptó oficialmente el reto que Halls le hizo. "En aquel momento, no podía ver más allá del dilema moral que se le presenta al débil en un mundo gobernado por el fuerte: 'Infringe las normas o perece'. Yo no me di cuenta de que en aquel caso los débiles tienen el derecho de establecer un código diferente para sí mismos; porque, aunque tal idea se me hubiera ocurrido, no había nadie a mi alrededor que me hubiera apoyado. Yo vivía en un mundo de muchachos, animales gregarios, que no ponen en duda nada, que aceptan la ley del más fuerte y se vengan de sus propias humillaciones imponiéndoselas a alguien más débil. Mi situación era la de muchos otros chicos, y, si en potencia yo era más rebelde que la mayoría, sólo era porque, según la medida usada entre muchachos, yo era un ejemplar más pobre. Pero nunca me rebelé intelectualmente, sólo emotivamente. No tenía nada en que apoyarme sino mi torpe egoísmo, mi incapacidad —no, en realidad, de menospreciarme, sino de detestarme— mi instinto de sobrevivir".

Orwell parece haber dedicado buena parte de su vida a lograr establecer un código diferente para sí mismo y para todos los débiles de la tierra. Este nuevo código va a justificar plenamente la trayectoria de su vida, y, por supuesto, va a liberarle de todos sus sentimientos de culpabilidad al no comportarse como la clase do-

minante. Inicia pronto una carrera de identificación con las clases más destituidas, y hace un verdadero esfuerzo por experimentar sus propias miserias. No quiere ser un mero narrador de los de abajo ni un simple ideólogo para sacarles de su postración; quiere ser uno más de ellos hasta el punto de verse obligado a luchar contra sus propios gustos de persona instruida y refinada que le delatan como alguien que tampoco 'pertenece' de verdad a esa clase. En su obra *The Road to Wigan Pier* cuenta sus propias experiencias de vivir igual que los mineros y sus familias; luego declara que sólo el Socialismo puede liberar a esta gente de la miseria impuesta por unas clases que globalmente apoyan a las dictaduras fascistas. Se alista en las milicias del POUM para vivir desde dentro la lucha contra esas dictaduras, en la Guerra Civil española. Curiosamente, su experiencia al final de su participación en nuestra guerra va a ser decisiva para crear en él una verdadera aversión a cualquier tipo de autoritarismo, ya que pudo observar cómo la máquina comunista aniquilaba todo cuanto él había acariciado como ejemplo de verdadera libertad. No debe hacernos pensar esto que Orwell cambió de postura por esta experiencia; su línea siguió siendo la misma, de apoyo y defensa de quienes no tenían a su lado la máquina del estado. Únicamente, el blanco de sus críticas y ataques se extendió no sólo a las dictaduras fascistas de derechas sino también a las dictaduras socialistas. Su obra maestra, en mi opinión, esa pequeña fábula titulada *Animal Farm*, la más querida también de su autor, es un relato agrídulce, lleno de ternura, el más generoso y amable de cuantos escribió, el más humano, quizás porque sus personajes son animales, y representa un claro ataque a las dictaduras socialistas establecidas después de una revolución. Se refiere muy concretamente a la Rusia de Stalin, por lo que el autor tuvo grandes dificultades para publicar esta obra. No hay que olvidar que era al final de la segunda guerra mundial y Rusia era un aliado contra el eje de Hitler. Su obra amarga, *Nineteen Eighty-Four*, será el mejor ejemplo de su terror ante la aniquilación del individuo por la implacable máquina del estado todopoderoso.

Como para justificar la enfermiza opinión que, de niño, tenía de sí mismo, Orwell muere a los 47 años, de tuberculosis, después de varios años de extrema debilidad. No había ganado ninguna batalla importante, ni en España ni en su lucha constante en favor de la verdad y de la libertad. Quizás hoy, en este año de 1984, título de su novela más inquietante, se esté convirtiendo de verdad en uno de los escritores más clarividentes y desmitificadores de nuestro siglo.

"FACT AND FICTION" EN "THE ROAD TO WIGAN PIER"

Mary ROCHE

Como varios de los libros de Orwell —y aquí no me refiero a los más conocidos, *Animal Farm* y *1984— The Road to Wigan Pier* tiene una historia. Quiero decir que tiene una historia como libro. Precisamente, dentro del libro, no hay un argumento propiamente dicho, sino aquella mezcla de "fact" y "fiction" que es tan típica de algunas de las primeras obras de Orwell, y que nos hará recordarle siempre como uno de los exponentes de un género de literatura que se podría llamar "ficción periodística" o "periodismo-ficción". Como antecedentes, yo pienso no sólo en Swift —muy citado como predecesor de Orwell por su espíritu satírico— sino en el Defoe de "Journal of the Plague Year", o incluso en autores modernos norteamericanos como Kerouac, Truman Capote, Vonnegut y otros.

La primera obra publicada de Orwell, *Down and Out in Paris and London*, fue la narración de sus experiencias en ciertos barrios de París, donde trabajó como pinche de cocina en un hotel de gran lujo, y luego en Londres, donde vivió durante varios meses como

minante. Inicia pronto una carrera de identificación con las clases más destituidas, y hace un verdadero esfuerzo por experimentar sus propias miserias. No quiere ser un mero narrador de los de abajo ni un simple ideólogo para sacarles de su postración; quiere ser uno más de ellos hasta el punto de verse obligado a luchar contra sus propios gustos de persona instruida y refinada que le delatan como alguien que tampoco 'pertenece' de verdad a esa clase. En su obra *The Road to Wigan Pier* cuenta sus propias experiencias de vivir igual que los mineros y sus familias; luego declara que sólo el Socialismo puede liberar a esta gente de la miseria impuesta por unas clases que globalmente apoyan a las dictaduras fascistas. Se alista en las milicias del POUM para vivir desde dentro la lucha contra esas dictaduras, en la Guerra Civil española. Curiosamente, su experiencia al final de su participación en nuestra guerra va a ser decisiva para crear en él una verdadera aversión a cualquier tipo de autoritarismo, ya que pudo observar cómo la máquina comunista aniquilaba todo cuanto él había acariciado como ejemplo de verdadera libertad. No debe hacernos pensar esto que Orwell cambió de postura por esta experiencia; su línea siguió siendo la misma, de apoyo y defensa de quienes no tenían a su lado la máquina del estado. Únicamente, el blanco de sus críticas y ataques se extendió no sólo a las dictaduras fascistas de derechas sino también a las dictaduras socialistas. Su obra maestra, en mi opinión, esa pequeña fábula titulada *Animal Farm*, la más querida también de su autor, es un relato agrídulce, lleno de ternura, el más generoso y amable de cuantos escribió, el más humano, quizás porque sus personajes son animales, y representa un claro ataque a las dictaduras socialistas establecidas después de una revolución. Se refiere muy concretamente a la Rusia de Stalin, por lo que el autor tuvo grandes dificultades para publicar esta obra. No hay que olvidar que era al final de la segunda guerra mundial y Rusia era un aliado contra el eje de Hitler. Su obra amarga, *Nineteen Eighty-Four*, será el mejor ejemplo de su terror ante la aniquilación del individuo por la implacable máquina del estado todopoderoso.

Como para justificar la enfermiza opinión que, de niño, tenía de sí mismo, Orwell muere a los 47 años, de tuberculosis, después de varios años de extrema debilidad. No había ganado ninguna batalla importante, ni en España ni en su lucha constante en favor de la verdad y de la libertad. Quizás hoy, en este año de 1984, título de su novela más inquietante, se esté convirtiendo de verdad en uno de los escritores más clarividentes y desmitificadores de nuestro siglo.

"FACT AND FICTION" EN "THE ROAD TO WIGAN PIER"

Mary ROCHE

Como varios de los libros de Orwell —y aquí no me refiero a los más conocidos, *Animal Farm* y *1984*— *The Road to Wigan Pier* tiene una historia. Quiero decir que tiene una historia como libro. Precisamente, dentro del libro, no hay un argumento propiamente dicho, sino aquella mezcla de "fact" y "fiction" que es tan típica de algunas de las primeras obras de Orwell, y que nos hará recordarle siempre como uno de los exponentes de un género de literatura que se podría llamar "ficción periodística" o "periodismo-ficción". Como antecedentes, yo pienso no sólo en Swift —muy citado como predecesor de Orwell por su espíritu satírico— sino en el Defoe de "Journal of the Plague Year", o incluso en autores modernos norteamericanos como Kerouac, Truman Capote, Vonnegut y otros.

La primera obra publicada de Orwell, *Down and Out in Paris and London*, fue la narración de sus experiencias en ciertos barrios de París, donde trabajó como pinche de cocina en un hotel de gran lujo, y luego en Londres, donde vivió durante varios meses como

vagabundo, andando por los caminos, como otros parados, com-
partiendo un fenómeno tristemente típico de las carreteras de Gran
Bretaña durante los años 30. Sobre la proporción de verdad e in-
veniva de aquel libro, Orwell comentaría en *The Road to Wigan
Pier*:

"Nearly all the incidents described there actually happened, though they have been
rearranged".¹

En esta breve intervención, voy a contar en muy resumidas cuen-
tas la historia del libro: por qué se escribió y el producto final. Por
otro lado, voy a mirar rápidamente cómo Orwell puso en práctica
en este libro aquel modo narrativo que es mezcla de "fact and fic-
tion", y que es típico de tres de sus primeras obras; es decir, *Down
and Out in Paris and London*, *The Road to Wigan Pier* y *Homage
to Catalonia*.

Este libro, *The Road to Wigan Pier*, fue publicado en 1933 por
un editor conocido por sus ideas izquierdistas: Victor Gollancz.
Gollancz era no sólo editor, sino también presidente del "Left
Book Club" (Club del Libro de Izquierdas); un título que suena de-
liciosamente ingenuo en nuestros días, pero que era un Circulo de
Lectores del cual eran socios muchos de los intelectuales de esa dé-
cada, incluyendo personas como Leonard Woolf, el marido de
Virginia.

Eramos en 1933. En Italia, Mussolini lleva un control absolu-
to fascista desde 1929. En Alemania, Hitler llegaría en enero a la
Cancillería del país y aumentaría el poder de su policía secreta, las
famosas S.S. En Inglaterra, se vacila aún entre polarizaciones ide-
ológicas cada vez más marcadas. Rusia es todavía una especie de sue-
ño, de modelo para muchos socialistas y comunistas europeos. En
España se desarrolla el experimento de la República que atrae tam-
bién la atención de muchos intelectuales.

El "Left Book Club" reunía a los que apoyaban las ideas de iz-
quierda. Por lo tanto, no es sorprendente que Víctor Gollancz que-
dara encantado al leer el primer manuscrito de Orwell, *Down and
Out in Paris and London*. Ahí había un hombre comprometido que
presentaba un interesante reportaje social, pero bien escrito, lo que
no era corriente entre muchos otros bienintencionados autores pa-
trocinados por el Club. Había documentado un mundo descono-
-

1 ORWELL, G. *The Road to Wigan Pier*, Penguin, Harmondsworth, 1962,
(1ª ed. 1937), pág. 133.

do para la mayoría de los lectores ingleses —el mundo de los que
están "on the road".—

Down and Out in Paris and London tuvo mucho éxito, a raíz
del cual Gollancz encargó a Orwell una excursión a otro mundo des-
conocido: el Norte industrial de Inglaterra, sumida en la Depresión
más terrible desde los orígenes de la Revolución Industrial, y con
unas cifras de parados muy altas.

Orwell aceptó el encargo y, sin grandes preparativos, con tan só-
lo unas direcciones en el bolsillo y un poco de dinero, se puso en
marcha. Parte de aquel viaje lo hizo otra vez como vagabundo, pero
tomando unas notas minuciosas de lo que veía y de sus miserables
gastos de bocadillos, billetes de autobús, tabaco, etc. Era como ha-
cer un viaje a otro continente, como había hecho diez años antes
cuando se fue a Birmania. El Norte de Inglaterra era —y sigue
siendo— muy distinto al Sur. Tanto el desarrollo económico de In-
glaterra, como el tópico submundo social creado por la Revolución
Industrial del siglo XIX (mujeres y niños trabajando en las minas,
jornadas laborales de 14 horas, semanas laborales de siete días) se
habían originado en gran parte en el Norte. En el Sur, se hablaba
con otros acentos, se vivía una vida más acomodada —un modo de
vivir que se había mantenido en línea recta desde las novelas de Jane
Austen— aquella vida reposada y deliciosamente angustiada por
otro tipo de problemas, problemas burgueses, con la anadidura de
una nueva burguesía media-alta que se había enriquecido con la ex-
plotación de las colonias británicas a lo largo del siglo XIX. El Sur
era también el centro administrativo, y Londres la ciudad de la Bol-
sa, del Parlamento y de los funcionarios públicos. En el Norte vi-
vía una población trabajadora, con una densidad muy alta, en pue-
blos y ciudades que se habían construido a lo largo del siglo ante-
rior para alojar a los "proles", que eran la mano de obra de las fá-
bricas de textil, minas, siderúrgicas, o astilleros. Era un mundo que
Dickens había mitificado ya en el XIX, dando pequeños escalofríos
a sus lectores burgueses, y que Lawrence también iba a evocar en
sus novelas, pero dentro de su visión poética y muy personal. Nin-
guno de los dos tocaron el tema con esa mezcla de crudeza y frial-
dad con que lo hizo Orwell.

Orwell era del Sur, de la "lower-upper-middle class" como di-
ría él mismo en la segunda parte de *The Road to Wigan Pier*. Lo
que él esperaba encontrar en el Norte era precisamente lo que que-
ría que vieran todos sus futuros lectores: algo como una sacudida
que les despertara de su apatía burguesa. Ese despertar tenía que

ser de lo más inesperado y brutal porque Orwell tenía una especie de sadismo hacia su propia clase que le duró toda su vida.

Al final, Gollanz, que entretanto había publicado entusiasmado dos novelas de Orwell (*Burmese Days* y *Keep the Aspidochelone Flying*) se encontró con un libro que rebasaba lo que él había encargado, ya que *The Road to Wigan Pier* contenía algo más que un documento sobre las condiciones de vida de los obreros y desempleados del Norte industrial. El manuscrito tenía dos partes muy diferenciadas, como había ocurrido también en *Down and Out in Paris and London*, compuesto por dos narraciones independientes. Pero este nuevo libro tenía una división aún más arbitraria y chocante: la primera parte era lo que se le había encargado, y la segunda era una especie de "potpourri" (muy "pourri" para Gollanz) que sólo Orwell podía haber añadido al encargo original con aquella sublimine desfachatez que le caracterizaba. Consistía en una autobiografía breve, relacionada principalmente con los orígenes del espíritu de clase en él mismo, y terminaba con un ataque feroz contra la figura (o las figuras ya que había una gran variedad de ellas) del socialista con o sin carnet de aquella época, visto con ojos del hombre de la calle. (Por supuesto, entre estas figuras estaba la de Gollanz mismo y sus coeditores). Esta idea de Orwell del "hombre de la calle" era, hasta cierto punto, también ficción: en realidad, Orwell sufrió toda su vida por la tensión entre su deseo de parecer un "man in the street" y su sincero reconocimiento de que esto le era imposible precisamente porque estaba profundamente marcado por su formación como miembro de la burguesía media-alta.

Esta segunda parte del libro nos revela la lucha personal de Orwell con la idea del Socialismo, una ideología que no le convenía del todo porque pensaba que la eliminación de distinciones clasistas eran impracticable e irrealista. A pesar de la cólera y de la profunda impresión que uno adivina detrás de algunas de las descripciones de las condiciones de vida de sus compatriotas de la clase obrera, la ideología socialista no llegaría a convencerlo hasta su llegada a Barcelona en diciembre de 1936, después de terminar el libro. En una carta a su amigo Cyril Connolly de junio de 1937 llegaría a decir:

"I have seen wonderful things and at last really believe in Socialism, which I never did before"²

2 ORWELL, S. y ANGUS, I. (eds.) *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell*, Vol. 1. Penguin, Harmondsworth, 1970, pág. 301.

Estas líneas las escribió después de los famosos acontecimientos de mayo en Barcelona, que provocaron, según algunos estudiosos de Orwell, su desencanto con el comunismo estalinista, por el que se había sentido atraído a su llegada a España. *The Road to Wigan Pier* como *Homage to Catalonia* resultan interesantes por lo que reflejan de este proceso de cambio en Orwell, y de su creciente conciencia de la complejidad de las ideas y manifestaciones políticas. En *The Road to Wigan Pier*, estas ideas están todavía imaduras, casi infantiles a veces.

Hablar de este libro es, por lo tanto, hablar de dos libros. La primera parte, a la cual voy a dedicar estas palabras, es francamente impresionante. Es todo lo que pedía Gollanz y más. Orwell nos cuenta de las casas, las calles y la gente, el paisaje, el tiempo y el ambiente del Norte. En el segundo capítulo, nos describe el trabajo de los mineros y en los sucesivos capítulos, nos da detalles — incluso con cifras — de los accidentes en las minas, de las condiciones sanitarias (o la falta de ellas) con las cuales un minero tenía que mantenerse mínimamente limpio; las viviendas, el desempleo, el subsidio del paro, el efecto del desempleo sobre un trabajador; la comida en casa de un minero — lo mal que se gasta el poco dinero que se tiene, por adquirir aquellos pequeños lujos de té, helados, caramelos que hacen esta dura vida tolerable. Acaba con una llamada a su lector para que se haga consciente de esta situación en el Norte tal como él mismo ha hecho.

¿Por qué *The Road to Wigan Pier*? ¿Por qué Wigan? Muchos ingleses hoy en día tienen que mirar el mapa con detenimiento antes de encontrar a Wigan. Es un pequeño pueblo minero al noroeste de Manchester. Orwell no nos cuenta por qué se le ocurrió este título, y supongo que lo pondría después de escribir el libro. Lo de "pier" viene del canal — el canal que pasaba por Wigan y que en el siglo XIX había llevado el carbón a los puertos de mar, desde donde era transportado a todas partes. Los canales siguen siendo una imagen muy rica en asociaciones para cualquier inglés de hoy. Ya en los años 30 habían caído en desuso, tras la implantación del ferrocarril, pero la red de canales del siglo XIX había sido uno de los elementos más importantes en el desarrollo y había facilitado la apertura del Norte industrial a los mercados domésticos e internacionales. Orwell seguramente recordaba esto y esperaba ver los canales tal como los habían descrito otros como Lawrence, por ejemplo (recordemos en "The Rainbow" como fue construido el canal, partiendo la granja de los Brangwen en dos, y como el canal — su

desbordamiento en una noche de lluvia— causa la muerte del padre, Tom Brangwen).

Parece ser que en Wigan había existido un ‘pier’—un espigón o muelle donde paraban las barcas. Fue lo primero que Orwell, casi como un niño, fue a ver a su llegada al pueblo; estuvo muy desilusionado al encontrar que ya no existía— la gente de Wigan ni siquiera se acordaba donde había estado.

Pero me estoy adelantando. Orwell partió de Londres; viajó a Coventry; desde allí se fue andando y en autobús hasta Manchester, donde tenía la dirección de un socialista quien a su vez, le dio la dirección de otro contacto en Wigan. Estuvo en Wigan desde el 11 de febrero hasta el 27. Después, visitó Liverpool, de camino a Sheffield—la ciudad de las siderurgias (todos los cuchillos y tenedores ingleses están hechos en Sheffield— y otras cosas más importantes, sin duda). Estuvo tres días en Sheffield para luego trasladarse a Leeds, el 5 de marzo, donde se alojó en casa de su hermana, tomándose un pequeño descanso (una breve vuelta a la vida acomodada de los ‘middle classes’). Desde Leeds, visitó incluso Hawthorth Parsonage, la casa de las hermanas Brontë, en plan turista. El 11 de marzo se fue a Barnsley, también con la dirección de un contacto socialista de Leeds. Allí, visitó varias minas y vió en un minín a Mosley, el político fascista inglés más conocido de los años 30. El 26 de marzo volvió a Leeds, ya en el camino de vuelta a Londres, donde le esperaba su novia con quien se casaría el 9 de junio (el año 1936 estuvo cargado de acontecimientos importantes para Orwell: en ese año tuvo sus primeros contactos con la clase obrera inglesa, se casó y llegó en diciembre a la Barcelona revolucionaria). Todos los detalles y fechas las conocemos por el diario que llevó durante su viaje al Norte.

Como siempre, es muy interesante poder examinar en detalle el proceso literario, la transformación de simples apuntes, datos, cifras y fechas, en una descripción a menudo impresionante y a veces imborrable. Vemos algunas de estas manipulaciones.

Al principio del diario, Orwell comenta:

“Passing up a horrible squallid side-alley, saw a woman, youngish but very pale, and with the usual bedraggled exhausted look. Kneeling beside a gutter outside a house, and poking a stick up the leaden waste-pipe, which was blocked. I thought how dreadful a destiny it was to be kneeling in the gutter in a back-alley in Wigan, in the bitter cold, prodding a stick up a blocked drain. At that moment, she looked up and caught my eye, and her expression was as desolate as I have ever seen; it struck me then that she was thinking just the same thing as I was.”³

3 Idem. pág. 203.

Este apunte lo desarrolla Orwell en el primer capítulo del libro, un capítulo que constituye una especie de introducción al ambiente, empezando con una descripción detallada de su alojamiento en Wigan, y terminando con una descripción del terrible paisaje de la zona minera bajo la nieve, pero contado como si estuviera visto desde un tren, al salir del pueblo, sin decirnos el nombre de ese pueblo ni a donde se dirigía.

“The train bore me away, through the monstrous scenery of slag-heaps, chimneys, piled scrap-iron, foul canals, paths of cindery mud criss-crossed by the print of clogs. This was March, but the weather had been horribly cold and everywhere there were mounds of blackened snow. As we moved slowly through the outskirts of the town, we passed row after row of little grey slum houses running at right angles to the embankment. At the back of one of the houses a young woman was kneeling on the stones, poking a stick up the leaden waste-pipe which ran from the sink inside and which I suppose was blocked. I had time to see everything about her—her sacking apron, her clumsy clogs, her arms reddened by the cold. She looked up as the train passed, and I was almost near enough to catch her eye. She had a round pale face, the usual exhausted face of the slum girl who is twenty-five and looks forty, thanks to miscarriages and drudgery; and it wore, for the second in which I saw it, the most desolate hopeless expression I have ever seen. It struck me then that we are mistaken when we say that ‘It isn’t the same for them as it would be for us’, and that people bred in the slums can imagine nothing but the slums. For what I saw in her face was not the ignorant suffering of an animal. She knew well enough what was happening to her—understood as well as I did how dreadful it was to be kneeling there in the bitter cold, on the slimy stones of a slum back-yard, poking a stick up a foul drain-pipe.”⁴

He escogido este ejemplo de transformación de los apuntes en prosa por tres razones. Primero, notamos como la introducción del elemento del tren—el tren que pasa—da una urgencia, la nitidez de una visión rápida (Joyce diría una epifanía) que deja huella. El efecto resulta casi cinematográfico—nos podemos imaginar una serie de planos fotográficos—grabando la escena desde la ventanilla del tren. A través de estos mecanismos, Orwell aumenta la importancia de aquella chica y la convierte en símbolo, en arquetipo de todas las chicas que había visto: los detalles que aparecen en el libro sobre su delantal o sus zuecos no están los apuntes. Luego aquellas primeras palabras “The train bore me away” nos recuerdan—aunque inconscientemente—lo efímero de la experiencia de Orwell, que es una de las cosas que nos quiere subrayar: que visitó él (y nosotros, a través de su libro, podemos visitar) este submun-

4 ORWELL, G. Op. cit. supra pág. 16.

do, pero que nosotros nos podemos marchar, escaparnos otra vez a lo que consideramos la "realidad". Orwell se va en el tren, se va a su casa de Londres a sentarse al lado de la chimenea de carbón, como comenta en el segundo capítulo: el carbón, imprescindible a todo escritor por la comodidad, el calor que le permite sentarse a escribir, pero que ha sido sacado de la tierra con un esfuerzo casi inhumano.

Al desarrollar el anécdota, Orwell le da una fuerza descriptiva que no tenía el mero hecho de ver aquella chica, el "fact". Este proceso es especialmente importante en la obra de Orwell. Todo escritor basa algo de sus argumentos en hechos autobiográficos o experiencias personales. Pero Orwell, en tres de sus obras, *Down and Out in Paris and London*, *The Road to Wigan Pier* y *Homage to Catalonia* lo hizo de una manera mucho más obvia, más directa, y creó un estilo típico suyo. Uno de los factores constantemente presentes en estos tres libros es la impresión de que Orwell está contándonos la verdad, lo que él vivió con sus propios ojos. Por supuesto, esta "verdad" es una ilusión literaria como cualquier otra, una figura retórica, un artificio. Tenemos la suerte de poder comparar el diario del viaje a Wigan con la obra terminada para ver este proceso funcionando. Uno se pregunta cómo y hasta qué punto habrá funcionado en los otros dos libros, pero no tenemos más referencia que las obras en sí. No tenemos los apuntes que seguramente habrá hecho cuando vino a España, y que formarían la materia prima para *Homage to Catalonia*.

La segunda cosa que notamos es que Orwell relaciona esta breve epifanía de la chica vista en el callejón con el tema de todo el libro - el de la falta de comprensión por parte de los Sureños de la dura realidad del Norte. El final de párrafo desarrolla esta idea mucho más explícitamente aquí que en los apuntes. Este mecanismo también es típico de Orwell: utiliza el anécdota para subrayar el tema y el cúmulo de anécdotas nos deja con un argumento construido paso a paso que acaba siendo contundente y persuasivo.

La tercera característica de este pasaje es la proliferación del pronombre "I", el "Yo" Orwelliano siempre presente, que es uno de los medios que emplea para crear ese efecto de "documento verídico", típico de estas tres obras.

Sólo voy a mencionar dos ejemplos más de esta transformación de "fact" en "fiction". Uno ha sido comentado ya por el crítico Raymond Williams. Según el diario, Orwell estuvo alojado sus primeros días en Wigan con una familia muy amable, muy limpia,

"poor but decent", como se diría entonces. A pesar de esto, empieza el libro con una descripción horripilante de la segunda casa donde estuvo alojado, la de los sucios, desordenados, malolientes Brooker. Sobre todo eran malolientes, por supuesto, ya que el olor, el olor de las clases obreras era un tema preferido de Orwell, quien mantuvo en la segunda parte de *Wigan Pier* que gran parte de su formación clasista se basó en esta idea de que las clases inferiores oían mal—ya fuera verdad o falso—e incluso relacionó esta idea con fenómenos de racismo. Veamos la casa de los Brooker.

"...Mr. Brooker was a dark, small-boned, sour, Irish-looking man, and astonishingly dirty. I don't think I ever once saw his hands clean. As Mrs. Brooker was now an invalid he prepared most of the food, and like all people with permanently dirty hands he had a peculiarly intimate lingering manner of handling things. If he gave you a slice of bread-and-butter there was always a black thumb-print on it..."⁵

"...She (Mrs Brooker) had a habit of constantly wiping her mouth on one of her blankets. Towards the end of my stay she took to tearing off strips of news-paper for this purpose, and in the morning the floor was often littered with crumpled-up balls of shiny paper which lay there for hours. The smell of the kitchen was dreadful, but, as with that of the bedroom, you ceased to notice it after a while..."⁶

Al colocar a los Brooker en primer lugar—el libro prácticamente empieza con esta descripción—Orwell los convirtió en representantes de la clase y sobre todo el ambiente que se le había encargado retratar. De hecho, muchas de las primeras reacciones al libro acusaban a Orwell de haber exagerado, de haber buscado las casas y las familias más degradadas por el desempleo y la pobreza crónica de aquellos años. Pero está claro que Orwell quiso ante todo darnos una escena profundamente grabada, una escena difícil de olvidar.

Un último breve ejemplo de esta reorganización de los datos reales, sacado del primer capítulo también, es la descripción que nos da Orwell de su marcha de aquella casa. En el diario comenta, el 21 de febrero:

"...The squalor of this house is beginning to get on my nerves... Nothing is ever cleaned or dusted... Unemptied chamber-pot under the table at breakfast this morning... The food is dreadful... etc."⁷

5 Idem. pág. 7-8.

6 Idem. pág. 14.

7 ORWELL, S. y ANGUS, I. Op. cit. supra. pág. 209.

En el libro dice:

"On the day when there was a full chamber-pot under the breakfast table, I decided to leave"⁸.

En realidad, se marchó cuatro días más tarde, el 25 de febrero. Pero en esta frase escueta hay una especie de golpe creado por la brevedad y el humor sardónico que resulta contundente y chocante.

Lo que más se recuerda de este libro son, por supuesto, las descripciones del trabajo de los mineros. En su diario, Orwell fue apun- tando impresiones, datos, medidas, estadísticas, anécdotas de va- rias visitas que hizo a minas, tanto en la zona de Wigan, como en Barnsley. Con aquella materia prima, recopilada a lo largo de su es- tancia, nos dejó unos pasajes que probablemente son únicos como imágenes del infierno bajo tierra que era el entorno diario de los trabajadores de la zona. Veamos un ejemplo:

"You cannot see very far, because the fog of coal dust throws back the beam of your lamp, but you can see on either side of you the line of half-naked kneeling men, one to every four or five yards, driving their shovels under the fallen coal and flinging it swiftly over their left shoulders. They are feeding it onto the conveyor belt, a moving rubber belt a couple of feet wide which runs a yard or two behind them. Down this belt a glittering river of coal races constantly"⁹.

Aquí, Orwell mezcla la descripción literaria con una descripción que pretende ser periodística. Lo consigue con aquellas frases que dan la impresión de algo estudiado, observado con detalle, medi- do casi con metro, con pseudo-tecnicismos: "one to every four or five yards", "a moving rubber belt a couple of feet wide which runs a yard or two behind them". Intercala estas frases con los "half-naked kneeling men", y "a glittering river of coal", "feeding it on to the conveyor belt" - la cinta mecánica se convierte en monstruo insaciable.

Otras veces, Orwell vuelve a la técnica del primer capítulo, me- tiéndonos físicamente allí dentro con los mineros, como nos metió a la fuerza en casa de los Brooker:

"There is the heat—it varies, but in some mines it is suffocating—and the coal dust that stuffs up your throat and nostrils and collects along your eye-lids, and the unending rattle of the conveyor belt, which in that confined space is rather like the rattle of a machine-gun"¹⁰.

8 ORWELL, G. Op. cit. supra. pág. 15.

9 Idem. pág. 20.

10 Idem. pág. 20.

Sus descripciones casi lacónicas de los accidentes —el minero que se queda enterrado tres veces para morir sólo a la tercera vez, por- que sus compañeros ya no lo pueden sacar, el minero que se cayó por el hueco del ascensor (y aquí cita a la vida) "solo recogieron los trozos porque llevaba un uniforme nuevo" — están selecciona- das del diario y colocadas unas tras otra hasta crear una reacción casi de revulsión por parte del lector.

Se ha dicho que *The Road to Wigan Pier* es un libro fracasado —incluso se ha llegado a decir que es el peor que Orwell escribió—. Hay que recordar que el escritor era todavía muy joven —tenía 30 años cuando lo escribió— y sobre todo que estaba intentando rea- brir un camino literario que había sido relativamente abandonado. Luego cambió de rumbo —después de *Homage to Catalonia*, pasa- ron ocho años antes de aparecer *Animal Farm* y cinco años más tar- de, 1984: dos libros muy distintos. Pero en esta obra, *Wigan Pier*, se vislumbra ya un poder descriptivo —sobre todo las descripcio- nes duras, más reales que la realidad en su horror— que nos pue- de recordar algunas escenas de su última novela. Personalmente, yo recuerdo con la misma claridad la escena de las ratas, la última tor- tura eficaz de 1984, y las escenas tan detalladamente evocadas de estos "working-class interiors" de *The Road to Wigan Pier*.

**1984 DE GEORGE ORWELL:
UN MUNDO EN DESCOMPOSICION**

José GIL RAMÓN

No hay parcela social en *Nineteen Eighty-Four* que no quede afectada profundamente por la degradación. La sociedad de Big Brother lo corrompe y envilece todo. En frase de Trotsky diríamos que es un mundo echado al cubo de la basura de la historia. El ideal utópico se ha convertido en un muestrario de los horrores de un futuro antiutópico. Aparte el cáncer de la degradación afecta al aspecto físico del héroe (Winston Smith): úlcera de varices cerca del tobillo, cinco dientes postizos, esqueleto encorvado de color grisáceo, cabeza deformada, mejillas con varios costurones, horrible delgadez, el cuello se doblaba bajo el peso de la cabeza, bolsa llena de porquería, montón de huesos envueltos en trapos sucios que lloraba...

No sólo el cuerpo del héroe sufre los rigores del mundo opresivo de Oceanía, sino que por su personalidad poco a poco va desmoronándose hasta llegar a ser una cáscara de hombre. O'Brien, torturador-reeducador de Winston, le dice: "al hereje político lo hacemos uno de nosotros antes de matarlo". Una vez que ha ocurri-

do esto Winston dirá que dos más dos son cinco, se emocionará al oír noticias sobre Big Brother, se refugiará en una polvorienta mesa de una obscura taberna y amarará a Big Brother. Sin embargo, ese amor no impide que en las últimas líneas de la novela "...dos lágrimas perfumadas de ginebra le resbalaron por las mejillas".

El hábitat en el que se desenvuelven los personajes de 1984 también aparece degradado. De las casas "caían constantemente trozos de yeso del techo y de la pared (...), había innumerables goteras (...), una nube de polvo envolvía las ruinas en torno a las que se agolpaba una multitud". El Londres de Winston Smith es un Londres donde la miseria y la suciedad son lo normal, lo común. Es una especie de correlato objetivo de la política de Big Brother.

La cultura no puede escapar a este proceso degradatorio. Bri-lla por su ausencia. Los libros están prohibidos. Sólo se puede conseguir aquellos que han sido escritos como propaganda de las ideas del Partido. No obstante, el Partido atiende a las necesidades de los "proles" escribiendo una serie de noveluchas pornográficas con un mismo guión, pero con diferentes protagonistas. La labor creativa del escritor ha desaparecido. Substituyendo al escritor están las máquinas que escriben automáticamente los argumentos. Los libros, su creación, no se diferencian en nada de la confección de mermelada o de zapatos. Son un producto más. La cultura es manejada, destruida. Los libros de texto de los niños rechazan que antes de la Gloriosa Revolución de Big Brother existiera algo que pudiera calificarse de bello, cultura, o bienestar.

La información, los "mass media", están totalmente al despótico servicio del Estado. Un Estado basado en la calumnia, la mentira y la tortura. Hay diferentes aspectos a tratar respecto a los medios de comunicación de masas. Hay periódicos. En ellos aparecen noticias que jamás han existido en la realidad, cifras alteradas de estadísticas, millonarios producidos por una lotería inexistente, etc. Lo que un día es noticia al día siguiente puede que interese que deje de serlo. Para llevar a cabo esto último los diarios se están rehaciendo constantemente. Winston, de hecho, trabaja en este menester. Si el día 3 aparece un ciudadano en los periódicos por haberle sido concedida la medalla al Mérito Conspicuo, quizás el día 4 ese ciudadano aparezca como un traidor a la patria que por fin ha confesado todos sus crímenes, o puede que interese "Vaporizar" a esa persona. En este último caso se le elimina o no físicamente y se hace desaparecer su nombre de todo papel oficial en que pudiera estar; se convierte en una "nopersona".

Por supuesto, en una sociedad como Oceanía no hay sitio para la Libertad. En Oceanía hay unas omnipresentes "telepantallas" que están controlando los movimientos y palabras de todas las personas. Escudriñan todo. El Partido se toma grandes molestias para descubrir a todos aquellos que no le son absolutamente adictos. No se permite la libertad de movimiento ni la de pensamiento. No están permitidas las reuniones, a no ser aquellas que organiza el Partido. Constantemente se está bombardeando al individuo con eslogans y pensamientos políticos, cuando no con estúpidas canciones inventadas para alienar y condicionar a la gente. Ni la Naturaleza, ni el campo son libres. También el campo aparece inmerso en la letal red que ha trenzado Big Brother. Allí, escondidos en huecos de árboles, bajo piedras, disimulados, hay micrófonos ideados para delatar las desviaciones de conducta de quienes paseen por el campo. La persona que se desvía de la línea trazada por el partido es una persona asocial. *Nineteen Eighty-Four* es un mundo de la información. Acumular información supone en 1984 acumular poder. De ahí el empeño en instalar micrófonos, telepantallas y demás parafernalia electrónica.

El lenguaje está sumido en un imparable proceso de descomposición. El lenguaje ya no es un medio de comunicación, sino un arma eficientísima para limitar la capacidad de raciocinio de las personas. Ficticiamente se construyen varios vocabularios según la capa social que vaya a comunicarse y según el asunto a tratar. Se inventa todo un lenguaje, "newspeak", del cual se excluye toda palabra portadora de conceptos en contra del orden establecido por la clase dominante. Se reducen palabras, se regulariza la gramática, se simplifica la sintaxis, se complica la semántica (debido a la influencia de la práctica mental "doublethink") pues las palabras pierden sus significados denotativos y sólo tienen un significado connotativo que está en relación de a quién se aplica la palabra. Ejemplo de esto último es la palabra "duckspeak" que significa "alabar" si se aplica a alguien con el que se está de acuerdo, pero que significa "injuriar" si se aplica a un oponente. No sólo se reduce el lenguaje escrito y oral de la comunicación diaria, sino que las obras de literatura están reescribiendo llamando todo aquello que, a través de la palabra, va en contra de las teorías del Partido. El lenguaje pierde su función creadora individual. La gente sólo puede expresarse mediante unos clichés previamente pensados por los di-

rigentes. Muchos sentimientos, muchas vivencias personales no encuentran expresión mediante la palabra.

La economía en *Nineteen Eighty-Four* está basada en la escasez, no en la abundancia y el bienestar. Big Brother sigue una política convencional. Cuando un gobierno tiene problemas internos suele inventarse o crear una situación de agresión exterior que aglutine a los habitantes de ese país de modo que todos unidos se opongan al invasor, colonizador, agresor externo. Los casos de Marruecos y el Sahara, de Argentina y las islas Malvinas, son suficientemente elocuentes. Big Brother inventa una política de distracción. Toda la atención de los habitantes de Oceanía radica en los progresos de la amenaza exterior (Eurasia, Eastasia). El progreso científico basado en un hábito empírico de pensamiento no puede existir en una sociedad tan estrictamente reglamentada. El objetivo de la constante guerra que mantiene Oceanía es el de elevar el nivel de vida. Toda la producción va dirigida al mantenimiento de los innumerosos ejércitos de Oceanía. Siempre falta algún artículo necesario que las tiendas del Partido no pueden proporcionar. Unas veces son botones, otras, hilo de coser, otras cordones para los zapatos, otras, cuchillas de afeitar.

El amor no puede existir en 1984. Está prohibido. El amor de hombre y mujer está proscrito. El único sentimiento amoroso válido es el amor que un hombre, una mujer, un niño, un anciano sienten por Big Brother. La relación amorosa de un "yo" a un "tú" no está tolerada. Esa relación de "yo" a "tú" no está tolerada. Esa relación de "yo" a "tú" sólo puede existir si uno de los dos en la relación es Big Brother. Big Brother no tolera el triángulo amoroso. Es exclusivista y absorbente. Aquellos que infringen las rígidas leyes del Partido saben que les esperan largos años de trabajos forzados o la muerte. El amor de los que osan desafiar al Partido se desarrolla a espaldas de Oceanía, de forma marginal. Winston y Julia tienen sus encuentros amorosos en un inseguro escondrijo de un campo, en un apuesto palomar lleno de excrementos, en una habitación que está siendo vigilada, en medio de una manifestación pública, en una cantina llena de gente que les molesta e impide el hablar con intimidad, bajo el polvo levantado por un bombardeo. El amor carece de intimidad, o si la consigue es a costa de respirar un aire excremental. Amor significa traición. La familia es fruto del amor al Partido. Los hijos son una obligación para el mantenimiento de la población. Los hijos espían y denuncian a sus padres.

El poder es otro factor que aparece reducido a su más dura expresión. Poder sólo significa PODER. No es un medio para conseguir algo. El poder tiene como finalidad su práctica y la consecución de más poder. El poder en *Nineteen Eighty-Four* es una pesada bota de militar aplastando la cara de una persona indefensa. "Poder" es reirse hasta el paroxismo cuando el fuerte vence al débil. Poder supone un perfecto y total control sobre cuerpos y almas. Poder significa esclavizar, alterar el pensamiento, humillar, negar la realidad, negar el pasado, negar que alguien ha existido realmente. Los que monopolizan el poder son muy conscientes de que no deben cederlo. Toda la reglamentación de Oceanía se basa en esta idea: una vez que se ha conseguido el poder ya no se suelta. En un principio los "proles" ayudaron a los actuales líderes a derrocar el antiguo régimen opresor. Conseguida la victoria, los nuevos dirigentes fueron conscientes de que podían perder las riendas del poder. Ingeniaron todo un mecanismo perfecto y hermético que impidiera la cesión del poder. El destino final de Oceanía es perpetuarse siglo tras siglo sin modificar un ápice sus estructuras opresivas.

La historia, entendida como memoria colectiva, no existe. La historia se inventa, se degrada, se envilece, se corrompe. La historia y los hechos de Big Brother son una misma cosa. Nada era en el principio hasta que llegó Big Brother. Big Brother, su era de dominio, fue lo que originó los descubrimientos científicos, lo que dio lugar a la "paz" que disfrutaban los habitantes de Oceanía, lo que "embelleció" Londres hasta lograr ser la "bonita" ciudad que ahora era. Los descubrimientos del funcionamiento de la naturaleza son totalmente despreciados: la tierra no gira alrededor del sol, dos y dos son cinco, dos y dos son cuatro, Ptolomeo tenía razón, la tierra gira alrededor del sol, el pasado está condicionado por el presente, el pasado condiciona el futuro. La historia en 1984 es un pasatiempo diabólico. Existe y no existe. La memoria está prohibida. La historia está prohibida. La historia la crea el Partido, la deforma el Partido. La historia no tiene nada que ver con la cronología. El tiempo es flexible. Nadie sabe cuando nació, nadie recuerda nada con precisión histórica. Todo se pierde en un magma borroso calificado de "pasado". El Partido tiene la sagrada misión de interpretar lo que sucedió, de decir si algo realmente sucedió. Lo que el Partido dice es la verdad. Lo que cree el individuo es una fantasía, no puede apoyarse en nada. El Partido se apoya en sus noticias, sus libros, sus anales. El Partido es la verdad, la vida, la sabiduría. Fuera de lo que el Partido dice sólo hay confusión, tinieblas, zozobra espiritual, duda.

En *Nineteen Eighty-Four* George Orwell utiliza una técnica que ya había utilizado Luis Buñuel en su primera película sonora. En *La Edad de Oro* (1929) Buñuel introduce en una de las primeras escenas el ruido ensordecedor de los tambores de Calanda. En otra escena posterior introduce el ruido del cierzo de Zaragoza. Esos dos ruidos comienzan a mezclarse y perduran en la banda sonora de la película durante toda la cinta. Orwell introduce, una serie de elementos que están presentes durante toda la novela desde las primeras páginas. Estas constantes simbólicas son: polvo, olor, botas, dolor, ratas.

El polvo es algo consustancial a esta novela. Desde las primeras líneas el lector empieza a sentir su presencia: "Winston Smith (...) se deslizó rápidamente por entre las puertas de cristal de las Casas de La Victoria, aunque no con la suficiente rapidez para evitar que una ráfaga polvorienta se colara con él". El polvo como compañero de las personas. No sólo afecta el polvo a las personas, sino también a las cosas. El polvo es el filtro a través del que se ve Oceanía: "se tenía la impresión de que había polvo reseco en las arrugas de la cara de ella", "Winston (...) sopló para sacudir el polvo del micrófono y se puso las gafas", "una cantina cuyas ventanillas parecían cubiertas de escarcha, pero sólo era polvo". Seguidamente, formando parte indisoluble con la cantina aparece "un hombre muy viejo, con bigotes blancos, encorvado...". Escarcha, polvo, blanco son diferentes palabras con una misma lectura: polvo. Al encontrarse al viejo en la cantina, éste se acuerda de "los torbellinos de polvo que se formaron una mañana tormentosa de hace setenta años". Winston y Julia se citan. Su encuentro es interrumpido por una bomba que hace explosión "en el cielo flotaba una negra nube de polvo, y debajo otra nube envolvía las ruinas en torno a las cuales se agolpaba la multitud". La relación amorosa de Winston y Julia aparece empañada por el polvo "...permanecieron varias horas sentados en el polvoriento suelo...". Polvo va asociado a destrucción, a muerte, a lo que queda tras la descomposición de un cadáver. El polvo es lo cotidiano. En un momento dado dice O'Brien: "tomaremos parte en el futuro como puñados de polvo". Polvo es sinónimo de no existencia, de no memoria: "cenizas —dijo— ni siquiera cenizas identificables. Polvo. Nunca has existido" dice O'Brien a Winston. Winston es torturado y "el cuerpo entero, excepto las manos y la cara se había vuelto gris como si lo cubriera una vieja capa de polvo". Orwell describe a Winston como "una criatura de puertas adentro que llevaba pegado a la piel

el polvo de Londres". El polvo es la destrucción, lo único real, el testimonio de un pasado histórico. Todo lo que toca el Partido se convierte en polvo, en algo muerto, microscópico y seco. Es sobre una mesa llena de polvo donde Winston firma su sometimiento al Partido, al aceptar convencido la igualdad matemática "trazó con su dedo en el polvo de la mesa: $2 \times 2 = 5$ ". El polvo esconde en el fondo una esperanza optimista de Orwell. Parece decirnos que el Partido, Oceanía, el Ingsoc no van a permanecer eternamente. Todo acabará convertido en un gigantesco montón de polvo.

La segunda constante de la que hemos hablado es el olor. El olor es uno de los sentidos que menos en cuenta se tiene en la sociedad europea. A diferencia de culturas como la africana, donde el olor desempeña un papel primordial, en la cultura europea sólo de habla de mal olor, buen olor y, en algunas ocasiones, olor a miedo. Orwell da una importancia capital al sentido del olfato. Oceanía es una sociedad que se ve, se oye, se palpa, y se puede oler. El olor de Oceanía es el olor dulzón de un cuerpo en putrefacción. La cantina del Ministerio de la Verdad (Minitrue) huele a "ginebra mala, mal café, a sucedáneo de asado...". Las casas de los "proles" y de los funcionarios del "Outer Party" son "ruinosas casas del siglo XIX en las que predominaba el olor a verduras cocidas y retretes en malas condiciones". A veces el fétido olor de Oceanía aparece mitigado. El único caso en que esto ocurre es cuando aparece en escena el amor: "la cabeza de ella descansaba en el hombro de él y el agradable olor de su cabello dominaba sobre el desagradable hedor a palomar". Personalmente Orwell aprendió la importancia del olor en las trincheras de Aragón. En *Homenaje a Cataluña* nos cuenta su forzosa relación con el olor a orines, heces, y suciedad. El olor de Oceanía se contagia a ciertos individuos. Describiendo a Parsons dice de él Orwell: "Un fortísimo olor a sudor, una especie de testimonio inconsciente de su continua actividad y energía le acompañaba a donde quiera que iba y quedaba tras él cuando se hallaba lejos". Winston, en las mazmorras del Minilov, escucha de O'Brien "¿sabes que hueles como un macho cabrío? (...). Te estas pudriendo Winston". Cuando Parsons, fiel servidor del Partido, es detenido y llevado a la misma celda que Winston, siente unas irrimediables ganas de defecar. El retrete está en un rincón de la celda. Parsons inunda la celda de un pestilente y asfixiante olor, tras una serie de ruidos de tripas, ventosidades, y el sordo y húmedo ruido de sus heces fecales al caer a la taza del retrete. Las personas de Oceanía respiran constantemente polvo y olor.

El símbolo de las botas aparece de forma constante en *1984*. Empezan a tener una relevancia fundamental cuando Julia y Winston están a punto de ser detenidos: "Se oyeron unas fuertes pisadas de pesadas botas en el piso de abajo, dentro y fuera de la casa (...) botas fuertes, uniformes negros, altas botas...". Se trata de la primera experiencia personal que tiene Winston con la fuerza bruta del Partido. Las botas son el símbolo indiscutible del poder. Las botas son el calzado con el que poder caminar más cómodo. Al ser detenido Winston piensa "los porrazos que iban a darle en los codos y las patadas que le darían las pesadas botas claveteadas con hierro. Se veía a sí mismo retorciéndose en el suelo, pidiendo a gritos misericordia por entre los dientes partidos". La importancia de las botas no sólo va en función de su tamaño, sino en su poder de agresión y en el ruido sólido y firme que hacen al andar. Los pasos de las botas son rígidos, preludio de desenlaces fatales: "afuera se oía el ruido de pesados pasos, la puerta de acero se abrió y...". "Una vez más se acercaban pasos de botas...". Cada vez que el relato habla de botas algo terrible va a suceder. Las botas son los heraldos de la destrucción: "las botas volvieron a acercarse. Se abrió la puerta y entró O'Brien". Las botas no han faltado a la cita Winston va a ser destruido por O'Brien. Winston es una cucaracha que va a ser aplastada por unas botas negras de cuero y hierro. Winston es torturado: "Unas veces emplearon puños, otras las porras, también varas de acero y, por supuesto, las botas. Sabía que había rodado por el suelo varias veces con el impudor de un animal retorciéndose en un inútil esfuerzo por evitar los golpes". La última ocasión en que aparece este símbolo es el resumen y la síntesis de todo "...if you want a picture of the future imagine a boot stamping on a human face for ever (...). The face will always be there to be stamped upon". Esa es la relación entre el Estado omnipotente y los ciudadanos. El poder en *1984* tiene un rostro humano, la cara de Big Brother, pero su materialización más palpable son las botas de los servidores del Estado. La bota es la estética de lo brutal.

El dolor nunca abandona la escena en *Nineteen Eighty-Four*. En las primeras páginas nos enteramos de que el héroe tiene "una úlcera de varices cerca del tobillo", un poco más adelante Winston se despierta con un "ataque de tos habitual cuando se despertaba". Este dolor es un dolor pasivo, inherente al héroe de *1984*. El dolor verdaderamente importante es el dolor activo, es decir, el causado directamente para destruir a la persona. Al hablar antes sobre el amor veíamos que el acto sexual era algo necesario y doloroso co-

mo un enema. Winston es obligado, al igual que todo habitante de Oceanía, a hacer gimnasia al levantarse por la mañana. La telepantalla observa y obliga a doblarse casi hasta sentir que las corvas de las rodillas van a rasgarse. Orwell localiza en un lugar muy preciso el centro del dolor: el vientre. Vientre, regazo, seno materno son una misma cosa. Dolor en el vientre significa desamparo, la muerte de la vida que encierra el vientre. Veamos algunos momentos en que aparece este dolor: "sin embargo, unos segundos más tarde desapareció la incandescencia del vientre y el mundo empezó a ser más alegre...". "En los intestinos se le había producido un ruido que podía delatarle". El Partido está atento a las reacciones del vientre. El vientre es una aguja que indica la intensidad del dolor en *1984*. El vientre le duele al héroe al ingerir la pésima ginebra de la Victoria, al tener miedo, al pasar hambre, al verse forzado a retener sus excrementos, al ser golpeado, al tener arcadas y vomitar. Todo aquello que ofrece el Partido: comida, miedo, ginebra, provoca náuseas y dolor al ser ingerido. El Ingsoc es algo imposible de digerir, debido a esto se convierte en un vómito o en un excremento. Veamos algún párrafo más en donde aparece el vientre en relación al dolor: "el diafragma de Winston de repente se encogió". El miedo con el que vive Winston es tan intenso que no lo puede dominar, su cuerpo le traiciona y exterioriza con movimientos reflejos lo que él desearía ocultar. "De pronto pareció helársele el corazón y derretírsele las entrañas (...) lo peor era que le dolía el vientre". "Sintió como si le quemara un fuego en el estómago". Hasta ahora hemos visto cómo expresa Orwell el dolor de hambre, de una herida, de miedo. Ahora pasaremos al dolor de la tortura. Julia es detenida "uno de los hombres le había dado a Julia un puñetazo en la boca del estómago". Winston es sometido a palizas, hambre, frío, luces cegadoras, descargas eléctricas. Llega un momento en el que su cuerpo es una inmensa llaga, un gran hematoma morado. El dolor se apodera de Winston. En alguna ocasión dice Winston que lo que más se desea cuando se experimenta el dolor es que cese, sin embargo, una vez que ha cesado, Winston siente pánico de que vuelva a reproducirse. Del dolor de la tortura se pasa al dolor de la pérdida de la identidad, al dolor de la traición al ser amado. El dolor es un instrumento más para romper la resistencia de Winston como ser individual, para convertirlo en masa.

Las ratas, en *Nineteen Eighty-Four*, son un símbolo fortísimo, brutal y repugnante. A Winston le aterrorizan: "¡Una rata! ¡Lo más horrible del mundo!". La rata rompe el equilibrio emocional del hé-

roe. La rata contamina su amor. Es en la habitación que comparte con Julia donde ve ratas, por primera vez. Julia le pregunta: "¿Querido te has puesto palidísimo! ¿Qué te pasa? ¿Te dan asco?". Serán las ratas las que hagan que Winston traicione a Julia. La rata que aparece en la habitación que han alquilado a Mr. Charrington es la evidencia de la falta de intimidad. En ese momento están siendo espiados por las ratas de uniforme negro del Partido. Las ratas son la Policía del Pensamiento. El hambre que Winston siente al ser detenido es "un hambre roedora". Las ratas que O'Brien va a utilizar para quebrar la resistencia de Winston "eran ratas enormes (...)". "A pesar de ser un roedor, es carnívora (...). Supongo que comprenderás cómo está construida la jaula. La careta se adaptará a tu cabeza, sin dejar salida alguna. Cuando yo apriete el otro resorte, se levantará el cierre de la jaula. Estos bichos, locos de hambre, se lanzarán contra tí como balas. ¿Has visto alguna vez cómo se lanza una rata por el aire? Así te saltarán a la cara. A veces, primero atacan a los ojos. Otras se abren paso a través de las mejillas y devoran la lengua". Las ratas son el precio de la lealtad de Winston a Julia. Winston ya es una ruina. Winston ha sido obligado a descender a un mundo de obscuridad y se ve obligado a comportarse como una rata para librarse de las ratas. El Partido ha triunfado. Un hombre ha quedado reducido a un guiñapo. Winston Smith ha dejado de existir. Ahora sólo es el número 6.079. Ya le había dicho O'Brien anteriormente: "Si tú eres un hombre, Winston, es que eres el último. Tu especie se ha extinguido. Nosotros somos los herederos. Te das cuenta de que estás sólo, absolutamente sólo. Te encuentras fuera de la historia. No existes". Ha muerto el hombre y ha nacido el camarada, el seguidor incondicional del Partido. Orwell se vale de un horror de pesadilla como lo son las ratas para transplantarlo al terreno de lo político. El mundo orwelliano de Big Brother también es capaz de penetrar por las mejillas y, con avidez, devorar la lengua y el cerebro de las personas que no están de acuerdo con él. Las ratas son el grupo agresor que vence al ser individual, el triunfo de la animalidad sobre la razón, sobre el amor, el triunfo del mal sobre el bien.

Estamos en 1984. La novela de Orwell se titula *1984*. *1984* es un mundo de ratas. Por cierto, en el calendario chino 1984 es el año de LA RATA.

ANÁLISIS, DESDE EL PUNTO DE VISTA MILITAR CUESTIONES DE INCIDENCIA EN LA OBRA DE ORWELL

Julio FERRER SEQUERA

Aunque en conjunto esta obra describe principalmente el proceso de sometimiento de la voluntad humana y la negación sistemática de la evidencia, e incluso del pasado en una total entrega a un hipotético bien general personificado por "El Partido" siendo en apariencia escasamente tratados los aspectos militares, lo cierto es que en el fondo de la narración late una constante relacionada con la actividad bélica, aunque no propiamente militar sino más bien "anti-militar", pues el tipo de confrontación a que se hace referencia en *1984* no posee ninguna de las características generales que son comunes a toda guerra —con excepción de la matanza sistemática de seres humanos— faltándole principalmente el factor "VOLUNTAD DE VENCER" que ha sido y es motor fundamental en todos los conflictos que hasta ahora han ensangrentado el suelo de nuestro incorregible planeta.

roe. La rata contamina su amor. Es en la habitación que comparte con Julia donde ve ratas, por primera vez. Julia le pregunta: "¿Querido te has puesto palidísimo! ¿Qué te pasa? ¿Te dan asco?". Serán las ratas las que hagan que Winston traicione a Julia. La rata que aparece en la habitación que han alquilado a Mr. Charrington es la evidencia de la falta de intimidad. En ese momento están siendo espiados por las ratas de uniforme negro del Partido. Las ratas son la Policía del Pensamiento. El hambre que Winston siente al ser detenido es "un hambre roedora". Las ratas que O'Brien va a utilizar para quebrar la resistencia de Winston "eran ratas enormes (...)". "A pesar de ser un roedor, es carnívora (...). Supongo que comprenderás cómo está construída la jaula. La careta se adaptará a tu cabeza, sin dejar salida alguna. Cuando yo apriete el otro resorte, se levantará el cierre de la jaula. Estos bichos, locos de hambre, se lanzarán contra tí como balas. ¿Has visto alguna vez cómo se lanza una rata por el aire? Así te saltarán a la cara. A veces, primero atacan a los ojos. Otras se abren paso a través de las mejillas y devoran la lengua". Las ratas son el precio de la lealtad de Winston a Julia. Winston ya es una ruina. Winston ha sido obligado a descender a un mundo de obscuridad y se ve obligado a comportarse como una rata para librarse de las ratas. El Partido ha triunfado. Un hombre ha quedado reducido a un guiñapo. Winston Smith ha dejado de existir. Ahora sólo es el número 6.079. Ya le había dicho O'Brien anteriormente: "Si tú eres un hombre, Winston, es que eres el último. Tu especie se ha extinguido. Nosotros somos los herederos. Te das cuenta de que estás sólo, absolutamente sólo. Te encuentras fuera de la historia. No existes". Ha muerto el hombre y ha nacido el camarada, el seguidor incondicional del Partido. Orwell se vale de un horror de pesadilla como lo son las ratas para transplantarlo al terreno de lo político. El mundo orwelliano de Big Brother también es capaz de penetrar por las mejillas y, con avidez, devorar la lengua y el cerebro de las personas que no están de acuerdo con él. Las ratas son el grupo agresor que vence al ser individual, el triunfo de la animalidad sobre la razón, sobre el amor, el triunfo del mal sobre el bien.

Estamos en 1984. La novela de Orwell se titula *1984*. *1984* es un mundo de ratas. Por cierto, en el calendario chino 1984 es el año de LA RATA.

ANALISIS, DESDE EL PUNTO DE VISTA MILITAR CUESTIONES DE INCIDENCIA EN LA OBRA DE ORWELL

Julio FERRER SEQUERA

Aunque en conjunto esta obra describe principalmente el proceso de sometimiento de la voluntad humana y la negación sistemática de la evidencia, e incluso del pasado en una total entrega a un hipotético bien general personificado por "El Partido" siendo en apariencia escasamente tratados los aspectos militares, lo cierto es que en el fondo de la narración late una constante relacionada con la actividad bélica, aunque no propiamente militar sino más bien "anti-militar", pues el tipo de confrontación a que se hace referencia en *1984* no posee ninguna de las características generales que son comunes a toda guerra —con excepción de la matanza sistemática de seres humanos— faltándole principalmente el factor "VOLUNTAD DE VENCER" que ha sido y es motor fundamental en todos los conflictos que hasta ahora han ensangretado el suelo de nuestro incorregible planeta.

La idea de Orwell en su obra, una guerra continua y sistemática, no es nueva y aparece con relativa frecuencia en otros autores, tanto de novelas como de guiones cinematográficos, así vemos en Julio Verne, el eterno precursor, un excéntrico alemán que trata de apoderarse del mundo en *Los quinientos millones de la Begún*. Luigi Motta en *La Princesa de las rosas* nos presenta ya un mundo dividido en dos bloques irreconciliables, Oriente y Occidente, cuyas diferencias se dirimen en una colosal batalla aérea en la que intervienen aeroplanos y dirigibles de ambas potencias armados de revolucionarios ingenios producto de la imaginación del autor. No obstante la anticipación que supone la división del mundo en dos bloques en la época de estos escritores —finales del siglo XIX y comienzos del XX— la guerra que imaginan es totalmente convencional y ambos contendientes, al contrario de los de 1984, desean obtener el triunfo lo antes posible.

En otra utopía futurista, *Un Mundo feliz* de Aldous Huxley, vemos también algunos detalles orwellianos como las reservas de seres humanos en estado salvaje, que nos recuerdan a los “proles” de nuestro autor.

Un guión de H.G. Wells llevado al cine por Willian Cámeron en 1936 con el título de *La vida futura* presenta ya el concepto de “guerra continua” que empobrece a la humanidad pero que permite mantenerse a la autocracia de “el Jefe”, todo en una línea que bien pudiera haber servido de inspiración a Orwell para concebir el “Big Brother”. En el fondo argumental de esta película vemos una posibilidad de redención; la “República de los Aviadores”, que sin embargo es pronto anulada por el desbordamiento industrial y científico y por la tiranía de la máquina.

Con posterioridad a la aparición de la obra de Orwell y por consiguiente sin posibilidad de influencia sobre la misma, pero que refuerzan su opinión sobre el triste porvenir de la humanidad, tiranizada y manipulada por los medios de información —o mejor dicho de “desinformación” estatales— tenemos dos interesantes películas; la interpretada y dirigida en 1965 por el francés Pierre Etaix, proyectada en España bajo el poco afortunado título de *Mientras el cuerpo aguante*, que en tono humorístico nos presenta la enorme incidencia de la publicidad televisiva en la mentalidad del ciudadano actual y ya en una línea más catastrofista, vemos en la dirigida por el también francés François Truffaut, sobre un guión de Rai Bradburg —el autor de *Crónicas marcianas— Fahrenheit-451* (1966) una estremecedora utopía futurista sobre un mundo en el que

han sido destruidas y prohibidas bajo terribles penas todas las publicaciones en letra impresa (—415° es la temperatura de combustión del papel—), siendo sustituidas por gigantescas pantallas de televisión, a través de las cuales, como en 1984, son dirigidas las mentes de los desgraciados terrícolas. Solo una minoría contestataria ha osado enfrentarse a este dominio estatal, como Snowball y Goldstein, y refugiados en las montañas, sus miembros aprenden de memoria las obras de los autores clásicos para evitar la pérdida definitiva de esta riqueza para las futuras generaciones; o sea, que es más optimista que la novela de Orwell pues aún hay un atisbo de esperanza...

Y ya en la realidad actual, ¿qué mayor peligro para la libertad humana que ese “Big Brother” que constituyen los satélites espía, los bancos de datos, las “drogas de la verdad” y tantas otras infernales invenciones cuya terrible amenaza gravita sobre el hombre de nuestro tiempo?

La división del mundo y la guerra continua (“The endless War”)

Volviendo ahora a centrarnos en el aspecto propiamente bélico del relato, vamos a comentar la situación del mundo en el 1984 de Orwell y en la no mucho más prometedora que la auténtica fecha nos depara:

El mundo orwelliano se halla dividido, en dos bloques gigantes y antagónicos; OCEANIA y EURASIA, este último, mucho más compacto y concentrado, es una superpotencia eminentemente terrestre que se apoya en los recursos de su enorme extensión y en la cubierta protectora que esta misma le brinda. El otro bloque, Oceanía, es por el contrario, una potencia marítima escudada en la gran masa de agua que la rodea y en el poder disuasorio de sus colosales “fortalezas flotantes”, de cuyas características militares el autor no da detalles. Pero esto no es todo, aún existe un “tercero en discordia”; la Confederación de ASIA ORIENTAL; potencia de inferior categoría surgida posteriormente como resultado de un confuso período de luchas.

Los dos bloques principales están enfrentados a perpetuidad en una lucha constante, sin atisbo de final, ya que este no es deseado por ninguna de las partes, disputándose ambas la alianza con la tercera potencia —aunque las dos negarán, una vez obtenida ésta, la

evidencia de su anterior hostilidad—. La búsqueda de esta alianza se debe al deseo de conseguir los recursos bélicos que les permitan dominar una mayor porción de la zona en litigio, que es el cuadrilátero definido por las cuatro ciudades: TANGER y BRAZZAVILLE en Africa, HONG-KONG en Asia y DARWIN en Australia. Pero lo curioso de esta situación es que la conquista de nuevos territorios no tiene por objeto aumentar las posibilidades de una victoria militar, ni siquiera buscar una vía de expansión; tan sólo se trata de aprovechar el potencial humano —es una zona abundantemente poblada— disponiendo así de una mano de obra barata y mantenida en condiciones de auténtica esclavitud. Se persigue también el beneficio de los minerales existentes en esas tierras y otras ayudas que permitan continuar una inacabable guerra —“The endless War”— de la que pueda decirse con razón: “La Guerra es la Paz”, pues al ser ésta el estado habitual adquiere, como la lluvia en los países del Norte, un carácter de normalidad. (Queremos hacer notar que a Orwell le gustaban mucho los juegos de palabras como Guerra-Paz, Verdad-Mentira, y aún de cifras, pues parece ser que la de “1984” la ideó a base de invertir las dos últimas del año en que escribió la obra; 1948 = 1984).

Podremos ahora preguntarnos qué finalidad perseguían con ese tipo de contienda los “supergobiernos” de ese mundo demencial, todos ellos totalitarios en la más pura acepción de la palabra, es decir, en los que “todo lo que no es obligatorio está prohibido...”, pero el imaginario libro de Goldstein, “El Libro”, (no olvidemos que el libro en general es el enemigo de los totalitarismos, véase *Fahrenheit 451*), nos da pronto la respuesta diciendo: “Cuando una guerra se hace continua deja de ser peligrosa porque desaparece toda necesidad militar” —ambos Estados son autárquicos—¹ quedando aclarada la posible ambigüedad de este párrafo con la afirmación que sigue: “En nuestros días no luchan (los Estados) unos contra otros, sino cada grupo dirigente contra sus propios súbditos, y el objeto de la guerra no es conquistar territorio ni conservarlo sino mantener intacta la estructura de la sociedad”². Resulta pues algo parecido a lo que ocurre ahora con la absurda guerra de Irán contra Irak o con la innumerable serie de conflictos localizados que han venido a conocerse como “Guerras de la Post-guerra”³ y que des-

¹ ORWELL, George, 1984. Barcelona. Destino. 1983, pág. 209.

² Idem., pág. 210.

³ FERNANDEZ AGUIRRE, J., *Las guerras de postguerra*. Barcelona. Argos, 1964.

de la terminación de la Segunda Guerra Mundial no han cesado ni un momento, probablemente atizados por las grandes potencias aparentemente en paz (actualmente arde la guerra en Centroamérica, Sudáfrica, Oriente Próximo, Afganistán y un largo etc.) sirviendo de válvula de escape, pues, como dice el autor británico: “La guerra, dentro de la gran paradoja es una garantía de cordura” (sic) y respondiendo a la necesidad creada por las actuales estructuras político-económicas que exige la destrucción de determinados recursos, tanto alimentarios como bienes de equipo, para que quede asegurada a su vez la necesidad de fabricar otros y evitar la crisis. Ejemplo típico de esta idea lo tenemos en la larguísima guerra sostenida en Viet-nam por los EE.UU. en la que constantemente eran arrojadas toneladas de bombas sobre zonas absolutamente des pobladas, con el único fin de asegurar un consumo diario aceptable de un material que ya estaba fabricado y pagado. Esta guerra pues, así como la mayoría de las citadas, responde casi exactamente a lo que Orwell, en el supuesto Libro de Goldstein, afirma con clara visión: “Los bienes habían de ser producidos pero no distribuidos, y en la práctica, la única manera de lograr esto era la guerra continua”. En el párrafo siguiente añade: “El acto esencial de la guerra es la destrucción, no forzosamente de vidas humanas, sino de productos del trabajo. La guerra es una manera de pulverizar o de hundir en el fondo del mar los materiales que en la paz constante podrían emplearse para que las masas gozaran de excesiva comodidad y con ello se hiciesen a la larga demasiado inteligentes...”.

Vemos pues, que la única diferencia que esta suposición presenta con la realidad actual en los países desarrollados del llamado “Mundo Occidental”, es que esa destrucción sistemática no es tan directa —aunque también se destruyan o quemen ciertos productos para mantener los precios— y viene en parte compensada su acción por la permisividad y aún estímulo en el consumo de drogas y por una labor publicitaria destinada a grabar con indelebles caracteres la idea de consumo en la mente del ciudadano medio, consiguiendo embrutecerlo e hipotecar su trabajo de por vida (piso, plazos, etc.) anulando su capacidad de reacción y evitando a la vez el peligro de que “se hiciera a la larga demasiado inteligente...”.

La URSS, por el contrario, fiel a la teoría orwelliana, gracias a los enormes gastos necesarios para mantener su nivel de poder militar a la altura del de los EE.UU., consigue un perfecto control sobre su población, a la que proporciona un nivel de vida, aunque en

general digno, muy inferior al del Mundo Occidental —a pesar del mucho tiempo transcurrido desde el triunfo de la Revolución— pero con la ventaja de que además puede permitirse, merced a la ayuda de un eficaz sistema policiaco y de una organizada burocracia, conservar en auge ciertos valores ya periclitados en el llamado “Mundo Libre” como la laboriosidad, el patriotismo, el cultivo de deportes no alienantes ni puramente espectaculares, el rechazo aparente a la droga (aunque ciertos partidos afines la propugnen para los países occidentales) y la ausencia de problemas laborales.

La guerra de Orwell comparada con la guerra tradicional

En esta última parte del trabajo vamos a estudiar algunas de las características del tipo de guerra imaginado por Orwell en su 1984 frente a las típicas de un conflicto convencional al que comparativamente podríamos llamar “decente”, ya que en frase del propio autor aquella no sería sino una estafa y un engaño a los combatientes, por otra parte escasos “y altamente especializados” (sic).

Así pues, y siguiendo la pauta que nos dan los factores que tradicionalmente han sido fundamentales para alcanzar la victoria, es decir; **VOLUNTAD DE VENCER**, **ACCION DE CONJUNTO** y **SORPRESA**, vamos a analizar varios párrafos del citado libro⁴ para ver como en la guerra que sostiene los tres superestados orwellianos esta victoria, ni perseguida ni deseada, no tiene probabilidad alguna de ser alcanzada jamás.

PRIMER FACTOR: VOLUNTAD DE VENCER. Este primordial factor sería imposible de inculcar a los combatientes, ya que comienza por no existir en los dirigentes, no siendo la guerra más que “una lucha de objetivos limitados entre combatientes incapaces de destruirse unos a otros, sin una causa material para luchar y que no se hallan divididos por diferencias ideológicas” (sic), o sea que se carece de una mística capaz de arrastrar a los hombres al combate.

Por otra parte, “en los centros civilizados la guerra no significa más que una continua escasez de víveres y alguna que otra bomba cohete que puede causar unas veintenas de víctimas” (sic). De donde

⁴ ORWELL, G., 1984. Op. cit. págs. 197-208.

se deduce que la guerra no es popular al no tener nadie nada que defender.

Existe además la imposibilidad física del triunfo pues “Ninguno de los superestados podría ser conquistado definitivamente ni siquiera por los otros dos en combinación” (sic) y esto se agrava porque “además ya no hay nada por qué luchar” (sic) pues al ser autárquicas las economías de todos ellos no existe tampoco la necesidad de la lucha por los mercados.

SEGUNDO FACTOR: ACCION DE CONJUNTO. También esta condición sería muy difícil de alcanzar para una potencia cuyos miembros dirigentes —el “Partido Interior”— son frecuentemente conscientes de que “esta o aquella noticia de guerra es falsa y puede saber muchas veces que una pretendida guerra o no existe o se está realizando con unos fines completamente distintos a los declarados” (sic). Y lo que es más grave, “ninguno de los tres superestados intenta nunca una maniobra que suponga el riesgo de una seria derrota” (sic) por lo que mal podrá a su vez obtener una decisiva victoria.

La estrategia, como vemos, consiste en “adquirir mediante una combinación de lucha, regateo y oportunos golpes de traición, un anillo de bases que rodee completamente a uno de los estados rivales para firmar luego un pacto de amistad” (sic), no hay pues “verdadera lucha a no ser en las zonas disputadas en el Ecuador o en los polos; no hay invasiones del territorio enemigo” (sic), no siendo por lo tanto, posible la victoria, pues la única forma de imponer en forma absoluta la voluntad propia al contrario es ocupar su territorio metropolitano.

TERCER FACTOR: SORPRESA. Este último e importante componente de toda acción bélica es en este caso totalmente imposible de lograr pues se trata de un conflicto continuo en el que las condiciones de lucha están tácitamente acordadas por los contendientes dada la existencia “del principio, seguido por todos los bandos aunque nunca formulado, de (respetar) la integridad cultural” (sic) y de que “las condiciones de vida en los tres superestados sean casi las mismas” (sic), así como sus ideologías oficiales: “INSOG” en Oceanía, “NEOBOLCHEVISMO” en Eurasia y “ADORACION DE LA MUERTE” en Asia Oriental.

Mal pueden, pues, sorprenderse unos estados a otros en ningún terreno y menos en el de las acciones bélicas cuando “se ayudan mu-

tuamente manteniéndose en pugna" (sic) y aunque teóricamente los dirigentes dediquen sus vidas a la conquista del mundo, "están convencidos al mismo tiempo de que es absolutamente necesario que la guerra continúe eternamente sin ninguna victoria definitiva" (sic).

Conclusión

Por todo lo dicho, la guerra imaginada por Orwell "comparada con las antiguas, es una impostura, se podría comparar esto a las luchas entre ciertos rumiantes cuyos cuernos están colocados de tal manera que no pueden herirse" (sic) y repetimos para terminar, una frase orwelliana ya comentada: "El objeto de la guerra no es conquistar territorio ni defenderlo, sino *mantener intacta la estructura de la Sociedad*. Por lo tanto la palabra guerra se ha hecho equívoca (sic). Así sí puede decirse sin mentir: ¡La Guerra es la Paz!

BIBLIOGRAFIA

- ORWELL, G., *Homenaje a Cataluña*. Barcelona. Airel. 1983.
 ORWELL, G., *Mi Guerra Civil Española*. Barcelona. Destino. 1982.
 ORWELL, G., *1984*. Barcelona. Destino. 1983.
 CHAMORRO MARTINEZ, M., *1808-1936*. Madrid. CEDESA. 1974.
 ALGARRA RAFEGAS, A., *El Asedio de Huesca*. Zaragoza. "El Noticiero" 1941.
 MARTIN RETORTILLO, C., *Huesca vencedora*. Huesca. Campo y Cia. 1938.
 SALAS LARRAZABAL, R., *Historia del Ejército Popular de la República*. Madrid. Editora Nacional. 1973.
 OLIVES, J., "Georges Orwell o el poder de la vigencia" en Revista "Historia y Vida". Nº 190. Barcelona 1984, p. 104.
 CAROL, M., "Un brigadista en la Guerra de España" en Revista "El País Semanal". Nº 350. Madrid. 1983, p. 44.
Catálogo de la Exposición de material de guerra tomado al enemigo. San Sebastián. Publicaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores. 1938. Ejemplar seriado con nº 953.
 AZNAR, M., *Historia Militar de la Guerra de España*. Madrid. Editora Nacional. 1969. (4ª Edición).

LA CLASE MEDIA EN Keep the Aspidistra Flying

F. Javier SANCHEZ ESCRIBANO

No voy a entrar en una comparación de *Keep the Aspidistra Flying* con las otras novelas de Orwell consideradas también de "clase media"¹, ni con la novela que nos ha servido de pretexto para este seminario². Pretendo trazar un esquema, analizar la descripción que de la clase media nos hace el protagonista. Sin duda mi exposición encuentra un perfecto complemento en la brillante ponencia del Dr. Rodríguez.

El héroe, Gordon Comstock, se mueve a través de un tremendo complejo de inferioridad. Lucha por ser un hombre libre, rechaza la clase media, pero desde unas premisas también de clase me-

1 Vid. EAGLETON, Terry: "Orwell and the Lower-Middle-Class Novel", en *George Orwell, A Collection of Critical Essays*, ed. por Raymond Williams. Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1974, págs. 10-33.

2 Vid. MEYERS, Jeffrey (Ed.): *Georges Orwell*. The Critical Heritage. London, Routledge & Kegan Paul, 1975, págs. 65-90.

tuamente manteniéndose en pugna" (sic) y aunque teóricamente los dirigentes dediquen sus vidas a la conquista del mundo, "están convencidos al mismo tiempo de que es absolutamente necesario que la guerra continúe eternamente sin ninguna victoria definitiva" (sic).

Conclusión

Por todo lo dicho, la guerra imaginada por Orwell "comparada con las antiguas, es una impostura, se podría comparar esto a las luchas entre ciertos rumiantes cuyos cuernos están colocados de tal manera que no pueden herirse" (sic) y repetimos para terminar, una frase orwelliana ya comentada: "El objeto de la guerra no es conquistar territorio ni defenderlo, sino *mantener intacta la estructura de la Sociedad*. Por lo tanto la palabra guerra se ha hecho equívoca (sic). Así sí puede decirse sin mentir: ¡La Guerra es la Paz!

BIBLIOGRAFÍA

- ORWELL, G., *Homenaje a Cataluña*. Barcelona. Airel. 1983.
 ORWELL, G., *Mi Guerra Civil Española*. Barcelona. Destino. 1982.
 ORWELL, G., *1984*. Barcelona. Destino. 1983.
 CHAMORRO MARTINEZ, M., *1808-1936*. Madrid. CEDESA. 1974.
 ALGARRA RAFEGAS, A., *El Asedio de Huesca*. Zaragoza. "El Noticiero" 1941.
 MARTIN RETORTILLO, C., *Huesca vencedora*. Huesca. Campo y Cia. 1938.
 SALAS LARRAZABAL, R., *Historia del Ejército Popular de la República*. Madrid. Editora Nacional. 1973.
 OLIVES, J., "Georges Orwell o el poder de la vigencia" en Revista "Historia y Vida". Nº 190. Barcelona 1984, p. 104.
 CAROL, M., "Un brigadista en la Guerra de España" en Revista "El País Semanal". Nº 350. Madrid. 1983, p. 44.
Catálogo de la Exposición de material de guerra tomado al enemigo. San Sebastián. Publicaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores. 1938. Ejemplar seriado con en nº. 953.
 AZNAR, M., *Historia Militar de la Guerra de España*. Madrid. Editora Nacional. 1969. (4ª Edición).

LA CLASE MEDIA EN Keep the Aspidistra Flying

F. Javier SANCHEZ ESCRIBANO

No voy a entrar en una comparación de *Keep the Aspidistra Flying* con las otras novelas de Orwell consideradas también de "clase media"¹, ni con la novela que nos ha servido de pretexto para este seminario². Pretendo trazar un esquema, analizar la descripción que de la clase media nos hace el protagonista. Sin duda mi exposición encuentra un perfecto complemento en la brillante ponencia del Dr. Rodríguez.

El héroe, Gordon Comstock, se mueve a través de un tremendo complejo de inferioridad. Lucha por ser un hombre libre, rechaza la clase media, pero desde unas premisas también de clase me-

1 Vid. EAGLETON, Terry: "Orwell and the Lower-Middle-Class Novel", en *George Orwell, A Collection of Critical Essays*, ed. por Raymond Williams. Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1974, págs. 10-33.

2 Vid. MEYERS, Jeffrey (Ed.): *Georges Orwell. The Critical Heritage*. London, Routledge & Kegan Paul, 1975, págs. 65-90.

dia. La lucha resulta inútil y la novela termina ofreciéndonos un cierto grado de humanidad en el corazón del capitalismo, aunque podría explicarse bien como un recurso para que la rendición de Gordon resulte aceptable. Sólo así resulta explicable esa falta de coherencia entre sus ideas y sus actos. Echamos en falta una definición clara de su postura. Podríamos preguntarnos si esa misma duda la tiene Orwell. Alguien ha señalado que al autor todavía le faltan dos vivencias importantes, cuales son la guerra civil española y la segunda guerra mundial.

El protagonista, como ya he señalado, plantea su vida como una lucha contra el dinero. El papel que juega en nuestra sociedad se encuentra reflejado en diferentes puntos de la vida del protagonista: su educación en colegios pretenciosos, sus empleos, su posición frente a los amigos, la mujer y el matrimonio. Su desprecio para la baja clase media a la que él mismo pertenece se encuentra reflejado de forma sutil en las lecturas que hacen sus componentes y sobre todo por la presencia de una aspidistra en la ventana.

1. La educación

Los Comstocks *belonged to the most dismal of all classes, the middle-middle class, the landless gentry*³. El reparto de la herencia del abuelo no es óbice para que todo el clan se siga considerando de la clase media sin ser conscientes del descenso sufrido por el pecunio familiar. Todos quieren que haya un representante de la familia con una educación respetable y un empleo con futuro:

*What a fearful thing it is, this incubus of education! It means that in order to send his son to the right kind of school (that is, a public school or an imitation of one) a middle-class man is obliged to live for years on end in a style that would be scorned by a jobbing plumber*⁴.

Y Gordon empieza a recorrer esos colegios pretenciosos que sangraban la hacienda familiar. Pero incluso en los peores colegios casi todos los chicos eran más ricos que él. Y apunta el autor que la mayor crueldad que se puede infligir a un niño es enviarlo a un cole-

3 ORWELL, George: *Keep the Aspidistra Flying*. Harmondsworth, Penguin Books, 1981 (1936), pág. 43.

4 Idem. pág. 47.

gio con niños más ricos que él. Un niño consciente de su pobreza tiene por fuerza que sufrir torturas en su amor propio que una persona mayor no puede concebir. Su primera gran lucha consistía en demostrar que sus padres tenían dinero. Pero todo se venía abajo cuando al comienzo de cada trimestre debía entregar en público al director el dinero que traía consigo y cuando sus padres venían a verlo. Rezaba para que no lo hicieran sobre todo su padre, del que dice:

*He was the kind of father you couldn't help being ashamed of; a cadaverous, despondent man, with a bad stoop, his clothes dismally shabby and hopelessly out of date. He carried about with him an atmosphere of failure, worry, and boredom. And he had such a dreadful habit, when he was saying good-buy, of tipping Gordon half a crown right in front of the other boys, so that everyone could see that it was only half a crown and not, as it ought to be, ten bob! Even thirty years afterwards the memory of that school made Gordon shudder*⁵.

La primera reacción del protagonista fue lanzarse a una reverencia total por el dinero y a odiar a sus familiares a causa de su pobreza. Unos años más tarde consigue equilibrar su vida en la escuela y se une al grupo de intelectuales. Como todos los chicos de 16 años en la época de después de la guerra, Inglaterra se veía inundada por ideas revolucionarias, de las que los colegios privados no estaban exentos. A esa edad Gordon y sus amigos gozaban proclamando sus ideas subversivas. Durante un año publicaron una revista mensual llamada *Bolshevik*. En ella defendían el socialismo, el amor libre, el desmembramiento del Imperio Británico, la disolución del ejército y la armada. Todo muchacho inteligente de esa edad es socialista. Aunque apostilla, *at that age one does not see the hook sticking out of the rather stodgy bait*⁶.

También a esa edad se produce un cierto cambio de sentimientos hacia su familia: ya no la menospreciaba. Ahora le deprimía ver cómo se iban consumiendo, que mataban su salud por conseguir unas libras que ayudasen a sufragar su gravosa educación. El problema ya no era que careciesen de dinero sino que, sin tenerlo, aún vivían en el mundo del dinero, donde su posesión era una virtud y su carencia un crimen. Con el tiempo descubriría que el culto al dinero se elevaba al rango de religión, quizá la única verdaderamente sentida. El dinero ocupa el lugar de Dios. Ya no se habla de bien y de mal sino de éxito o fracaso. El decálogo queda reducido a dos mandamientos: uno para los empresarios, los elegidos, el clero del

5 Idem. pág. 48.

6 Idem. pág. 49.

dinero, que diría *Thou shalt make money*, y el otro para los subordinados, los esclavos *Thou shalt not lose thy job*. Es por esta época cuando leyó *The Ragged Trousered Philantropists* y recuerda la anécdota de aquel carpintero empobrecido que empeña todo cuanto posee pero se aferra a la aspidistra, planta que adquiere el carácter de símbolo para Gordon: *The aspidistra, flower of England! It ought to be on our coat of arms instead of the lion and the unicorn. There will be no revolution in England while there are aspidistras in the windows*⁷. La lucha que va a entablar Gordon contra el dinero es paralela a la que va a sostener con la aspidistra. En repetidas ocasiones intentará matarla no regándola, aplicándole colillas encendidas al tallo, mezclando sal en la tierra o vaciando los restos del té. Todo menos lo más positivo como hubiera sido arrancarla. Pero la aspidistra, que parecía muerta, renace en primavera.

Hay dos maneras de afrontar la vida: se puede ser rico o renunciar deliberadamente a serlo, se puede poseer dinero o despreciarlo. Lo verdaderamente terrible es adorarlo y no llegar a conseguirlo. Daba por sentado que nunca sería capaz de hacer dinero, idea que le habían imbuído sus profesores: era un insaciable incapaz de triunfar en la vida. Y él lo aceptaba. A los 16 años había renunciado a triunfar, estaba en contra del dios-dinero, a quien había declarado la guerra.

2. Los empleados

La lucha comienza cuando debe buscar un empleo. Cuando lo consigue no lo acepta porque, ante el estupor de la familia, lo que a él le gustaba era escribir versos. Quería un empleo pero no uno bueno. Ante la enfermedad de su madre lo acepta y trabaja de contable durante seis años. La oficina es un buen punto de observación de la degradación que lleva implícita la adquisición de dinero. Le estremecía ver a sus compañeros de trabajo, especialmente a los más viejos:

That was what it meant to worship the money-god! To settle down, to Make Good, to sell your soul for a villa and an aspidistra! To turn into the typical little bowler-hatted sneak-Strube's "little man" the little docile cit who slips home by the six-fifteen to a supper of cottage pie and stewed tinned pears, half an hour's liste-

7 Idem. pág. 50.

*ning in to the BBC Symphony Concert, and then perhaps a spot of licit sexual intercourse if his wife "feels in the mood"! What a fate! No, it isn't like that that one was meant to live. One's got to get right out of it, out of the money-stink*⁸.

Después de la muerte de su madre abandona el empleo sin dar explicaciones a la empresa. Durante seis meses vive al día tratando de imitar a un poeta hambriento en su buhardilla. Pero hace un descubrimiento fatal: la pobreza mataba al pensamiento. Vive a costa de su hermana y de una tía hasta que le proporcionan un trabajo en el departamento de contabilidad de la New Albion Publicity Company. Por fin un buen empleo. Pero en qué sitio, en qué medio:

*There was hardly a soul in the firm who was not perfectly well aware that publicity-advertising —is the dirtiest ramp that capitalism has yet produced... Most of the employees were the hard-boiled, Americanized, go-getting type— the type to whom nothing in the world is sacred, except money. They had their cynical code worked out. The public are swine: advertising is the rattling of a stick inside a swill-bucket*⁹.

Por esta época consigue que le publiquen su libro de poemas *Misce*. Y alguien lo descubre. Significa el traslado de departamento y el consiguiente aumento de sueldo. ¡Cinco libras! Era demasiado para él. A pesar de su meditación de que estaba dentro del mundo del dinero pero no con él, decide abandonar este empleo antes de caer en la tentación de apoltronarse.

3. Literatura y sociedad

Su amigo Ravelston le proporciona un empleo a su medida como dependiente en una librería. Un sueldo de dos libras semanales era más apropiado que el de cinco de la New Albion. Tenía ya 29 años. Su nuevo empleo se reveló también como un excelente punto de observación desde donde analizar las existencias de la librería así como a los lectores.

Era la hora solitaria, después de comer, cuando no abundan los clientes. Estaba sólo con 7.000 volúmenes. En una pequeña habitación oscura, oliendo a polvo y a papel envejecido, se amontonan los libros viejos e invendibles. En los anaqueles duermen las enci-

8 Idem. págs. 54-55.

9 Idem. pág. 58.

clopedias prescritas. En otra habitación, mejor iluminada, se encontraba la biblioteca de préstamos. Sólo novelas. ¡Y qué novelas! Ochocientos volúmenes ordenados alfabéticamente en las tres paredes del recinto, como si hubiesen sido construidas con ladrillos de diversos colores. Allí estaban las novelas de Arden, Burroughs, Deering, Dell, Frankau, Galsworthy, Gibbs, Priestly, Sapper, Walpole:

Gordon eyed them with inert hatred. At this moment he hated all books, and novels most of all. Horrible to think of all that soggy, half-baked trash massed together in one place. Pudding, suet pudding. Eight hundred slabs of pudding walling him in —a vault of pudding— stone. The thought was oppressive¹⁰.

De pronto se asoma al escaparate un cliente en potencia, un caballero de mediana edad, con pintas de procurador de provincias. Por la dirección de su mirada Gordon deduce que estaba observando las primeras ediciones de D.H. Lawrence. Seguro que había oído hablar de *Lady Chatterley: At home, president of the local Purity League or Seaside Vigilance Commetee (rubber-soled slippers and electric torch, spotting kissing couples along the beach parade), and now up in town on the razzle¹¹*. A Gordon le hubiera gustado ofrecerle una copia de *Women in Love* para ver su reacción.

Destaca la colocación de los libros, en una feroz lucha darwiniana por la supervivencia. Las obras de autores vivos a la altura de la vista. Los de los muertos arriba o abajo. Debajo del todo los "clásicos", *the extinct monsters of the Victorian age¹²*, se descomponían en paz: Scott, Carlyle, Meredith, Ruskin, Pater, Stevenson. Y exactamente a la altura de la vista lo último de Priestly, el humor de Herbert, Knox y Milne, una o dos novelas de Hemingway y Virginia Woolf y *snooty, refined books on safe painters and safe poets by those moneyed young beasts who glide so gracefully from Eton to Cambridge and from Cambridge to the literary reviews¹³*. Los odiaba. A los nuevos y a los viejos. Eran obras realizadas mientras que él no producía nada. Dinero y cultura:

Money for the right kind of education, money for influential friends, money for leisure and peace of mind, money for trips to Italy. Money writes books, money sells them. Give me not righteousness, O Lord, give me money, only money¹⁴.

10 Idem. pág. 8-9.

11 Idem. pág. 11.

12 Idem. pág. 12.

13 Idem. pág. 13.

14 Idem. págs. 13-14.

Entran dos clientas. La primera, *a dejected, round-shouldered, lower-class woman, looking like a draggled duck nosing among garbage*, es una lectora asidua de Ethel M. Dell. Detrás de ella *hopped a plump little sparrow of a woman, red-cheeked, middle-middle class, carrying under her arm a copy of The Forsyte Saga - little outwards, so that the passer-by could spot her for a high brow¹⁵*. Lo había leído cuatro veces y le encantaba la grandeza de Galsworthy, su universalidad y que fuese tan inglés, tan humano. Gordon la tienta irónicamente con Priestly, también un escritor delicado, grande, amplio, humano y tan esencialmente inglés.

Había quince o veinte estantes de poesía. Género muerto en su mayor parte. Un poco por encima de la vista, ya en su camino hacia el cielo y el olvido, estaban los escritores del inmediato pasado, las estrellas de su primera juventud: Yeats, Housman, Thomas, De la Mare, Hardy. *Dead Stars*. Debajo, exactamente a la altura de la vista, *the squibs of the passing minute*, Eliot, Pound, Auden, Campbell, Day Lewis, Spender:

Very damp squibs, that lot. Dead stars above, damp squibs below. Shall we ever again get a writer worth reading? But Lawrence was all right, and Joyce even better before he went off his coconut. And if we did get a writer worth reading, should we know him when we saw him, so choked as we are with trash?¹⁶

Otro personaje que merece la atención de Gordon es un cliente de unos 20 años, *cherry-lipped, gilded-hair*, y con una *R-less Nancy voice*. Era un snob al que Gordon le ofrece con desdén algo que podría interesarle dentro de la poesía: traducciones de búlgaro. Era todo un gentleman al que le gustaba hojear libros sin ser molestado.

Entre el resto de clientes, nuestro dependiente distingue con un sarcasmo especial a otras tres señoras. Dos eran de la alta clase media, una ataviada con un abrigo de piel de ardilla. Se dirigen directamente al *Ladies corner*, es decir donde se encontraban los libros de perros y gastos. Eran el tipo de clientes que siempre pedían libros pero nunca los compraban. La tercera, una profesora, desde luego feminista, pide la historia del movimiento sufraguista de Mrs Wharton-Beverly. Gordon, con satisfacción, le responde que no lo tienen mientras ella con su mirada le reprocha su masculina incompetencia.

15 Idem. págs. 14-15.

16 Idem. pág. 17.

4. Dialéctica político-social

Con su amigo Ravelston Gordon habla de los problemas que acechan a nuestra sociedad y de socialismo. Aquél era un socialista muy especial según Gordon. Dedicaba su vida y gran parte de sus rentas a la publicación de una revista mensual, impopular y socialista, llamada *Antichrist*. A su alrededor pululaban una tribu de vividores, entre los que encontraban poetas y pintores callejeros. Su renta de 800 libras anuales no era precisamente la de un proletario. Tampoco lo era el lugar donde vivía, para él un apartamento incómodo y angosto pero que para Gordon era un insulto. El autor nos describe magistralmente este contrasentido:

*Living in the wilds of Regent's Park was practically the same thing as living in the slums; he had chosen to live there, en bon socialiste, precisely as your social snob will live in the mews in Mayfair for the sake of the "WI" on his notepaper. It was part of a lifelong attempt to escape from his own class and become, as it were, an honorary member of the proletariat. Like all such attempts, it was foredoomed to failure. No rich man ever succeeds in disguising himself as a poor; for money, like murder, will out!*¹⁷

El tema favorito de conversación entre los dos amigos es la insignificancia, la crueldad y la agonía moderna. Ravelston asentía y *Antichrist* los señalaba, que bajo un capitalismo decadente, la vida era una cosa mortal y sin sentido. Pero este reconocimiento no dejaba de ser teórico. Nadie puede sentir realmente esa clase de cosas cuando su renta es de 800 libras. Según Ravelston el capitalismo se halla en su postrera fase. En la cara de bobo de un tipo que venía hacia ellos Gordon descubre el retrato de nuestra civilización. La vida que vivimos no es vida, es un mero vivir ya muertos, descomponerse en posición vertical. Para el mecenas son cosas que deben pasar antes de que el proletariado tome el poder. Hay que tener fe y esperanza de que las cosas cambien y leer a Marx. Para el poeta lo que hay que tener es dinero, principio del optimismo: *Give me five quid a week and I'd be a socialist*¹⁸. Y llega el momento de definirse de aclarar conceptos sobre el socialismo. Son las únicas ideas claras en la mente de Gordon, para quien el socialismo es:

17 Idem. pág. 90.

18 Idem. pág. 96.

*Some kind of Aldous Huxley Brave New World; only not so amusing. Four hours a day in a model factory, tightening up bolt number 6003. Rations served out in grease-proof paper at the communal kitchen. Community-hikes from Marx Hostel to Lenin Hostel and back. Free abortion clinics on all the corners. All vey well in its way, of course. Only we don't want it!*¹⁹

La tercera vía para Gordon es el suicidio y la Iglesia Católica. El suicidio era el tipo de vida que llevaba.

5. Rosemary. La rendición

Su amiga Rosemary provoca otra de las incoherencias de Gordon. La mujer y el matrimonio son una trampa en la que no se debe caer. Su pensamiento lo expresa crudamente al comienzo del Capítulo 6:

*This woman business! What a bore it is! What a pity we can't cut it right out, or at least be like the animals - minutes of ferocious lust and months of icy chastity. Take a cock pheasant, for example. He jumps up on the hens' backs without so much as a with your leave or by your leave. And no sooner is it over than the whole subject is out of his mind. He hardly even notices his hens any longer; he ignores them, or simply pecks them if they come too near his food. He is not called upon to support his offspring, either!*²⁰

Quizá pensaría diferente si estuviese casado. Pero había jurado no hacerlo. Presenta al matrimonio como una aña-gaza del dios dinero. Te tragas el anzuelo y te encuentras encadenado a un buen empleo para el resto de la vida. ¡Y qué vida! Relaciones sexuales lícitas a la sombra de la aspidistra, empujar el coche de los niños, rastreros, adulterios, y la mujer que te rompe la botella de whisky en la cabeza.

Por otra parte piensa que es necesario casarse porque aunque el matrimonio es malo la alternativa es peor. Por unos momentos le hubiera gustado estar casado. El matrimonio debe ser indisoluble. Para lo bueno y lo malo, hasta que la muerte os separe. El viejo ideal cristiano, sólo que mitigado por el adulterio, teniendo el decoro de llamarlo así. Diviértete un poco pero luego atente a las consecuencias:

19 Idem. pág. 98.

20 Idem. pág. 113.

*Cut-glass whisky decanters broken over your head, nagging, burnt meals, children crying, clash and thunder of embattled mother-in-law. Better that, perhaps than horrible freedom? You'd know, at least, that it was real life that you were living*²¹.

¿Pero cómo puede uno casarse con dos libras semanales de sueldo? Lo malo es que fuera del matrimonio es imposible sostener una relación decente con una mujer. Y siempre es un problema de dinero. Había estado con diez o doce prostitutas y siempre había terminado en una deserción miserable. Si no hay dinero tienes que conformarte con lo que ellas te ofrezcan. Gordon se da cuenta que al abjurar del dinero debía vivir sin mujeres.

Con Rosemary vuelve a plantearse el problema del dinero. No acepta que ella comparta los gastos. La crisis llega durante una excursión. Gordon consigue que su amiga acepte hacer el amor pero ésta se resiste al final cuando se da cuenta que no puede tener un hijo. Es a causa del dinero, le acusa el poeta. Tener un hijo significaría perder el puesto de trabajo y Gordon no tenía dinero. Sería exponerse a morir de hambre.

Esa concepción llega después de la ruptura, en una pensión miserable en la que se ha refugiado Gordon. Y con ella su metamorfosis. Se da cuenta que toda esa batalla que ha estado librando la ha perdido. El aborto no es la solución. La única viable es el matrimonio. Las cinco libras semanales que durante este año han estado acechándole se apoderan de él. Vuelve a la empresa de publicidad, al sueldo de donde partió. Significa casarse, alquilar un piso en una zona de clase media y comprar una aspidistra. Termina pensando que la aspidistra es el árbol de la vida. Todo el concepto que se había forjado de la poesía no significaba ya nada para él. *London Pleasures*, el gran poema inacabado es un estorbó. Venciste Aspidistra.

6. Apocalipsis. La guerra que acecha

La última obsesión de Gordon es la inminencia de la guerra, algo que el mundo moderno ansía. Desde la primera librería en la que trabaja interpreta la expresión del rostro de un hombre sentado a una mesa. Detrás del optimismo y el resplandor de la dentadura postiza se esconden la desolación, la vaciedad, profecías de ruina,

21 Idem. pág. 115.

y las reverberaciones de guerras futuras: *Enemy aeroplanes flying over London; the deep threatening hum of the propellers, the shattering thunder of the bombs*²².

También en la librería le acechan pensamientos de tragedia mientras contempla el anuncio de una salsa. Nuestra civilización está moribunda pero no va a morir en la cama. Al menos así lo desea Gordon:

Presently the aeroplanes are coming. Zoom —whizz— crash! The whole western world going up in a roar of high explosives...

*Gordon squinted up at the leaden sky. Those aeroplanes are coming. In imagination he saw them coming now; squadron after squadron, innumerable, darkening the sky like clouds of gnats. With his tongue not quite against his teeth he made a buzzing, bluebottle-on-the-window-pane sound to represent the humanity of the aeroplanes*²³.

Este deseo de que llegase la guerra se lo confiesa a Ravelston. Su amigo sentencia que lo terrible es que más de la mitad de la juventud europea está deseando lo mismo. Afortunadamente para Gordon la aspidistra había vencido. La clase media no es tan mala como parece.

22 Idem. pág. 22.

23 Idem. pág. 26.

LO SOCIAL Y LO NATURAL EN EL HUMANISMO ORWELLIANO

José Luis RODRÍGUEZ

“Entonces, los hombres tenían
una boca más grave, las mujeres tenían brazos
más lentos;
entonces, de nutrirse como nosotros de raíces, gran-
des bestias tachurnas se emboblecían;
y más largos sobre más sombra se levantaban
los párpados...
(Fue ese sueño, nos ha consumido sin reliquias.)
SAINT-JOHN PERSE: Elogios (1911)

Primero.

Descartaría inicialmente dejar constancia del sentido con que opera en mi intervención el término “humanismo (orwelliano)”; lo considero imprescindible dadas las heterogéneas referencias acumuladas desordenadamente en nuestra más cercana contemporaneidad. La célebre conferencia sartriana —pronunciada en el parisino Club Maintenant hace más de treinta años y titulada “L’Existencialisme est un humanisme”¹— puede aparecer como uno de los significa-

¹ Existen varias traducciones del texto. Entre otras: SARTRE, J.P.: *El existencialismo es un humanismo*, Buenos Aires, Sur, 1957.

tivos puntos de inflexión. Que Sartre diera un paso adelante en el reconocimiento de la dimensión social de la libertad y del compromiso humanos no resulta sólo significativo desde el punto de vista de su evolución intelectual, sino que viene a indicar el auténtico carácter de una polémica *en gestación*. Efectivamente: más allá de las precisiones sustancialmente teóricas, lo que se debate es, por un lado, una confrontación con Marx y, por otra parte, un problema político cuyos límites no es preciso evocar en este momento pero de los cuales abundan testimonios directos y críticos. Como es sabido, la cuestión del papel reservado o posible que el sujeto individual merece en el socialismo.

Sartre no abandonaría la polémica, abordada de forma sistemática en la "Critique de la raison dialectique". Sus constantes intervenciones ponían de manifiesto el rol social del sujeto en la constitución de lo histórico. Contra su pensamiento, la intelectualidad comunista subrayaba con empeño —acaso digno de mejor causa— que, históricamente, la reivindicación humanista había estado aliada con la explotación. Desde otra perspectiva —naturalmente—, Michel Foucault venía a expresarlo rotundamente: "Responderé que la utilización del humanismo es una provocación (...). Bien mirado, este humanismo ha sido el elemento prosthitor de todo el pensamiento, de toda la moral, de toda la política de los últimos veinte años; para mí, lo que resulta una provocación es que se quiera proponer como ejemplo de virtud"². Y acaso el punto más ferviente de la polémica llegó en 1964 cuando Louis Althusser publicaba su artículo "Marxisme et existentialisme"³, páginas que fecundaron una interminable polémica con intervenciones airadas de Semprún, Garaudy, Simón y Michel Verret. Acorde con sus tesis más generales —entonces no explicitadas aún textualmente—, adelantaba Althusser una tesis sobre la que había de volver: la caracterización del marxismo en tanto antihumanismo teórico.

Nos encontramos, así, con una definición teórica del marxismo paralela a la desautorización política del humanismo realizada desde una consideración histórica de su función política a partir del discurso socialista.

2 CARUSO, P.: *Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan*, Barcelona, Anagrama, 1964, pág. 85.

3 Las concretas referencias al origen de la polémica fueron explicadas por L. Althusser en la introducción que presentaba buena parte de los materiales que intercambiaron los distintos autores. Cfr. ALTHUSSER, L., y otros: *Polémica sobre marxismo y humanismo*, México, Siglo XXI, 1968.

Es tal consideración del humanismo la que debería eludir por mi parte en esta breve referencia orwelliana centrada sustancialmente en algunos textos escritos entre 1936 y 1945, es decir, en la época biográficamente más densa del autor inglés y, desde mi punto de vista, cuando produce las páginas más esclarecedoras. Obras como *Venciste, Rosemary*, *El camino de Wigan Pier*, *Subir a por aire* o *Rebelión en la granja*, además de textos epistolares y críticos remitidos desde la situación española de guerra civil, sirven para enjuiciar el carácter de un humanismo que es tomado aquí es un sentido estrictamente teórico, esto es, en tanto calificativo para denotar el conjunto de un discurso.

Es preciso, naturalmente, introducir una postrera consideración previa que aparece legitimada si consideramos las pluriformes manifestaciones del humanismo. ¿Pueden considerarse equivalentes el humanismo socrático o el petrarquesco, los humanismos respetivos de Feuerbach y —más contemporáneamente— de A. Camus —pongamos por caso? Hacerlo *teóricamente* sería banal —o con toda seguridad: malintencionado. No siento oportuno el establecimiento de una diferenciación —aquí y ahora—, me permitiré, no obstante, sugerir cuál pueda ser su efectiva y original línea de demarcación. Todo humanismo reivindica la realización del sujeto sobre el supuesto de la pérdida de sus posibilidades, efectivamente. Pero es en el análisis de la responsabilidad del Mal histórico-presente donde un abismo espectacular se establece: teologismo trascendentalista o necesidad ofrecen una inicial respuesta. La mediación sobre la culpa originaria o la metáfora cercana del desdichado Sísifo son ejemplificaciones ilustres. Sin embargo, el gran siglo de nuestra existencia occidental, esa centuria de los inimaginables gozos y de las iniciales y sorprendentes frustraciones —me refiero al siglo XVIII—, alumbró la posibilidad de otra causalidad en lo que se refiere al vínculo hombre-ser histórico (degradado). Ya Rousseau lo afirma claramente cuando, al comienzo de su obra premiada en Dijon (1750), suscribe el carácter voluntario de la aparición del Mal⁴. Afirmación entre otras muchas... Común a todo discurso humanista, continuador o no de la obsesión roussoniana, lo cierto es que la referencia a la voluntariedad implica el estudio de los mecanismos reafirmadores y causales y la presentación de la estrategia para desennasascar el oprobio del Mal.

4 Cfr. *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* en ROUSSEAU, J.J.: *Escritos de combate*, Madrid, Alfaguara, 1979, pág. 180.

Es esta tradición la que renueva G. Orwell. No es un filósofo, ciertamente. No necesita investigar el origen: Orwell es, ante todo, un crítico de las condiciones presentes de degradación y un reivindicador del más allá de lo presente. Tal humanismo es al que quisiera referirme.

A lo largo de toda la aventura orwelliana se mantienen unas constantes críticas inmodificadas en su constatación y denuncia realista, si bien la postura ante su consideración se agudiza negativamente hacia el año de 1945: "Bastarán unas pocas toneladas de T.N.T. para mandar a nuestra civilización al infierno que le pertenece"⁵, escribe ya hacia 1936 en *Yenciste, Rosemary!*. La oposición agresiva y crítica ante el espacio presente ha de mantenerse a lo largo de la década. Sus análisis no permiten lugar a duda: el asfixiante lugar de la librería donde Gordon Comstock sobrevive espiritualmente contemplando el castigador gusto de sus ciudadanos — allí en la altura de los anaqueles intocados permanece su breve poemario *Los placeres de Londres*—, la horrenda pensión frecuentada por el protagonista de *El camino de Wigan Pier*, el sordido y maduro ambiente aniquilador de la infancia de George Bowling o — como es más conocido — la Granja Manor resultan ser metáforas intranquilizadoras del universo real donde los seres humanos se desesperan agobiados por la agresión exterior, escenarios en los que cuyas paredes se desenvuelve el episodio inmoral de la degradación de lo histórico. Pero ejemplificaciones literarias de una situación ajena en su limitación a los personajes son a un tiempo metáforas de una proposición teórica de honda raíz en el pensamiento crítico de la burguesía intelectual europea. He de retornar más adelante sobre la cuestión: baste señalar por el momento que la librería-pensión — familia-granja de la novelística orwelliana anterior a 1948 se nos muestra críticamente como el universo esplendoroso de miseria y degradación contra el que G. Orwell opondrá su reivindicación.

Producto de tal análisis surge la alternativa reivindicadora orwelliana. Esperanzadora e inocentemente, Orwell medita en *El camino de Wigan Pier* para comentar que "desde un cierto punto de vista, la necesidad del socialismo es algo tan elemental, tan de sentido común que a veces me sorprende que no se haya establecido todavía"⁶. Un socialismo en cuya caracterización positiva — luego

de haber jugado desde el papel de abogado del diablo — se detiene desde finales del capítulo 12: "justicia y libertad: estas son las palabras que hay que hacer resonar por todo el mundo"⁷, advierte⁸. Como puede comprenderse, sin embargo, resonancias baratas: pues lo que importa a Orwell, lo que va a dotar de significado a su reivindicación no es la repetición de viejas consignas sino, como más adelante afirmará, el contexto teórico en el que adquiererán sentido. Por eso escribe: "Así pues, la misión de la persona culta no es rechazar el socialismo, sino tomar la decisión de humanizarlo. Cuando el socialismo esté en vías de implantación, las personas conscientes del engaño que implica el "progreso" se encontrarán probablemente en una posición de resistencia. Es más, su función específica es precisamente ésta. En un mundo mecanizado, deberán ser una especie de oposición permanente, actitud que no es lo mismo que el obstruccionismo o la traición"⁸.

Es el sentido de esta "humanización del socialismo" el que debe ser abordado necesariamente. Es en tal aventura donde se transparenta la función histórica de lo social y el sentido pleno de la reivindicación política orwelliana. Antes de precisar tales extremos, agregaré que su confianza va deteriorándose: desde la escena diferente de la Utopía futura que pretende diseñar la obra de 1937 hasta la caricaturizada situación de *Rebelión en la granja* discurre la barbarie de una década ante cuya inmediata victoria Orwell parece rendirse. "El cubo de basura en que estamos metidos llega hasta la estratosfera", reconoce sorprendido y hastiado el George Bowling de *Subir a por aire*⁹. La guerra civil española, las circunstancias accidentales del nazismo son acontecimientos que parecen advertir del progresivo establecimiento de la hegemonía de lo social; los documentos remitidos desde España son especialmente significativos: "lo que he visto en España no me ha hecho un clínico, pero me hace pensar que el futuro es muy tétrico"¹⁰, lo escribe a Rayner Heppenstall en julio de 1937; oscuro sentimiento que repite un año después en misiva a Cyril Connolly¹¹. La caída de la fe en la cercana

7 *Ibid.*, pág. 216.

8 *Ibid.*, pág. 220.

9 ORWELL, G.: *Subir a por aire*, Barcelona, Destino, 1981, pág. 219.

10 ORWELL, G.: "Carta a Rayner Heppenstall", recogida en *Mi guerra civil española*, Barcelona, Destino, 1978, pág. 44.

11 "Carta a Cyril Connolly", en *ibid.*, pág. 113.

5 ORWELL, G.: *Yenciste Rosemary!*, Barcelona, Destino, 1981.

6 ORWELL, G.: *El camino de Wigan Pier*, Barcelona, Destino, 1982, pág. 174.

insauración del socialismo ha de ser el caldo de cultivo de 1984, apoteosis de lo social que aniquila el poder de lo humano: "los animales asombrados, pasaron su mirada del cerdo al hombre, y del hombre al cerdo; y, nuevamente, del cerdo al hombre; pero ya era imposible distinguir quién era uno y quién era otro"¹². Son, como se sabe, las líneas finales de *Rebelión en la granja*.

Segundo: Lo social y lo natural en el humanismo orwelliano

Es preciso que nos cuestionemos la naturaleza de lo social en Orwell para valorar tanto el sentido de su hegemonía cuanto la naturaleza real de su humanismo (socialista).

No resulta excesivamente problemática la enumeración de las características definidoras de lo social. Reconocer que lo social en Orwell aparece limitando precisamente la desolación resulta algo obvio para cualquier lector superficial. Gordon Comstock lo sabe cuando, en las páginas iniciales de la novela, observa la marcha de los peatones londinenses: en la ciudad, "a decenas de millares, se arrastraban viejos seres que podían definirse así: gente que se arrastra, como sucias cucarachas a la sepultura"¹³.

Pero es el *El camino de Wigan Pier* donde, por vez primera con el suficiente detenimiento, pretende Orwell caracterizar lo social. La relación extremada entre la ciudad y la opresión salta a la vista: y es que, efectivamente, buena parte de la novela se centra en la consideración crítica de las causas que convierten el espacio urbano en un infierno para sus habitantes. Es fundamental la importancia que adquiere una de ellas: es en el capítulo 7 donde incluye Orwell un diagnóstico fundamental sobre el que es preciso detenerse brevemente. En un fragmento inequívoco¹⁴ queda radicalmente condenado todo tipo de industrialismo. Es preciso preguntarse por qué. Tan sólo indirectamente porque el orden de la naturaleza o la belleza del mundo se vean afectados. Los verdaderos males totalmente inevitables —así lo refiere Orwell— se derivan de la relación sostenida entre la producción industrial y el hombre. Relación degradante cu-

12 ORWELL, G.: *Rebelión en la granja*, Barcelona, Destino, 7ª edición, 1983, pág. 181.

13 ORWELL, G.: *Venciste Rosemary!*, ed. cit., pág. 25.

14 ORWELL, G.: *El camino de Wigan Pier*, ed. cit., pág. 113.

ya mediación le inspira la redacción del capítulo 12, acaso el más significativo del conjunto. En páginas reiterativas, Orwell denuncia el papel mediador de la máquina en tanto contribuye ésta a la eliminación de la fuerza física, potencia la odiosa comodidad aunque, en general, "la cuestión que hay que plantearse es si existe alguna actividad humana que no fuese mutilada por la máquina"¹⁵, problemática que Orwell aborda directamente para concluir, páginas más adelante, que la tendencia del progreso mecánico implica "frustrar la necesidad humana de esfuerzo y de creación"¹⁶.

Así, lo social en Orwell juega el papel de artificio cuya orientación consiste en aniquilar la naturaleza del hombre, provocando el asentamiento de una segunda naturaleza cuya radiografía aborda en la bellísima *Subir a por aire*. Esta segunda naturaleza viene definida por el sentimiento de infelicidad que produce la esclavitud, por la angustia ante el futuro, por la sensación de estar en manos de una inmensa y atroz máquina... Por la angustia que provoca el tener que venderse: seres horribles, enflaquecidos y prematuramente envejecidos —como la institutriz Katie descubierta desgrafiada y horripilante al cabo de pocos años—, o perdedores sin añoranza de la belleza adoslescente —como Elsie, la novia ilusionada de George Bowling—.

No es preciso detenerse en la mera recopilación —fácil de realizar a partir de la lectura de los textos orwellianos— de las características de esta segunda naturaleza generada inevitablemente por el industrialismo maquinista. *Lo fundamental* es limitar teóricamente este movimiento jugado sobre la relación industria-maldad frente a la que plantea Orwell su humanismo socialista. Quisiera, al respecto, proponer la reflexión sobre dos aspectos...

1. Qué ocurre con el ser moral del hombre anterior al infierno industrial. Quisiera ilustrar la respuesta con la evocación del final de la anécdota que vive George Bowling. El protagonista de *Subir a por aire*, cansado de su esposa, irritado permanentemente con sus hijos, preocupado por la propia degradación física, decide huir, retornar a su infancia para recuperar los momentos irrepetidos de su felicidad olvidada. Venciendo temores y fabulando argucias viaja finalmente a Lower Binfield: la metáfora orwelliana alcanzará en este momento cotas insuperables: "Lo primero que pensé fue: ¿dónde está Lower Binfield?"¹⁷. Nada se ha mantenido: la vieja char-

15 *Ibid.*, pág. 198.

16 *Ibid.*, pág. 202.

17 ORWELL, G.: *Subir a por aire*, *idc.* cit., pág. 180.

ca del inmenso pez añorado es ahora un estercolero, son otras gentes que no recuerdan su apellido, el abrevadero ha desaparecido, la vieja tienda paterna es ahora un salón de té, Binfield House es un freonopático... Nada, absolutamente nada, se ha conservado: el progreso ha inventado otra ciudad —hasta el viejo párroco Betterton, en una iglesia inamovible, es otro. Bowling sabe, sin embargo, que la vieja ciudad se yergue aún subterránea: si carece de entorno físico no es menos cierto que ha sido recordada en jornadas anteriores. La segunda naturaleza oprime desde su artificiosidad a la primera: la tarea del humanismo consiste en hacer emerger la auténtica naturaleza moral sorprendida en su buena fe por el imperio de la máquina.

2. No es imprudente plantear al menos la legitimidad de la vinculación causal industria-mal en Orwell dado lo desafortado de su radicalismo, extremada posición que no sólo se detiene en la crítica a los males históricamente intrínsecos del industrialismo sino que recoge, incluso, aspectos considerados positivos —es significativo al respecto (y de una desesperanzadora inocencia), el rechazo orwelliano del automóvil que, en relación al tiro de caballos, aumenta las muertes violentas—. Como puede comprenderse, las consecuencias del maquinismo industrialista habrían merecido la atención de sin número de autores: Saint-Simon, Carlyle, Fourier o Tolstói son, por ejemplo, significativas voces que ordenan su crítica señalando las desastrosas inconveniencias del industrialismo.

Sin embargo, el caso es característico, y nada azaroso por otro lado, en el espacio inglés: literatos como Dickens o John Ruskin refuerzan el pesoso tono oweniano que, en generaciones sucesivas, han de limitar la necesidad y el tono de la polémica. Inglaterra genera las condiciones para la teorización del sentimentalismo como pasivo hacia los miserables: la base sentada por el triunfal desarrollo de la economía política resonará de nuevo en el reforzamiento histórico del utilitarismo y, especialmente, en la obra crítica de John Stuart Mill.

Es en tal ambiente donde es preciso incluir la obra de G. Orwell. Sin embargo, no predomina el tono compasivo en su novela. Ciertamente, el mismo no está ausente; pero la lástima que provoca la contemplación de la situación presente no es sólo limitada por la visión de los barrios obreros sino que, notablemente, alcanza la consideración de las clases medias. Tal constatación implica una originalidad en la crítica orwelliana que merece ser destacada. ¿Sobre qué se centra, qué la define? Los textos podrían multipli-

carse, pero quisiera señalar meramente que la reflexión sobre sus dos grandes metáforas políticas nos lo indica sin lugar a dudas.

Efectivamente... ¿Qué principios desea establecer la revolución animal de *Rebelión en la granja*? O dicho de otra manera: ¿qué busca afianzar el mélico Estado de 1984? Allí, el reconocimiento de la diferencia; aquí, la uniformidad. Es decir: la presentación de lo negativo llega en Orwell asociada a la eliminación de las diferencias naturales y de clase (socio-históricas). Lo que horroriza es la identidad subjetiva en una sociedad empenada en la conveniencia de la uniformidad. No por otra razón, en la euforia que se establece inmediatamente después de la rebelión victoriosa, cada animal se encargará de una función, aquella precisa adoptada a sus circunstancias naturales.

De esta manera, Orwell queda sumergido en una tradición patria cuya definición no es exclusiva, por más que alcance con él significación extrema. Quisiera recordar un caso textualmente cercano: me refiero al breve ensayo de O. Wilde titulado *El alma del hombre bajo el socialismo*. "En el nuevo estado de cosas, el individualismo será mucho más libre, más bello e intenso de lo que es actualmente", escribe el genial castigado¹⁸. No otra cosa que la radicalización del individualismo exigía O. Wilde. Como G. Orwell...

Así, la vinculación mal-industrialismo se asienta sobre la uniformidad que impone el medio —la Máquina—, mutilador de la especificidad del sujeto.

Desde tal perspectiva, la relación que da sentido al humanismo socialista orwelliano deja a un lado la naturaleza histórica de las relaciones mal-industrialismo para presentarla como relación natural-metafísica.

Se trata, por tanto, de negar la segunda naturaleza humana en virtud de la reivindicación de la supuestamente natural-originario. ¿Existe una delimitación de tal ser, una definición de lo natural, en Orwell? Es posible, al menos, apreciar sus notas fundamentales.

El eje fundamental ya ha sido insinuado. Orwell evoca como ideal un espacio histórico habitado por seres diferentes: la diferencia no refiere tan sólo una distinta destreza, un desemejante poder físico. La Diferencia recoge, de manera aún más precisa, cualidades morales: preferencias estéticas, gustos, formas de comportamiento, valores morales. De nuevo, las páginas de *El camino de Wigan Pier* son ilustradoras: cuando intenta precisar los valores del proletariado

18 WILDE, O.: *El alma del hombre bajo el socialismo*, Barcelona, Tusquets, 1975, pág. 17.

miserabilizado desliza, por ejemplo, un juicio que sorprende. La relación del sujeto de la clase media con el obrero, expresa Orwell, "representa la posibilidad de contrastar la mentalidad de clase media que uno tiene con otro, *que no es necesariamente mejor pero sí muy diferente*"¹⁹. Dos mundos de valores, por tanto: tan bueno uno como otro. Orwell propone la integración aceptable de ambos sin parar mientes en su origen histórico ni, en menor medida, en la esencial historicidad que enfrenta socialmente ambos universos.

El humanismo orwelliano, de esta forma, se define por la reivindicación de la Diferencia singular de los individuos, lo que condiciona su crítica a la tendencia uniformista del fascismo, del comunismo y de la democracia capitalista, al fin y al cabo responsable de la evolución industrial —por eso escribirá a Geoffrey Gower en septiembre de 1937: "el fascismo no es más que un desarrollo del capitalismo, y la más bondadosa de las llamadas democracias se puede convertir en fascismo cuando se vea empujada a ello"²⁰.

Ahora bien, ¿dónde puede establecerse este ideal amenazado por la evolución histórica? O, desde otra perspectiva, ¿qué ideal "geográfico" propone Orwell? La idílica estampa recuperada por su humanismo no puede ser otra que la del lugar pre-industrial... Esto es, un espacio geográfico congelado en el tiempo antes del establecimiento de las formas precapitalistas. La lectura de *Subir a por aire* resulta esclarecedora: George Bowling recupera en su memoria la honda felicidad infantil motivada por su contacto directo con la naturaleza, libre de las mediaciones artificiales del maquinismo y de sus consecuentes valores urbanos. "¿Se fue todo aquello para siempre? No estoy seguro. Pero les digo que era un mundo agradable para vivir en él. Yo pertenezco a ese mundo. Y ustedes también", asegura Bowling²¹. Mundo ya sólo posible de la infancia que le sirve a Orwell para metafóricar de nuevo: el recuerdo infantil es, efectivamente, el simulí de la naturaleza originaria que pervive subsumida tras la máscara artificial impuesta por el industrialismo —"yo amo mi infancia—; no mi propia infancia, sino la cultura en la que me educué y que ahora, me imagino, está dando las últimas boqueadas"²². La Diferencia reivindicada sólo es posible sin la mediación maquinista y su lugar geográfico —la ciudad—.

19 ORWELL, G.: *El camino de Wigan Pier*, ed. cit., pág. 118.

20 "Carta a Geoffrey Gower", recogido en *Mi guerra civil española*, ed. cit., pág. 49.

21 ORWELL, G.: *Subir a por aire*, ed. cit., pág. 37.

22 *Ibid.*, pág. 78.

Tercero

Quisiera, antes de terminar, valorar con la mayor brevedad el carácter de este humanismo socialista orwelliano cuyos ejes fundamentales espero al menos haber insinuado. Lo haré subrayando su dimensión positiva para señalar, a continuación, las preguntas éticas y que, a mi parecer, condicionan su alcance.

El panorama de lo positivo no plantea duda alguna. G. Orwell sugiere la urgencia de un salto atrás en el tiempo hacia la geografía social caracterizada por el respeto al individualismo, al retorno a la situación metafórica de una infancia previa al útil aprendizaje del artificio y las convenciones morales impuestas por la necesidad del industrialismo. Al respecto, el sentimiento orwelliano se encadra en la larga tradición crítica posterior a la Revolución Francesa que, contra la uniformidad, reivindica la Diferencia. Sobre las huellas de la sociedad ruralroussoniana, la Grecia de Hölderlin o el recuerdo del cristianismo comunista de P.P. Pasolini son, por ejemplo, enseñanzas semejantes. Naturalmente, el sujeto que debe renacer es diferente en cada caso: Orwell reivindica la Diferencia en tanto permitiría el desarrollo de las capacidades tipológicamente caracterizadoras de la clase media. No importa —al menos en esta ocasión— sino la indicación respecto a la urgencia de la recuperación del paraíso —que es, sustancialmente, el pretérito perdido, la naturaleza enmascarada pero viva tras la urbanidad industrial.

Dejando a un lado las diferencias entre los discursos citados líneas arriba, es necesario plantear —finalmente— algunas significativas preguntas eludidas por G. Orwell. ¿En qué radica, en primer lugar, la sobrevaloración de la tipología moral de la clase media? ¿Cómo no comprenderse la historicidad de su psicología social, la temporalidad de sus posiciones ideológicas? ¿Cómo plantearse, aún más, el industrialismo como situación superable dado que resulta ser el efecto de un proceso económico-social ligado al interés histórico de la revolucionaria burguesía ascendente —sostenida, en última instancia, por las necesidades e intereses de la clase media? ¿Por qué eludir la pregunta sobre su origen de clase? ¿Qué Sujeto impone el impero de la Máquina? Son cuestiones —por lo que conozco de la obra orwelliana y por lo que pueda deducirse al menos de sus textos fundamentales— que definen la naturaleza del humanismo orwelliano: un socialismo humanista que, definiendo las di-

ferencias individuales independientemente del lugar económico del sujeto, precisando las mismas como naturales sin advertir su carácter de privilegios/mutilaciones adquiridas, rechaza las miserias recaídas sobre los miserables sin advertir el nexo causal entre ambas, *su plena historicidad dialéctica*.

**1984 - ¿REGRESO EN EL PROGRESO?
DE LA EUFORIA TECNOLÓGICA Y
EL OPTIMISMO REVOLUCIONARIO SOCIALISTA
A LA UTOPIA VERDE**

Benno HÜBNER

**I. ¿Es la utopía "1984" de Orwell la realidad de 1984?
El fenómeno de la eclosión orwelliana.**

1984 - big brother por doquiera. En grandes almacenes, quioscos, pantallas, librerías. Impreso, filmado, puesto en escena. Millones de veces reeditado, reseñado, discutido. Objeto de conferencias, disertaciones, seminarios. Altamente elogiado, severamente criticado. Big brother en tarjetas postales, naipes, ceniceros, t-shirts: quien no tiene metido *1984* en la cabeza ostenta al menos big brother en el pecho. Junto con su creador George Orwell alias Eric Blair eternizado en el gabinete de figuras de cera de Madame Tussaud. Big brother - big business.

Imagínarse que en lugar de *1984* el libro se llamase *El último*

ferencias individuales independientemente del lugar económico del sujeto, precisando las mismas como naturales sin advertir su carácter de privilegios/mutilaciones adquiridas, rechaza las miserias recaídas sobre los miserables sin advertir el nexo causal entre ambas, *su plena historicidad dialéctica.*

**1984 - ¿REGRESO EN EL PROGRESO?
DE LA EUFORIA TECNOLÓGICA Y
EL OPTIMISMO REVOLUCIONARIO SOCIALISTA
A LA UTOPIA VERDE**

Benno HÜBNER

**I. ¿Es la utopía "1984" de Orwell la realidad de 1984?
El fenómeno de la eclosión orwelliana.**

1984 - big brother por doquiera. En grandes almacenes, quioscos, pantallas, librerías. Impreso, filmado, puesto en escena. Millones de veces reeditado, reseñado, discutido. Objeto de conferencias, disertaciones, seminarios. Altamente elogiado, severamente criticado. Big brother en tarjetas postales, naipes, ceniceros, t-shirts: quien no tiene metido *1984* en la cabeza ostenta al menos big brother en el pecho. Junto con su creador George Orwell alias Eric Blair eternizado en el gabinete de figuras de cera de Madame Tussaud. Big brother - big business.

Imaginarse que en lugar de *1984* el libro se llamase *El último*

hombre en Europa, título originariamente previsto por Orwell, o 1994, si, escrito sólo un año más tarde, Orwell hubiese aplicado la misma lógica de inversión para titularlo —todo este fuego pirotécnico orwelliano no se hubiera encendido hoy, en este año. Big brother no se hubiera convertido en el kitsch de platos de porcelana, ni 1984 en producto de consumo intelectual. No estaríamos nosotros frente a frente— aquí y ahora.

Y sin embargo: no sólo el título puede ser la causa de esta eclosión. El título es sólo la mecha, el detonante de la expectación de si hoy, 1984, en la era de las más sofisticadas tecnologías microelectrónicas de información y observación, Orwell tenía razón con su estado totalitario, con big brother omnipresente.

Para que 1984 nos pueda afectar del modo que nos afecta, el mundo descrito en este libro debe tener algo que ver con la realidad de 1984, aparte del título, deben existir hoy esperanzas y temores que en este libro pueden ser confirmados o refutados. Título, mundo pronosticado y realidad actual, si eliminamos uno de estos tres elementos, no hay hoy, 1984, esta eclosión orwelliana. Y para demostrarlo:

1°. Si, con el mismo título, la realidad actual fuera totalmente distinta, si, para poner un ejemplo, fuera la realidad de los años 60 en la RFA, caracterizada por el crecimiento económico y un estado recientemente constituido: libre, democrático y pluralista, 1984 nos parecería anacrónico, obsoleto, dejá vu, puesto que el estado totalitario acababa de sufrirlo Alemania en el nacionalsocialismo que mostró todo el síndrome orwelliano: un sólo partido, la Gestapo; el ministerio de propaganda, la cremación de libros, etc.

2°. Si, con el mismo título, el contenido del libro fuera distinto, por ejemplo el mundo utópico de Karl Marx después de la victoria del proletariado sobre el capitalismo y la supresión de las clases, aquel mundo idílico y bucólico de cazar, pescar, trabajar y hacer poesías cuando se nos antojara, hoy, ante nuestros ríos contaminados y árboles muertos por la lluvia ácida, ante la monstruosidad de nuestros habitats y la concentración hidrocefálica del poder estatal, sólo podríamos responder con una agria sonrisa.

Así el éxito mundial de 1984 del año 1948 parece repetirse en 1984 gracias a esta mezcla explosiva de título, contenido y mundo actual, pero bajo otro signo. Ya que si 1984 en el año 1948 había sido considerado como descripción real-socialista de los totalitarismos estalinista e hitleriano y empleado como arma ideológica contra el este en la guerra fría de aquellos años, hoy, en 1984, es con-

siderado como utopía, como profecía, cuya ironía estriba en que, paradójicamente, no se verifica en un estado llamado totalitario, sino justamente en aquellos estados que se autodenominan libres, democráticos y pluralistas. Así 1984, arma ideológica empleada en 1948 contra el comunismo, vuelve como bumerang hacia nosotros en 1984.

¿Pero tenemos realmente este estado totalitario, como dicen sobre todos los intelectuales y escritores de izquierda, o tienen razón aquéllos como M. Thatcher o F.J. Strauss, que han declarado al año 1984, refiriéndose manifiesta o latentemente a 1984, año de la libertad, de la paz y de la esperanza en el que no hay motivo para el miedo ni siquiera al hombre de vidrio? ¿No existe, en realidad, este estado totalitario sino sólo una histeria de estado totalitario? ¿O es que vivimos en mundos distintos?

Condiciones para que un estado pueda ser llamado totalitario y aplicación concreta: ¿Es la RFA un estado totalitario en el sentido de "1984"?

Saber lo que los distintos miembros de una comunidad o sociedad hacen, dicen e incluso piensan y almacenar estos conocimientos, siempre ha estado en el interés de aquéllos que se identifican con la sociedad y pretenden representar sus intereses. Puesto que, siempre que entre los intereses y las necesidades del individuo y los intereses y las necesidades comunes de la sociedad existía una contradicción de tal forma que el individuo podía lesionar los intereses comunes, el representante de los intereses comunes, llamémosle aquí brevemente el Estado, tenía que sancionar la lesión de estos intereses, fuera para reestablecer el orden jurídico vulnerado, fuera para, amenazado con una sanción, evitar una futura vulneración del orden jurídico.

La información e indoctrinación de los individuos singulares de la sociedad por un lado y la observación y el control por otro, constituían los medios imprescindibles del Estado para garantizar la imposición y realización de los intereses comunes o pretendidamente comunes. Tanto más grande era, por consiguiente, la posibilidad para un Estado de evitar la vulneración de un orden jurídico existente, cuanto más directo era su acceso a los cerebros humanos y cuanto más corto era el camino entre la comisión de un acto delictivo

y el conocimiento de éste por el Estado. La situación ideal se habría alcanzado allí, donde el Estado, después de la comisión de un acto delictivo, podría reaccionar inmediatamente con la aplicación de la sanción: por ejemplo en forma de un electroshock. El tormento físico que seguiría inmediatamente al placer del acto delictivo le quitaría pronto al delincuente dicho placer.

Si queremos saber si vivimos en un estado totalitario, se nos plantean aquí dos cuestiones: 1°. ¿Cuál es el interés del Estado por las ideas y los comportamientos y actos del ciudadano y hasta dónde llega esta voluntad estatal de reducir la individualidad de los ciudadanos en nombre del interés común? 2°. ¿De qué medios y posibilidades dispone el Estado para imponer su voluntad?

Es obvio que tanto más un estado puede ser considerado como totalitario cuanto menor es la libertad que concede a los ciudadanos individuales y cuanto más perfectos son sus instrumentos para realizar su voluntad totalitaria, tanto desde el lado de la información e indoctrinación como del lado de la observación y control.

Siempre fue preocupación de los estados totalitarios llenar las mentes con determinadas ideas —en términos de Marx: convertir las ideas de los dominadores en las ideas dominantes— para, a través del dominio sobre sus mentes, llegar al dominio sobre sus cuerpos, los cuales, caso de que se sustrajeran a ese dominio, debían con castigos ser llevados a la razón. Siempre fue su preocupación establecer la congruencia de las ideas particulares con las comunes, convirtiendo la opinión estatalmente publicada en la opinión pública, creando la identidad entre intimidad y publicidad y consiguiendo así la supresión de la tensión dialéctica entre los intereses particulares e intereses generales y su realización en aquella fórmula de Kant que dice: “sé común”, opuesta a la posterior “sé tú mismo” de Nietzsche. Con big brother, omnipresente en todas las pantallas, al mismo tiempo emisoras y receptoras, consigue Orwell la angustiosamente genial síntesis de los dos instrumentos más imprescindibles para la realización de la voluntad estatal totalitaria, la información y observación, y eso de modo que el Estado tiene acceso directo y permanente, es decir sincrónico, a todos los ciudadanos desde la central estatal del poder. Sólo Dios, colocado por las religiones cristianas en los cerebros humanos de tal forma que nos persigue hasta los más recónditos rincones de nuestro pensamiento, supera al big brother. Un Dios, por cierto, que no sería soportable, si no fuera el Dios del perdón y de la gracia, sino de la venganza.

¿Pero se ha cumplido la utopía de Orwell, se ha convertido en

realidad? ¿Es 1984 la realidad de la RFA como afirman unos, temen otros y aseveran rotundamente voces de la RDA? En donde, por cierto, los ciudadanos no pueden informarse de 1984, ya que esta obra sigue estando si no prohibida al menos no editada ni vendida. El 3 de enero de 1983 la revista “Der Spiegel”, mirando ya hacia el año 1984, escribió: La visión de Orwell “del estado de observación total se ha aproximado mucho a la realidad. El hombre de vidrio está ahí. Sus datos están almacenados”. Y dos años antes, en 1981, Horst Herold, hasta el año 1980 presidente de la Oficina Criminal Federal, de la RFA, había declarado en una entrevista con la revista “Transatlantik”: “Los peligros del gran hermano ya no son pura literatura. Son según el estado actual de la técnica reales”. Entretanto se ha perfeccionado vertiginosamente la tecnología microelectrónica de la infomación, observación, elaboración, cálculo y almacenamiento de datos de tal forma que “poseemos una técnica que es muy superior a la de Orwell”. Todos estos medios permiten o permitirían a la policía en pocos segundos hacerse una imagen exacta de cada ciudadano, sin que el ciudadano se dé cuenta. “Sólo hay que enlazar multidimensionalmente los datos”, dice Herold entusiasmado, lamentando al mismo tiempo por la “neurosis de datos” todo el saber está todavía por ahí y no sabemos lo que realmente sabemos, ya que, de lo contrario, este saber se podría “explotar, enlazar”, el cual, entregado a manos de la policía, sería un instrumento de diagnóstico social que abriría la perspectiva de una terapia. La policía, por lo tanto, como terapeuta —ya lo sabíamos: “la policía— tu amigo, tu salvador”.

¿La RFA como estado de observación total? ¿Pero qué tiene entonces todavía de libre, democrático, pluralista y de derecho? Si se tiene en cuenta que en la RFA existe una ley de protección de datos, muy discutida por cierto, y que en el año pasado la resistencia mayoritaria de la población de la RFA ha impedido por el momento tanto una dubiosa y peligrosa encuesta demoscópica total como la introducción de un carnet de identidad computable, entonces tenemos que constatar, en el contexto de lo dicho anteriormente, que por un lado sí que hay una voluntad estatal de observación y control muy fuerte y que existen también los medios humanos y sobre todo tecnológicos para realizar esta voluntad, pero que por otro lado esta voluntad tropieza todavía frecuentemente con la resistencia del pueblo —señal de que todavía funcionan algunos mecanismos democráticos— y que por lo tanto no vivimos todavía en un

estado de policía totalitario. Sin embargo existe el peligro, y por doquiera se incrementan últimamente los síntomas, de que el actual gobierno de la RFA, en su decidido y hasta desenfrenado afán de observación y control, repetidas veces frustrado, intente a través del ramal o canal de información —ejerciendo presiones, causando miedo, pervertiendo el lenguaje y manipulando la información— crear una opinión pública favorable a sus intereses de tal forma que el pueblo algún día elija “libremente” la soga, con la que el estado lo ahorcará. ¿Totalitarismo? Para el historiador Karl-Dietrich Bracher, uno de los mejores investigadores y conocedores del totalitarismo de la RFA, con el industrialismo y la tecnología está dada la primera condición del totalitarismo, que hace posible un dominio totalitario según la muestra del estado de Orwell.

II ¿Qué utopía genera la realidad de 1984? Fundamentación antropológica de la utopía.

Si la utopía de Orwell se ha realizado, si “el futuro de ayer es el presente de hoy”, es una cuestión más bien histórico-científica y de interés teórico. Desde el punto de vista práctico-existencial del hombre como ser actuante, el cual, trascendiendo el presente, establece metas, un aun-no, un futuro hacia el cual vive y el cual quiere realizar rompiendo el ciclo iterativo de trabajar, comer, dormir, copular, nos interesa saber qué horizonte, qué futuro se nos abre, qué aun-no, para fundamentar en este aun-no nuestro actuar y nuestro ser. Y no es irrelevante para la cuestión de la utopía saber en qué presente vivimos o cómo vemos el presente, puesto que según vemos, interpretamos y sentimos el presente o nos escaparemos del presente para refugiarnos en ilusiones y mundos oníricos o intentaremos cambiar el mundo según nuestra conciencia de un mundo mejor y más hermoso. Según la lógica de expectación utópica se podía generalizar que hasta hoy un presente sentido como negativo genera utopías positivas y venturosas mientras que un presente sentido como positivo, en el que se cumplen, instantáneamente, todos los deseos del hombre, o no genera ninguna utopía, o angustias irracionales y miedos fundados proyectan sombras aciagas del futuro sobre el presente. Desde que el *homo erectus* ve más allá del horizonte del mundo físico, desde que el hombre ha adelantado su cabeza al cuerpo, previendo las cosas, desde que tiene una idea de cómo

mo aquellas, distintas, serían mejores y más hermosas, el hombre puede actuar, es decir no sólo reaccionar a necesidades físicas y estímulos exteriores, sino accionar, independiente de y con frecuencia contra estas necesidades. Accionar, actuar como consciente realización de aun-no, de una idea, actuar en el sentido de cambiar la realidad pero también en el sentido de cambio de lugar en la realidad. La cultura, comprendida ampliamente como arte, técnica, ciencia, etc., está fundamentada en el hecho de que en el hombre, trascendiendo el presente hacia aun-no y por lo tanto liberándose del presente, surge la necesidad —en este espacio, en este claro que se le abre— de hacer algo por encima de la satisfacción de sus necesidades físicas, algo no-necesario, superfluo, algo lúdico. Esta nueva necesidad o meta-necesidad se concreta en la voluntad de mover y cambiar las cosas en el mundo, tan pronto que el hombre, afectado por el mundo, empieza a conocer sus posibilidades. Y no tenía, originariamente, ninguna importancia, si el hombre sólo provocaba y movía algo en su mente o lo hacía en la realidad, si sólo mediante actos mágicos o mediante actos técnicos. Los deseos siempre precedían al saber, las proyecciones a las inducciones, los sentimientos al cálculo, los intereses a los conocimientos. Deseos y saber, proyecciones (que trascienden el mundo presente) y conocimientos (extraídos del mundo) que se juntarían y enlazarían para configurar imágenes contrarias al mundo presente, contra-imágenes, contra-mundos ideales, es decir: ilusiones, visiones, utopías que formarían parte sustancial de las religiones e ideologías. ¿Qué utopías? Una tipología sistematizada de las utopías que aquí no puedo ofrecer debería distinguir: 1°. según el grado de la realizabilidad: utopías concretas y abstractas (utópicas); 2°. según el contenido: utopías técnicas y sociales; 3°. según la valoración: utopías positivas y negativas (antiutopías); 4°. según la dirección: utopías progresivas y regresivas. En este contexto habría que tratar también de la futurología, contraponiéndola a las utopías.

El optimismo de progreso y el movimiento socialista revolucionario de los años 60 y 70 en la RFA.

¿Qué utopías tenemos hoy, 1984? ¿Qué perspectivas del futuro? ¿Es hoy válida todavía la fórmula de que un presente negativo genera utopías positivas mientras que un presente positivo, acaso,

genera utopías negativas? ¿Vivimos en un “valle de lágrimas” de modo que necesitamos ilusiones paradisiacas, “la felicidad ilusoria” (Marx), o vivimos en un mundo de bienestar, de la “felicidad real”, que no necesita utopías? Utopías entendidas ahora como contra-imágenes del mundo presente.

¿No es posible que hoy, cuando más sabemos sobre el mundo, sólo podemos desear lo que es posible y por lo tanto factible, que nuestros deseos, por consiguiente, se quedan rezagados detrás de las posibilidades y probabilidades, obligando tenerlas en cuenta? ¿Que la futurología y no ya alguna utopía determina nuestras relaciones con el futuro?

¿Pero no eran inmensas hasta hace poco estas posibilidades de modo que nuestros deseos no conocían barreras? ¿No habíamos creído en la era del optimismo del progreso y de la esperanza revolucionaria socialista que nosotros podíamos hacer lo que queremos? ¿No habíamos soñado hasta hace poco con un mundo en el que la tecnología habría derribado las barreras que la naturaleza nos había colocado y en el que con la creación de una sociedad sin clases y la superación de la explotación del hombre por el hombre podríamos vivir irrestrictivamente según nuestras necesidades?

¿Qué es lo que ha acontecido, en sólo pocos años, si de repente tenemos la sensación de que no todo lo que deseamos es factible y de que sobre todo no todo lo que deseamos y podemos lo debemos hacer, ya que si seguimos haciendo lo que deseamos —y cada día deseamos más— pronto no habrá nada que hacer aquí en esta tierra? ¿Ha cambiado tanto la realidad en los últimos 15 a 20 años o sólo nuestra conciencia de la realidad?

Optimismo de progreso - esto significaba que el hombre mediante el instrumentarium tecnológico podría convertirse definitivamente en el dominador de la naturaleza y librarse de la maldición del trabajo, que con cada vez menos esfuerzos y tiempo podría satisfacer sus necesidades: alimentos, vestidos, vivienda y salud y de este modo ser libre - para sí mismo. Investigar lo investigable, hacer lo factible era el “ethos” de un optimismo ilimitado de progreso - the bigger the better. Y así se producía cada vez más y el que el hombre también necesitase lo que hacía no era la cuestión, ya que simultáneamente a la producción de las mercancías se producía a través de las agencias capitalistas de publicidad la demanda de estas mercancías. Cuanto menos el consumidor necesitaba una mercancía tanto más crecía el gasto para hacer llegar la mercancía al potencial comprador y tanto más seductoramente debía ser envuelta la mer-

cancía. Así el gasto de embalaje y de la publicidad están en una relación inversa a la utilidad de la mercancía. La mercancía, cuanto menos es necesitada, tanto más es ocultada - el consumidor ideal consume el embalaje y tira el contenido.

— Consiguiendo hacer comprar al consumidor una mercancía no por su valor de uso sino por su valor de apariencia, por su envoltorio, la publicidad demuestra algo más profundo que la seducibilidad del hombre. Ello revela la disposición existencial del hombre de desear la apariencia, la ilusión, lo superfluo - para no sentirse superfluo. Creo que fue Oscar Wilde quien señaló que la lucha entre los hombres no es ya por cosas necesarias sino por cosas superfluas, el lujo, puesto que estas desde un punto de vista existencial son mucho más importantes. Matarse por cosas superfluas. ¿Quién se va a conformar con tener lo necesario! Ya que la vida no tiene ningún sentido hay que vivirla mejor. El lujo, el consumo de estímulos, de estética, de ilusiones, es lo único que puede dar “sentido” a la vida después de que ella lo ha perdido. ¿Paradójico?

Quisiera hacer aquí algunas reflexiones sobre el hombre como productor de deseos que me parecen importantes por dos razones: por un lado para explicar cómo es posible que el hombre puede ver en el consumo algo como un “sentido” de la vida y por otro lado porque la auto-imagen del hombre occidental como productor y consumidor de lo superfluo es, según mi opinión, en gran medida causante de la crisis ecológica actual.

Comparando al hombre con el animal, Marx, sin llegar a desarrollarlo nunca, dijo que el animal desea lo que necesita mientras que el hombre necesita lo que desea. ¿Pero qué es lo que le hace al hombre desear para que necesite lo que desea y por consiguiente para que se apropie, se incorpore, consuma y escupa lo que desea? Evidentemente hay deseos largos que no se satisfacen nunca y deseos cortos que se satisfacen inmediatamente. Y hay deseos de cosas ideales o espirituales de la misma forma que hay deseos de cosas materiales. Y es evidente también que en las religiones e ideologías las energías desiderativas, para llamarlo así, son absorbidas y conducidas en una dirección, los deseos por lo tanto estabilizados. Y todo esto hace sospechar que los deseos del hombre son algo eminentemente psicológico que no necesariamente debe materializarse.

Sin explayarlo más ampliamente quisiera arriesgar aquí una fórmula breve y abstracta: o el hombre vive hacia una meta, hacia un algo, un Otro, y encuentra su satisfacción moviéndose hacia esta me-

ta, intentando alcanzarla, o el hombre no tiene a priori ninguna meta, ningún Otro hacia el cual se mueve, y entonces tiene que hacer del movimiento el objetivo de sus acciones. El hombre como productor de movimiento: speed, marcha, to be on the road (Kerouac), a cualquier parte, con tal que sea otra (Kierkegaard). No sabemos a donde ir, pero llegaremos más deprisa, dicen en una canción vienesa unos rockers en una esquina un sábado de la tarde, sentados en sus potentes BMWs y Suzukis. Tanto más speed, cuanto menos dirección. El trip cerebral y la transpersonalización: transcendencia hacia dentro, immanente, ya que fuera, en este mundo crado por los hombre, ya no hay dioses, no hay espacio para dioses. O también el deseo dirigido hacia cosas materiales, hacia lo sensual. Desear las cosas sensuales para estar en marcha, en movimiento. Cuanto más corto y recto es el camino entre las necesidades y la satisfacción de las necesidades, tanto más tiempo queda para mí, para lo físicamente-ya-no-necesario, para lo superfluo, lo más-allá-de-mí —¿pero qué, hacia dónde? Amenaza el tedio— deseando cosas, poniéndome en marcha, me aparto de mí, me alejo del yo. Donde ya no estamos poseídos por ninguna Idea, donde ya no nos fascina ningún Dios, miles de cosas alrededor de nosotros tienen que fascinarnos. Donde la vida ya no tiene sentido, hay que vivir con los sentidos. Deseando cosas, consumiéndolas y consumiéndome en ellas para desear nuevas cosas para de nuevo consumirlas, estando así permanentemente en movimiento, vivo, existo: consumo ergo sum. L'art pour l'art - provocación, innovación, movimiento puro. Síntomas: action painting, happening, arte cinético, poesía visual, psychedelic art, el new sound y sobre todo: much power.

¿Tiempos eufóricos, los de los años 60 y 70? Mucha actividad, actividad hueca, ya que detrás del optimismo del progreso de aquellos años no había ninguna utopía fascinante, ninguna visión de un mundo mejor y más hermoso en comparación con el ya existente, a no ser la visión del the bigger the better, y a algunos esto ya les pareció big enough. Muchos vivían en la RFA ya en este mundo mejor, los sueldos subían, disminuían las jornadas, la red social era cada vez más tupida y crecía el tiempo libre, y de que el ocio, comienzo del vicio, no se convirtiese en ningún problema, se ocupaba la sociología del ocio de un lado y la industria capitalista del tiempo libre del otro. La utopía del mundo mejor, en realidad ya se había realizado, y mirando hacia el futuro sólo veíamos que materialmente las cosas iban todavía a mejor, pero esto ya no arrancaba a nadie de la silla. El progreso se había convertido en auto-

matismo. Había algo en el aire de que faltaba algo, y no faltaba, aquellos que proclamaban new frontiers, inventaban la calidad de la vida y hablaban de nuevas perspectivas y nuevos horizontes y de que había que devolverle a la vida otra vez un sentido. Pero como nadie decía cómo, esto se quedó en mera retórica. Nadie al fin y al cabo, señalando el futuro, podía decir otra cosa de que el hombre seguiría produciendo y consumiendo cada vez más. Finalmente, sólo le quedaría al hombre el papel de consumidor, ya que la megamáquina-robot asumiría plenamente el papel de productor. El hombre, desde el punto de vista del homo faber, ya no pintaría nada. Así la sociedad, incapaz de generar una utopía arrebatadora —¿y cómo lo iba a hacer?— producía cotidianamente miles de ilusiones para hacer olvidar que, en realidad, no había más futuro que el presente.

Vivir sin sentido vertical, sin “el sueño hacia adelante” (Bloch); trabajar y cada vez menos sólo para consumir, cada vez más; para crecer lateralmente, para ensancharse, para ser cada día más gordo —a esta perspectiva horizontal de la vida que la sociedad de rendimiento y consumo ofrecía se negaron muchos en aquellos años que habían esperado más de la vida. Consumo, ergo sum— esto se había convertido en una visión, en una utopía de horror para muchos. Los unos ensayaban en privado su bienaventuranza, se pusieron en marcha hacia nuevos y viejos dioses exóticos, lo probaron con el Zen, se ejercitaban en Yogha y peregrinaban a Poona a ver a Bhagwan, y cambiando de dioses como otros de camisa demostraban hasta qué punto estaban ya metidos en una lógica de consumo, según la cual todo alrededor y encima de nosotros no es al fin y al cabo otra cosa que un pretexto para evadirnos de nosotros, alejarnos del yo, a cualquier parte con tal que sea otra. Los otros, en cambio, buscaban sentido en la historia ya que no valía nada una vida en la que no se podía hacer historia, dejar huellas, una vida que se agotaba, se consumaba en la consumición. No quisiera entrar aquí en una discusión de si el renacimiento del marxismo intelectual y juvenil en la RFA en una fase de creciente bienestar para todos obedecía a la lógica de la dialéctica marxista o a otras razones. Pero que un grupo sociológico que no era obrero se convirtiera en portador del movimiento revolucionario, es antimarxista. Y que lo fuera un grupo que no estaba en el proceso de producción y por lo tanto no era explotado, es antimaterialista. Con los estudiantes se convirtió un grupo sociológico en portador del movimiento revolucionario que ni tenía preocupaciones materiales ni que te-

nía que temerlas para el futuro. En esta fase postexistencialista — el Ser de Heidegger se había desvanecido ya— el descubrimiento de la sociedad sin clases como meta histórica se convirtió en la posibilidad de movilizar fuerzas y de comprometerse con algo que arrancaba al hombre de la vida cotidiana del consumo. Y sólo era una cuestión de temperamento y de la conciencia teórica del marxismo, si uno quería realizar la sociedad sin clases now or never mediante acciones espectaculares vociferando staccato ho-ho-ho-tschi-minh o emprender la larga marcha a través de las instituciones.

La discrepancia, pues, entre la pretendida maldad de la realidad y la sublimidad de las metas históricas permite sospechar que al menos los grupos más radicales tenían que diabolizar el presente, esta corrupta sociedad capitalista, para, en nombre de un futuro mejor y más hermoso, obtener la legitimación ética de destruirlo. “Destrozad lo que os destroza”. Así crearon un hueco en el que el heroísmo volvía a ser posible, encontraron la posibilidad de hacer historia cuando ya parecía que la existencia humana tenía que consumirse en el consumo. La legitimación del acto revolucionario en una sociedad que había reducido al hombre al papel de productor-consumidor fue, sin embargo, posible también porque los estudiantes se habían sensibilizado por las injusticias subsistentes en esta sociedad mientras que por el otro lado se habían identificado, yendo muy lejos, con los explotados en el tercer mundo, haciendo suya, desde lejos, la explotación de aquéllos. Grotesco, por cierto, fue el intento frustrado de conquistar al obrero alemán, sujeto, según Marx, de la revolución, para la lucha contra el capitalismo y por lo tanto contra sus propios explotadores. Como éste no veía la miseria que los estudiantes revolucionarios habían proyectado en él y en su situación, éstos tuvieron que meter en las cabezas obreras, en campañas de concienciación, la conciencia de su verdadera situación. Que el obrero en su mayoría no quería saber nada de su propia liberación y prefería permanecer sentado delante del televisor, botella de cerveza en la mano, lo demuestra el hecho de que si un estudiante lograba conquistar a un obrero era homenajado como un héroe. “Tenemos un obrero en nuestras filas” fue casi un grito de victoria.

La utopía verde - respuesta a la creciente destrucción de la naturaleza.

El optimismo de progreso de los años 60 y 70 no era ni contenía ninguna ideología en el sentido de un contra-mundo cualitativamente mejor, era simplemente la confianza en un automatismo: el futuro repetiría lo que ya era el presente - sólo que más grande. Y el socialismo, el socialismo revolucionario de los estudiantes, era, grosso modo, la respuesta a una situación que no ofrecía perspectivas históricas, era expresión de la disconformidad con un mundo que no ofrecía sino producir y consumir.

La crisis energética, el conocimiento de los resultados de las investigaciones del Club of Rome sobre la escasez de materias primas y recursos naturales, los crecientes daños ecológicos en la naturaleza, los problemas de los depósitos de sustancias radioactivas y residuos venenosos, la crisis económica general, el paro y no en último término la perversión de la política de seguridad de los militares (enmarañados en la lógica suicida del *si vis pacem para bellum* y aturcidos por la fórmula del equilibrio del terror) y la conocida espiral armamentista, todo eso ha cambiado notablemente la realidad desde principios de los años setenta y asimismo nuestra conciencia de dicha realidad. Y si miramos al futuro, friamente, debemos reconocer que, caso de seguir así, nos encontraremos pronto ante la alternativa de un apocalipsis nuclear, tras el cual podrán “los muertos enterrar a los muertos” (Bloch), o un colapso ecológico total. No podemos continuar ya en la ética del progreso ni tampoco confiar más en la fórmula del the bigger the better si queremos superar la crisis ecológica, que se ve caracterizada precisamente porque por un lado estamos explotando cada vez más la naturaleza, excavando y ahuecando la corteza terrestre, mientras que por el otro nos encontramos sobrecargándola y originando cada vez más y mayores montañas de basura.

La nueva conciencia, a menudo aún no articulada y sólo existente como un sentimiento generalizado, de que así no puede continuarse, ha llevado a una creciente alienación entre los ciudadanos y el estado y al rechazo de un estado que se representa cada vez más a sí mismo. Y ha aumentado el número de aquéllos que, espontáneos u organizados en grupos de base de iniciativa ciudadana o en el partido de los verdes, ya no se identifican con el estado, es decir con el para ellos por el estado prescrito rol de productor-

consumidor. Técnica y estado, originariamente medios en la lucha con la naturaleza y con los otros hombres para la satisfacción de nuestras necesidades, se han transformado bajo la forma del tecnoestado capitalista de la producción y consumición en el Leviathan que amenaza engullirnos.

No voy a dar aquí en este marco datos ni cifras sobre la explotación de la naturaleza y los daños ecológicos, daños que son a menudo consecuencia de "mejoras" unilaterales y de intervenciones radicales e irreparables, ya que por un lado no le dejamos a la naturaleza el tiempo suficiente para regenerarse mientras que por el otro no conocemos, dada la multidimensional e inextricable trabazón de las cosas de la naturaleza, la terapia adecuada. Debiera hablar en este contexto del consumo de lo superfluo, del absurdo intercambio de mercancías, de la destrucción de ecosistemas por la construcción de vías de comunicación, de las por el coche creadas distancias y la consiguiente sociología dispersa y de muchas cosas más, todo consecuencia de una absurda producción de deseos, de una ilimitada producción de deseos materiales. Y si nos imaginamos ahora que la población de los países del segundo y tercer mundo se encuentra igualmente en el camino de emular nuestro buen ejemplo —mientras que occidentales, hartos del bienestar, peregrinan hacia el este, para dejar explotar su déficit de transcendencia por un astuto guru—, si nos imaginamos esa tendencia mundial de la socialización de la felicidad material, entonces no necesitamos mucha fantasía para darnos cuenta de que pronto ya no podremos permitirnos el lujo de luchar por bienes de lujo sino que nos veremos forzados a luchar por la mera supervivencia.

En vista de esta situación hay quienes tienen miedo a la tecnología, a nuestros medios de poder, lo que en el fondo es el miedo del hombre a sí mismo, a su propia debilidad. Ya que el hombre no ha crecido moralmente en la medida que han crecido sus medios, no está a la altura de sus medios. Y así existe el peligro de que algún día la espada nos guíe la mano en lugar de que la mano guíe la espada. Nos sentimos impotentes ante un poder que nos puede llevar a destruir la naturaleza en lugar de dominarla, y con ello también nuestro oikos, nuestra casa. Hay quienes añoran un mundo pretecnológico —retour a la nature—, un tiempo que se encuentre antes de las creaciones del hombre. Carl Amery habla en su utopía *El ocaso de la ciudad de Passau* del "restablecimiento de las cosas naturales", y Winston Smith, protagonista de *1984*, sueña asimismo con un mundo no deshumanizado por los inventos y las crea-

ciones del hombre. Y así surge dentro de *1984*, la utopía negativa de Orwell, una nueva utopía, una utopía verde.

¿Quién no quiere en esta ciudad, en Zaragoza, soñar con aquella Zaragoza, que Al-Qazwini así describiera: "la ciudad blanca" es una de las "ciudades españolas que cuentan con la mejor tierra, las más hermosas casas, la más abundante fruta y la más rica agua".

¿Vuelta a la naturaleza? No podemos volver, no podemos vivir de espaldas a la tecnología, ahí está. Conciencia ideológica, fríamente vista, puede significar en el mejor de los casos que no nos dejemos instrumentalizar por el tecnoestado como productores-consumidores, sino que debemos hacer nuevamente de tecnología y estado instrumentos para la satisfacción de nuestras necesidades. Y ello definiendo nuevamente estas necesidades y permitiéndonos sólo aquellos deseos que no conduzcan a una destrucción de las bases de la vida humana. Como es sabido, Marx partía de que en esta tierra había suficiente para satisfacer todas las necesidades del hombre, pero no previó la dinámica de la producción de deseos. ¿Aún podemos hoy darle la razón? Sí, imaginando al hombre de hoy con las necesidades de ayer. Para eso, tal vez, fuese necesario un cambio de paradigma: del *homo faber y consumptor* al *homo contemplativus*.

¿Histeria apocalíptica? Tal vez, pero entonces la reacción de uno de los ministros del actual gobierno de Bonn que, enfrentado al problema de la masiva muerte de árboles consolaba al preocupado ciudadano alemán diciendo que se crearían árboles resistentes a la lluvia ácida, ya no es optimismo de progreso, es cinismo de progreso. "Primero mueren los árboles, luego los hombres" (slogan de los verdes). Con esa misma lógica cínica debería, ante la evidencia de que hombres enferman y mueren por la dioxina, decirse: habrá que crear hombres resistentes a la dioxina. Hombres como ratas comiendo cualquier porquería. Y como habremos dejado suficiente basura no tendremos que preocuparnos de que los homunculi, resistentes a la dioxina, orgullo de la ingeniería genética, no vayan a sentirse hartos y felices.

BIBLIOGRAFIA

- "Der Spiegel", nº 1, 1983.
 "Transatlantik", nº 11, 1980.

Karl Dietrich BRACHER, *Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo y democracia*, Editorial Alfa, Barcelona/Caracas, p. 60.

Ernst BLOCH, *Das Prinzip Hoffnung*, tomo 1 y 2, Suhrkamp Verlag, Frankfurt.

Dieter HASSELBLATT (ed.), *Orwells Jahr*, Ullstein Verlag, Frankfurt.

Karl MARX, *MEW*, tomo 1, pág. 69 y s.

Ernst BLOCH, *Über Karl Marx*, edition suhrkamp, p. 126, cit. según natur, Ringier Verlag, München, n° 1, 1984.

Wilhelm HOENERBACH (ed.), *Islamische Geschichte Spaniens*, Artemis Verlag, Zürich, p. 341 y s.

FLUJOS DE ALIMENTOS Y MATERIAS PRIMAS: CRISIS DE LAS ECONOMIAS AUTARQUICAS

Luisa M^a FRUTOS

Al iniciarse el año 1984 se cumple una década de crisis económica mundial provocada por el alza de los precios de los productos energéticos y de las materias primas, cuya repercusión en todos los países pone de manifiesto su concatenación por medio de los intercambios comerciales. Esta fuerte dependencia mutua nos sitúa muy lejos de la autarquía económica pensada por Orwell para esta misma fecha.

La internacionalización del comercio mundial, que se había iniciado en el siglo XIX con la expansión de la revolución industrial, se acelera a lo largo del siglo XX con un crecimiento algo espasmódico pero de tendencia positiva sostenida, saltando de los veinte mil millones en 1900 a cuarenta y dos en 1921 y a sesenta y ocho en 1929, en vísperas del "crak" de la bolsa y el hundimiento general del comercio. La década siguiente, seguida de la guerra mundial, no propicia un incremento fuerte de los intercambios, pero el ritmo se va recuperando y en 1948, cuando Orwell escribe su novela, el valor de los mismos ha ascendido a ciento veinte mil millones de dólares, participando todos los países, incluso los socialistas (cua-

Karl Dietrich BRACHER, *Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo y democracia*, Editorial Alfa, Barcelona/Caracas, p. 60.

Ernst BLOCH, *Das Prinzip Hoffnung*, tomo 1 y 2, Suhrkamp Verlag, Frankfurt.

Dieter HASSELBLATT (ed.), *Orwells Jahr*, Ullstein Verlag, Frankfurt.

Karl MARX, *MEW*, tomo 1, pág. 69 y s.

Ernst BLOCH, *Über Karl Marx*, edición suhrkamp, p. 126, cit. según natur, Ringuier Verlag, München, n° 1, 1984.

Wilhelm HOENERBACH (ed.), *Islamische Geschichte Spaniens*, Artemis Verlag, Zürich, p. 341 y s.

FLUJOS DE ALIMENTOS Y MATERIAS PRIMAS: CRISIS DE LAS ECONOMIAS AUTARQUICAS

Luisa M^a, FRUTOS

Al iniciarse el año 1984 se cumple una década de crisis económica mundial provocada por el alza de los precios de los productos energéticos y de las materias primas, cuya repercusión en todos los países pone de manifiesto su concatenación por medio de los intercambios comerciales. Esta fuerte dependencia mutua nos sitúa muy lejos de la autarquía económica pensada por Orwell para esta misma fecha.

La internacionalización del comercio mundial, que se había iniciado en el siglo XIX con la expansión de la revolución industrial, se acelera a lo largo del siglo XX con un crecimiento algo espasmódico pero de tendencia positiva sostenida, saltando de los veinte mil millones en 1900 a cuarenta y dos en 1921 y a sesenta y ocho en 1929, en vísperas del "crak" de la bolsa y el hundimiento general del comercio. La década siguiente, seguida de la guerra mundial, no propicia un incremento fuerte de los intercambios, pero el ritmo se va recuperando y en 1948, cuando Orwell escribe su novela, el valor de los mismos ha ascendido a ciento veinte mil millones de dólares, participando todos los países, incluso los socialistas (cua-

dro 1), coincidiendo además en este año la fundación del GATT (Acuerdo General sobre Tarifas Aduaneras), donde se defienden las ideas librecambistas y se agrupan las naciones, incluido en un principio el bloque del Este.

EL COMERCIO MUNDIAL EN 1948
(en % sobre el total de exportaciones)

Ex. hacia	USA	R.U	Eu.W	Am.L.	Z.St.	Resto	Total
Ex. desde							
USA	6,6	2,7	7,1	6,2	3,1	4,4	30,1
R.U.	1,1	1,-	3,-	0,9	5,4	1,5	12,9
Eu.W	1,3	2,3	8,1	1,4	1,1	4,5	18,7
Am.L.	4,9	1,5	2,1	1,1	0,3	1,6	11,5
Z.St.	2,1	4,7	1,9	0,2	4,1	2,-	15,-
Resto	1,6	2,-	4,6	0,3	1,5	1,8	11,8
Total	17,6	14,2	26,8	10,1	15,5	15,8	

USA: Estados Unidos; R.U.: Reino Unido; Eu.W: Europa Occidental; Am.L.: América Latina; Z.St.: zona de la libra esterlina (Commonwealth sin R.U.). Fuente: GATT, 1958.

Ante este panorama podemos preguntarnos porqué ideó Orwell un mundo dominado por sistemas autárquicos en una fecha tan próxima a la que él estaba viviendo. En cuanto a la proximidad cronológica, creo que no tiene mayor trascendencia que eligiese este año 1984 —quizá mediante un juego de metátesis de las cifras de aquel en el que concibió su novela— o un punto en el horizonte del año 2000. Respecto a la construcción de unas superpotencias autárquicas, la cuestión se aclara bastante si analizamos el concepto de “autarquía económica” y lo relacionamos con los regímenes políticos que lo propugnan.

Los teóricos de la economía consideran que un sistema autárquico es aquel en el que el Estado propugna una economía cerrada, limitando al máximo sus relaciones con el exterior y fomentando a cambio una diversificación de la producción interior, utilizando al máximo los recursos propios y llegando si es necesario, a la austeridad. El grado de independencia así alcanzado permite actuar con la máxima libertad. Desde este punto de vista nace el concepto de autarquía en Grecia. Pero en el mundo moderno el planteamiento, sobre la misma base, queda algo modificado. En un período en el que los intercambios económicos y las alianzas políticas iban de la

mano, e implicaban así mismo un flujo de ideas, la autarquía toma la forma de “autarquía de repliegue”, —cómo resultado de la voluntad estatal, en un sistema totalitario—, de modificar y controlar la estructura social y económica de la nación, al abrigo de ingerencias extranjeras. Se estimula para ello el nacionalismo y con él el sentimiento de unidad y de “pueblo elegido”. Y para defender esta independencia se estimula también el rearme, la preparación para la guerra y se revierte con frecuencia, finalmente, a una “autarquía expansionista”, puesto que los recursos propios van quedando cada vez más cortos y las fronteras nacionales más estrechas. Estas cuestiones quedan patentes en los estados totalitarios que consolidan en Europa en los años treinta. El programa de Hitler, incluido en *Mi Lucha* es suficientemente claro al respecto: el Estado controlará los grandes negocios, el comercio, la educación mediante la creación de un nuevo Plan de Enseñanza a la medida de Alemania, sin ingerencias ideológicas extranjeras (“inculcar y hacer comprensible la idea de estado: sociología de estado”), cerrará el país a los inmigrantes y a la vez reclamará su “espacio vital” (“Punto 3. Exigimos espacio y territorio para la alimentación de nuestro pueblo y para establecer nuestro exceso de población”). (Hitler, 1974). Otro tanto puede decirse de lo escrito por Stalin, para quien “la tarea esencial del Plan Quinquenal consiste en transformar a la URSS de un país agrario y débil, que depende de los caprichos de los países capitalistas en un país industrial y poderoso, perfectamente libre e independiente de los caprichos del capitalismo mundial” (Stalin, 183, 1938). Mussolini y Franco orientan también de este modo su política económica, aunque en el caso de España a la voluntad totalitaria de mantener un estado autárquico, expresada en las leyes sobre industrialización de 1939, en la creación del INI en 1941 y en la regulación del comercio exterior, con el estricto control de cupos de importación, contingentes y aranceles (Tamames, 1973), hay que sumar la obligación coyuntural de autoabastecerse en una dura etapa de reconstrucción tras la guerra civil que coincide con el colapso producido en el comercio internacional por la Guerra Mundial y con el bloqueo a que fue sometido el país.

Orwell escribe, por tanto, bajo el impacto emotivo de una guerra que se había universalizado, iniciada precisamente por efectos de la autarquía expansionista de Alemania, con el fantasma al fondo de una posible guerra atómica futura, después del trágico final del conflicto con Japón con la explosión de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, y con la amenaza de un emergente stalinismo

que si todavía no había iniciado su período de “autarquía de expansión”, reclamando su “espacio vital”, acababa de ampliar su área de dominio a los países de Europa del Este. Quizá también su mundo futuro refleja la pérdida de la hegemonía europea occidental, dividida en bloques distintos, absorbida por las potencias nuevas que son USA y la URSS, cuyo tercero en discordia podía pronosticarse que sería China. Por todo ello divide el mundo en tres superpotencias totalitarias, cuya ideología sin embargo no queda demasiado explícita, puesto que si bien habitualmente se ha afirmado que predecía el triunfo de un totalitarismo comunista, de hecho puede tratarse igualmente de un nacionalsocialismo o de un fascismo, donde en todo caso el partido único decide que el Estado implante una autarquía de repliegue para salvaguardar sus estructuras y su independencia, porque es esta la mejor manera de controlar al propio país. Esto inicialmente permite mantener el equilibrio de las superpotencias puesto que, como queda explícito en la descripción y crítica del sistema que hace Goldstein, “con las economías autárquicas la lucha por los mercados, que era una de las causas principales de las guerras anteriores, ha dejado de tener sentido y la competencia por las materias primas ya no es cuestión de vida o muerte. Cada uno de los tres superestados es tan inmenso que puede obtener casi todas las materias primas que necesita dentro de sus propias fronteras” (Orwell, 151-61, 1980). Pero en los párrafos posteriores esta consecución de la independencia y el autoabastecimiento se contradice. Como siempre hay carencias que cubrir y áreas que dominar y lo que empieza señalándose como una posibilidad poco importante (“si acaso se propone la guerra el dominio del trabajo...”), es de hecho uno de los pilares de la estructura, con una nítida orientación a la autarquía expansionista: “Entre las fronteras de los superestados y sin pertenecer de modo permanente a ninguno, se extiende un cuadrilátero con los ángulos en Tanager, Brazzaville, Darwin y Hong-Kong, que contiene un quinto de la población mundial. Las tres potencias luchan constantemente por la posesión de estas regiones densamente pobladas... Todos estos territorios contienen valiosos minerales y algunos de ellos producen ciertas cosas como caucho, que en los climas fríos es preciso sintetizar por medios caros, y sobre todo una inagotable reserva de mano de obra muy barata. La potencia que controle África Ecuatorial, los países de Oriente Medio, la India Meridional y el Archipiélago Indonesio, dispone de centenares de trabajadores mal pagados y muy resistentes”. Esta mano de obra esclavizada, así co-

mo los prisioneros de guerra serán utilizados en la carrera de armamentos para producir más armas, “armas que sirven para capturar más territorio y ganar así más mano de obra, con la cual se pueden obtener más armas que servirán para conquistar más territorios, y así indefinidamente” (Orwell, 1980). En síntesis, tal y como el slogan del Partido Interior reza, “la guerra es la paz”.

Este sistema autárquico expansionista conlleva, por otra parte, una carencia de bienes de uso y consumo diario importante, pues la necesidad de mantener permanentemente una guerra polariza la producción hacia bienes estratégicos. Es la típica dicotomía entre “cañones y mantequilla” cuando los recursos que hay que asignar a la producción de uno u otro tipo de bienes son limitados, como ocurre en un sistema económico autárquico. El circuito cerrado de producir para la guerra y necesitar más bienes para seguir produciendo la guerra al que en palabras del mismo Orwell se ha aludido, puede convertirse a la larga en el más importante factor de erosión del sistema, en permanente inflación y régimen de austeridad.

Así la política autárquica de un Estado totalitario no ha sido nunca pura y las condiciones de desarrollismo de las últimas décadas todavía lo propician menos. La misma URSS, tras la muerte de Stalin orientó su economía algunos grados más hacia la apertura de intercambios y la fabricación de bienes de consumo, sin que eso signifique el final de la carrera armamentista. Podría afirmarse, por tanto, que en las décadas siguientes a la fecha en que escribe Orwell, y hasta 1984, la autarquía, como modelo económico, está en crisis: la internacionalización del comercio es demasiado fuerte. Pero subyace la idea en la configuración de los mismos bloques que se reparten hoy el mundo, incluso en el más abierto como la CEE, y los problemas de la economía mundial en los últimos años han resucitado algunos de estos puntos de vista bajo la modalidad suavizada del proteccionismo.

Veamos primero como se han desarrollado las actividades de intercambio hasta el año actual. Entre las causas esenciales de la internacionalización pueden citarse las siguientes: La fragmentación política, incrementada con la desmembración de los imperios, y los diversos niveles de desarrollo de los países. La heterogénea distribución geográfica de los recursos en relación con las necesidades de las economías de escala de los países desarrollados y de las necesi-

dades crecientes del despegue de los países no desarrollados. La estructura financiera y monetaria mundial, que encadena fuertemente a los Estados con el sistema de préstamos y cooperaciones desde el Fondo Monetario Internacional. La estructura empresarial con una concentración creciente de poder en las empresas multinacionales y su política de asentamientos. Los avances tecnológicos en sistemas de producción y distribución de bienes, en comunicaciones y difusión de ideas. El resultado final es una interrelación cada vez más acusada, con un fuerte intercambio de bienes, capitales, ideas y hombres, que quedan plasmados en algunos flujos comerciales y en los datos de las balanzas mercantiles y de pagos a escala mundial.

En 1984, a pesar de la crisis económica, el comercio se caracteriza por una fuerte diversificación de flujos que afecta a productos heterogéneos, y por una fuerte diversificación de los circuitos comerciales y las rutas seguidas, todo ello como resultado de la dicotomía entre lugares de producción y de consumo, siendo factores muy importantes en esta relación la cantidad de población y su nivel de vida. Igualmente por un incremento en el valor y en el tonelaje de los intercambios y por la fuerte dependencia de todos los países.

Descendiendo a analizar algunos aspectos de este comercio, señalemos primero la composición actual de la balanza de mercancías:

Productos agropecuarios.....	15% del valor total mundial
Minerales (incluso combustibles).....	28%
Manufacturas.....	55%
Otros Productos.....	2%

(Fuente: Martínez Roda, 1983. Sobre datos de 1980 de FMI).

De entre los productos agropecuarios, en ligero crecimiento relativo sobre el valor y volumen de los cambios, destacamos el trigo porque aquí coinciden una dispersión en la localización de la producción y de la demanda, además de ser el producto agrario de mayor importancia comercial. Los grandes países productores y exportadores de trigo son Estados Unidos, Canadá, Argentina, Australia. Ellos sólo cosechan el 22,2% del trigo mundial y exportan el 56,2% de su producción controlado el 86% del comercio triguero. Los países receptores son los Europeos (incluida URSS, aunque no de modo sistemático), China y Japón. Accidentalmente los países africanos, coincidiendo con sequías pertinaces y pérdida de sus pro-

pias cosechas de cereales. Si estos datos se comparan con la distribución en superestados autárquicos de Orwell, queda patente que si bien Oceanía (integrada por las Américas, Gran Bretaña, Australia y las islas del Atlántico), cubriría sus necesidades, ni Eurasia ni Asia Oriental podrían ser independientes al respecto.

Entre los demás productos agropecuarios puede destacarse el algodón, cuya producción y comercio cubren así mismo todo el mundo. Estados Unidos y la Unión Soviética son los principales productores y exportadores, dominando el 42,5% de la producción mundial, complementados por la India, México, Perú, Brasil, Egipto y algunos otros países africanos o iberoamericanos. Los importadores principales son Europa oriental y occidental, China y Japón, y en menor medida, Australia. Tampoco en esta materia prima se autoabastecerían las tres potencias de Orwell.

El caucho y otros productos tropicales, como el cacao o el café y una buena parte de las materias grasas vegetales, constituyen la base de las balanzas comerciales de los países tercermundistas. Sin que el volumen de su comercio sea parangonable al de los cereales o los minerales y combustibles, alimentan flujos muy interesantes hacia Europa, URSS y América del Norte que carecen de la posibilidad de cultivarlos, insistiendo, por tanto, en las dificultades de una autarquía.

De entre los minerales, por la importancia de su comercio y el desigual reparto de yacimientos y consumo, pueden destacarse el hierro, el cobre y la bauxita, aunque otro tanto ocurre con otros. El hierro, localizado en zócalos paleozoicos o precámbricos, abunda en África Ecuatorial, Sudamérica y Canadá, aunque se encuentra igualmente en China, Australia, URSS, USA. Pero no hay más que comparar la lista de los más importantes productores de acero y de mineral de hierro para que algunas discordancias salten a la vista:

	mineral de hierro (hierro contenido)	acero
Francia	11,-	23,1
Suecia	16,1	4,2
URSS	131,4	147,8
China	32,5	
India	26,5	9,3
Liberia	11,9	
Sudáfrica	16,5	8,9
Canadá	31,8	15,8
USA	35	100,8
Brasil	56,-	15,2
Australia	60,1	7,8
Japón		111,4
Italia		26,-
Alemania Federal	0,6	43,8

(Miles de Tm.): Fuente: Agostini, 1982.

El cobre, imprescindible hoy para la industria electrónica entre otras, es producido en un 28% del total mundial por sólo tres países: Chile, Zaire y Zambia. La bauxita se encuentra especialmente en los países tropicales, que sólo en una mínima parte la elaboran y que ofrecen al mercado el 44% de la producción del mundo. Dos pequeños países, Guinea y Jamaica, proporcionan casi una cuarta parte de esa producción. No es fácil para los países desarrollados de la zona templada prescindir del comercio con otros países.

Otro tanto ocurre con los combustibles convencionales como el carbón y los hidrocarburos, y con el uranio. Especialmente en lo que respecta a los hidrocarburos, el desequilibrio entre los países productores y los consumidores es notable y una de las primordiales causas de la crisis actual. A pesar del descenso en la producción acordado por los países de la OPEP, los países del Golfo, Oriente Medio y Norte de Africa, mas Nigeria proporcionan una cuarta parte de la producción, y poseen la mayor parte de las reservas. Esta es justamente la "tierra de nadie" de Orwell.

En cuanto a las manufacturas, cuyo valor domina el comercio mundial, siguen hoy como a principios de siglo controladas por los países desarrollados, pese a la incorporación en determinadas ramas de algunos otros en vías de desarrollo. Europa, USA y Japón son los principales vendedores y compradores, pero los intercambios del bloque soviético con los países del Tercer Mundo se han incrementado sensiblemente, sobre todo en bienes de equipo, con el sis-

tema de venta de fábricas completas y excelentes condiciones de pago. Por otra parte la importancia de este comercio y su dominio está ligada a las adquisiciones tecnológicas, siempre muy difíciles para los países no desarrollados.

El intercambio de bienes y materias primas, en el que nos hemos centrado, es por tanto universal. Los polos de intercambio siguen siendo Europa occidental y los otros países industriales, que controlan más del 70% del valor de los intercambios, y que poseen además los sistemas de marketing y las multinacionales. Los países del COMECON y los subdesarrollados. Pero de entre estos se destaca como un nuevo polo vigoroso, el grupo de países productores de petróleo, cuyos flujos comerciales están en alza.

La interdependencia y la dinámica en las tres últimas décadas, queda patente en el siguiente cuadro:

EL COMERCIO MUNDIAL 1963-80
(% de las exportaciones)

origen destino	años	PIEM	OPEP	PVD no p.	PEP	Total
PIEM	1963	45,1	2,5	11,7	2,3	64,-
	1980	42,8	5,-	9,4	3,-	61,6
OPEP	1963	4,3		1,3	0,1	5,9
	1980	11,2	0,2	3,3	0,2	15,-
PVD no p.	1963	10,2	0,3	2,8	1,-	14,6
	1980	7,8	0,9	2,7	0,8	12,4
PEP	1963	2,3	0,1	1,7	8,-	12,1
	1980	2,9	0,4	1,2	4,4	9,-
Total	1963	64,4	2,9	17,9	11,6	100
	1980	65,9	6,6	17,-	8,6	100

PIEM: Países industriales de economía de mercado; OPEP: Países exportadores de petróleo; PVD: Países en vías de desarrollo; PEP: Países de economía planificada.
Fuente: GATT, 1980/81.

Los problemas económicos actuales quedan, por tanto, muy lejanos de los planteamientos del mundo de Orwell en 1984, como se apuntó al principio. Pero ni el fantasma de la guerra atómica ha desaparecido, ni el de los regímenes totalitarios —con uno u otro tipo de ideología— y en lo que respecta al mercado asistimos a una ruptura de la solidaridad que suponía la creación del GATT con el resurgir de los proteccionismos. Es evidente que el sistema mone-

tario mundial es bastante caótico y que algo no ha funcionado en la aplicación de la teoría del desarrollo. En suma, si hoy estamos sufriendo el mundo orwelliano el horizonte tampoco es nítido y nos demanda nuevas soluciones para los viejos problemas de la convivencia.

NOTAS

- AGOSTINI (1982). *Calendario Atlante* del Instituto... Novara. Italia.
 GATT (1958) 1980/81). *Informe sobre el comercio Internacional*.
 HITLER, A. (1974). *Mi lucha*. Petronio S.A., Barcelona.
 MARTINEZ RODA, F. (1983). Comercio y transportes internacionales. Cincel Kapelusz.
 ORWELL, G (1980). *Nineteen Eighty-Four*. Pinguin.
 STALIN, J (1938). *Doctrine de l'URSS*. Flammarion.
 TAMAMES, R (1973). "España Contemporánea". *Historia de España*, vol. VII, Alianza Universidad.

SITUACION DEL MUNDO CONTEMPORANEO: EL SISTEMA DE BLOQUES

Juan José ANDRÉU OCARIZ

El actual sistema de bloques imperante en el mundo no es un hecho fortuito, sino el resultado de una larga concatenación de hechos históricos. Por ello, el primer interrogante que plantea es el por qué se ha llegado a esta situación. Las causas, sumamente complejas, son el resultado de la evolución histórica: ha habido siempre en el mundo una tendencia a integrar regiones naturales (valles de los grandes ríos, islas, etc.) en unidades políticas, que, una vez consolidadas, trataron de extender su dominio a las regiones limítrofes, apareciendo así, los grandes imperios. La limitación de los medios de transporte, de sus propias estructuras, y de su capacidad de asimilación, motivó que la expansión de los mismos quedase circunscrita a áreas parciales continentales (Imperio chino) o intercontinentales (Imperio romano). Fue la gran expansión europea ultramarina, iniciada por Portugal y continuada por España, Inglaterra, Francia y Holanda, la que abrió unos horizontes insospechados.

La fuerza motriz impulsora de dicha expansión fue fundamentalmente de carácter económico, y, a través de una economía de

tario mundial es bastante caótico y que algo no ha funcionado en la aplicación de la teoría del desarrollo. En suma, si hoy estamos sufriendo el mundo orwelliano el horizonte tampoco es nítido y nos demanda nuevas soluciones para los viejos problemas de la convivencia.

NOTAS

- AGOSTINI (1982). *Calendario Atlante* del Instituto... Novara. Italia.
 GATT (1958) 1980/81). *Informe sobre el comercio Internacional*.
 HITLER, A. (1974). *Mi lucha*. Petronio S.A., Barcelona.
 MARTINEZ RODA, F. (1983). Comercio y transportes internacionales. Cincel Kapelusz.
 ORWELL, G (1980). *Nineteen Eighty-Four*. Pinguin.
 STALIN, J (1938). *Doctrine de l'URSS*. Flammarion.
 TAMAMES, R (1973). "España Contemporánea". *Historia de España*, vol. VII, Alianza Universidad.

SITUACION DEL MUNDO CONTEMPORANEO: EL SISTEMA DE BLOQUES

Juan José ANDRÉU OCARIZ

El actual sistema de bloques imperante en el mundo no es un hecho fortuito, sino el resultado de una larga concatenación de hechos históricos. Por ello, el primer interrogante que plantea es el por qué se ha llegado a esta situación. Las causas, sumamente complejas, son el resultado de la evolución histórica: ha habido siempre en el mundo una tendencia a integrar regiones naturales (valles de los grandes ríos, islas, etc.) en unidades políticas, que, una vez consolidadas, trataron de extender su dominio a las regiones limítrofes, apareciendo así, los grandes imperios. La limitación de los medios de transporte, de sus propias estructuras, y de su capacidad de asimilación, motivó que la expansión de los mismos quedase circunscrita a áreas parciales continentales (Imperio chino) o intercontinentales (Imperio romano). Fue la gran expansión europea ultramarina, iniciada por Portugal y continuada por España, Inglaterra, Francia y Holanda, la que abrió unos horizontes insospechados.

La fuerza motriz impulsora de dicha expansión fue fundamentalmente de carácter económico, y, a través de una economía de

mercado, la Historia se hizo planetaria, y ello, unido a la técnica moderna, ha hecho posible que todos los pueblos y culturas se encuentren hoy en estrecho contacto.

Desde el punto de vista político, el resultado fue la aparición de una serie de imperios coloniales situados, bien en un continente (imperio ruso) o en varios (imperios portugués, español, inglés, francés y holandés), imperios que a lo largo de los siglos fueron ensanchándose con nuevas adquisiciones, o reduciéndose como consecuencia de las luchas entre las respectivas metrópolis o rebeliones internas. Posteriormente, ya en la segunda mitad del siglo XIX, dos potencias europeas, Alemania e Italia, conseguida su unidad nacional, quisieron también participar en el reparto de un mundo cuyas mejores tierras estaban ya en manos de potencias que habían iniciado antes el proceso de expansión imperialista, teniendo que conformarse con zonas de escaso valor. Dos potencias extraeuropeas, Estados Unidos y Japón, participaron también en el proceso. Las dos guerras mundiales del presente siglo alteraron de forma sustancial el equilibrio de fuerzas hasta entonces existente.

Los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, en los acuerdos de Yalta y Postdam trataron de crear un orden mundial que impidiese en el futuro el estallido de guerras como la que acababa de finalizar. Según la concepción de Roosevelt, cuatro grandes potencias, Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y China, se constituirían en guardianes del orden mundial, creando para ello un organismo, la Organización de Naciones Unidas, que tenía el precedente de la Sociedad de Naciones surgida después de la Primera Guerra Mundial, encargada de dirimir pacíficamente los conflictos que pudiesen surgir en el planeta. Sin embargo, y como resultado de la guerra y de los acuerdos mencionados, se perfilaban ya dos grandes bloques cuyas estructuras económico-sociales e ideología política eran muy distintas. Bajo influencia soviética quedaron una serie de países (Polonia, Alemania Oriental, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Yugoslavia, Albania, Mongolia, Corea del Norte) en los que no tardaron en instalarse regímenes políticos similares al de la Unión Soviética, constituyendo un bloque de poder bajo hegemonía soviética, mientras que el resto de mundo quedaba de hecho bajo hegemonía norteamericana. Las confrontaciones entre ambos bloques no tardaron en estallar, surgiendo la llamada "guerra fría", que reveló como sueño utópico la tendencia a "un sólo mundo" surgida en los días eufóricos que precedieron y siguieron a la victoria de los Aliados.

El bloque soviético, entendiéndose como tal el formado por países de regímenes comunistas, se ha ido ampliando considerablemente en el transcurso de los años: China, Viet-Nam, Laos, Camboya, Yemen del Sur, Benin, Angola, Mozambique, Etiopía, Cuba), pero dista de ser monolítico. Las diferencias de los países que lo componen en cuanto al grado de aplicación de los principios del marxismo-leninismo en los órdenes económicos y social son muy profundas, y derivan tanto de una concepción de dichos principios como de la situación económica y social existente en ellos antes de la implantación de los regímenes comunistas, así como de la forma en que dicha implantación se llevó a cabo. Han existido disidencias políticas (Yugoslavia fue el primer caso), presiones para mantener el status existente (Polonia) e incluso intervenciones militares (Hungría, Checoslovaquia).

En lo que respecta al bloque Occidental, un fenómeno de capital importancia, la descolonización, ha alterado sustancialmente la situación existente al término de la Segunda Guerra Mundial. El nacionalismo y deseos de independencia de los países coloniales contaron con el apoyo de las dos superpotencias: bajo la presión de los Estados Unidos por razones económicas e ideológicas, y de la Unión Soviética, que en numerosas ocasiones prestó a los rebeldes tanto ayuda política como militar (formación de cuadros militares, suministro de material bélico), las potencias coloniales europeas fueron concediendo la independencia a sus colonias, en algunas ocasiones, como en el caso de Argelia, tras duras luchas, en otras, pacíficamente. Los intentos de salvar en lo posible su antigua posición de privilegio articulado las ex Colonias en grandes unidades de estructura casi federativa, como la Commonwealth británica y la Unión Francesa, fracasaron políticamente, mientras que en el plano económico las antiguas metrópolis eran en parte desbancadas por la competencia comercial norteamericana y de otros países (Japón, Alemania). Algunos países, tras su independencia, se alejaron del bloque Occidental y pasaron a engrosar, o a estar próximos, al bloque soviético.

Este fenómeno se produjo en poco más de dos décadas, y los nuevos estados trataron de superar su pasado colonial, encontrarse a sí mismos, y participar en pie de igualdad en la política internacional. Les unían dos factores comunes: su pasado colonial y la aspiración al desarrollo. La llamada a la mutua cooperación provino del líder indio Nehru, plasmándose en la Conferencia celebrada en 1955 en Bandung, donde acudieron representantes de 23 estados

asiáticos y 6 africanos, y en la que tras una serie de advertencias a las grandes potencias se expuso la idea de la formación de un tercer bloque por parte de los países asiáticos y africanos, bloque pacifista y neutralista, que expresaba su voluntad de mantenerse al margen de los dos bloques de poder existentes y llevar a cabo una política común en favor de la paz y el desarrollo pacífico.

Aunque el tiempo fue disipando las fervorosas ilusiones de los comienzos, el mensaje de Bandung, cuyos principales impulsores en los años siguientes fueron Nehru, Tito y Nasser, permanece latente, y el tercer bloque está incidiendo de una forma cada vez más profunda en todas las actividades internacionales.

Todos los países de lo que ha venido en llamarse el Tercer Mundo tienen problemas comunes en los planos económicos y social. En el económico, el principal es la alimentación: un alto porcentaje de sus habitantes pasa hambre o está subalimentado, con las graves consecuencias que ello conlleva en el orden biológico, tanto por el alto índice de mortalidad infantil como por las taras de los supervivientes, que quedan con el cerebro dañado o el cuerpo lisiado con carácter permanente a causa de la subalimentación.

La producción agrícola ha registrado un aumento considerable debido a nuevas roturaciones y sistemas de regadío, pero el elevado crecimiento demográfico absorbe con creces el aumento de la misma, y, en algunos países la producción alimenticia per capita ha disminuído. Las disponibilidades de tierras roturables son limitadas; en algunas zonas la tala de bosques y el pastoreo de las sabanas han erosionado y desertizado el suelo, obligando al abandono de los cultivos. Existen todavía importantes reservas y la posibilidad de cultivar tierras marginales, pero el coste de las roturaciones resulta en muchos casos prohibitivo. La posibilidad de compras alimenticias a los países que cuentan con grandes excedentes está dificultada por el constante aumento de los precios, y constituyen una remora para el desarrollo económico de los países compradores, al tener que destinar a ellas las escasas divisas que poseen en vez de a inversiones que lo fomentarian.

Más que ganar para el cultivo nuevas tierras, en ocasiones inexistentes o escasas, la solución estribaría en el aumento de la productividad de las que se cultivan y en una redistribución de la propiedad, ya que el latifundio y el minifundio, que suelen darse con prodigalidad en dichos países constituyen un despilfarro de suelo y de trabajo. En lo que respecta al aumento de la productividad, en numerosos casos hay que descartar una mecanización que libe-

raría una mano de obra agraria que al no poder encontrar acogida en la industria, escasamente desarrollada, generaría un aumento del paro. La mejora en la calidad de los cultivos puede constituir una solución acertada, pero ello tropieza con dificultades.

El proceso de industrialización ha sido muy desigual. Durante la época colonial dichos países fueron considerados como productores de materias primas y consumidores de los productos industriales de las respectivas metrópolis, de modo que, al alcanzar la independencia, su desarrollo industrial era escaso. El fomento del mismo se consideró necesario por lo que podía suponer en cuanto a creación de puestos de trabajo y ahorro de divisas. De ahí las medidas estatales de tarifas aduaneras que gravaban las importaciones, subvenciones, exenciones fiscales y tarifas preferentes para las importaciones de materias primas y bienes de equipo, pero los resultados, en conjunto, no fueron excesivamente satisfactorios, pese a que en ocasiones grandes empresas extranjeras establecieron fábricas en los países de mayor población. Era necesario importar los equipos que las nuevas fábricas necesitaban, materias primas, productos semielaborados, piezas de repuesto, y, no obstante lo barato de la mano de obra, el coste de la producción superaba a veces el precio de la producción de los mismos productos ya fabricados. A ello había que añadir deficiencias en la producción, y, especialmente, que la capacidad adquisitiva de las masas era escasa, creándose excesos de producción.

Por otra parte, y a diferencia de la primera fase de la revolución industrial. Las técnicas y métodos de dirección industriales son complicados y con tendencia a unas exigencias cada vez más altas. La industria depende de un regular suministro energético, un elevado número de proveedores, de especialistas y obreros cualificados, que no suelen abundar en los países en vías de desarrollo, y la contratación de técnicos extranjeros, por lo elevado de sus salarios, grava la producción, debiendo limitarse a los cuadros imprescindibles.

Son grandes las diferencias existentes en el grado de desarrollo industrial de los países del Tercer Mundo. Los más pobres se limitan a fabricar bienes de consumo cotidiano, y en los pocos en que la industria ha adquirido mayor desarrollo, se ha concentrado en las grandes ciudades, no afectando, en consecuencia, a extensas regiones de los mismos.

En general, los grandes capitales necesarios para el montaje de la industria moderna, constituyen un obstáculo difícil de salvar.

Existen, no obstante, unos pocos países que han conseguido grandes éxitos mediante un proceso de industrialización destinado a la exportación. Estos países son Corea del Sur, Taiwan, Hong-Kong y Singapur, y en todos ellos se dan unas condiciones muy precisas que han hecho posible dicho proceso: población numerosa, mano de obra barata, alto rendimiento laboral e inexistencia de sindicatos que pudiesen luchar de una forma efectiva por el aumento de los salarios. Grandes empresas japonesas, norteamericanas y europeas han creado en ellos fábricas de montaje de piezas importadas para reexportación de productos semifabricados que completan su montaje en los países de origen, además de un cúmulo de industrias de carácter muy variado.

No es fácil hacer pronósticos acerca de la continuidad de la expansión pero en Corea del Sur y en Taiwan existen indicios del paso de este tipo de producción al montaje de fábricas de bienes de equipo.

Al igual que en el plano económico, en el social existen problemas comunes a los países en vías de desarrollo: de unas sociedades estamentales de tipo feudal se ha pasado bruscamente a una fase capitalista en la que la estratificación estamental está siendo sustituida por otra de clases, y junto a los antiguos grupos aristocráticos, en parte empobrecidos y en parte enriquecidos, ha surgido una minoría burguesa de la que el sector más afortunado se ha enriquecido hasta límites insospechados, mientras que un proletariado numéricamente mayoritario vive con frecuencia por debajo de los límites puramente existenciales. La renta per capita es baja, y su distribución muy desigual, con unas diferencias superiores a las de los países industrializados, y que, lejos de disminuir, en muchos casos van creciendo progresivamente.

Existe el problema del constante aumento demográfico, cuyas causas radican en el descenso de la mortalidad, debido a que la aplicación de la medicina moderna (vacunaciones masivas, medicamentos, etc.) han erradicado casi totalmente las grandes epidemias que, como la viruela, el cólera y la malaria, producían antaño una gran mortandad, y aunque ésta, especialmente la infantil, sigue siendo elevada, ha entrado en un proceso de receso, que en el futuro continuará elevando el índice de crecimiento demográfico. A ello hay que añadir el establecimiento de servicios sanitarios, mejoras en el suministro de agua y una progresiva extensión de las normas higiénicas.

Ciertamente que en estos aspectos queda largo camino por re-

correr: un elevado porcentaje de la población no tiene acceso al agua potable limpia, y ello es la causa de la elevada mortalidad infantil y del 80% de las enfermedades; la atención médica es mínima, limitándose fundamentalmente a las zonas urbanas.

El índice de natalidad, por el contrario, permanece invariable, siendo escasos los países donde ha descendido de forma sensible, y ello es comprensible por las condiciones objetivas existentes: en las zonas rurales se sigue necesitando a los hijos como fuerza de trabajo, y en numerosos países la percepción por las familias de las dotes de las hijas que contraen matrimonio constituyen para ellas una no despreciable fuente de ingresos. Se carece de servicios estatales de seguridad social frente al paro forzoso, la vejez, enfermedad o muerte del cabeza de familia, a lo que hay que sumar las inundaciones, las sequías o las plagas que afectan al ganado y que pueden privar súbitamente de sus medios de subsistencia a gran número de personas. En esta tesitura, la subsistencia de los padres en la vejez depende de su descendencia, sobre todo de la masculina. A diferencia de los países industrializados, en los que los índices de natalidad y mortalidad descendieron desde mediados del siglo XIX paralelamente, en los del Tercer Mundo se ha producido un desfase que ha tenido como consecuencia el alto índice de crecimiento demográfico actual.

Salvo casos aislados, los intentos realizados hasta el presente para frenar este índice de crecimiento apenas han afectado a la población campesina y han tenido escaso éxito por las razones expuestas, a las que podían añadirse que, por razones religiosas, los clerics católicos y musulmán son opuestos al control artificial de la natalidad.

La presión demográfica en el campo trae como consecuencia una reducción en la extensión de las pequeñas explotaciones agrarias por las particiones hereditarias, y la emigración de importantes contingentes humanos hacia las aglomeraciones urbanas, que están adquiriendo dimensiones gigantescas, con su secuencia de barrios de chabolas sin agua corriente ni servicios higiénicos.

El número de parados o subempleados aumenta constantemente en grandes proporciones, sin que la industria moderna, que por su tecnificación genera poco empleo, pueda constituir una solución inmediata, máxime teniendo en cuenta que necesita un personal cualificado difícil de encontrar en países donde el analfabetismo está muy extendido.

El resultado de todo ello es que las posibilidades de que la po-

breza y el atraso puedan superarse en un futuro próximo son mínimas, y que la distancia que separa al Tercer Mundo de los países industrializados, en vez de disminuir, está aumentando.

En el plano político, los países del Tercer Mundo han sido contemplados por parte de los industrializados como campo para la exportación de ideologías y modelos sociales, de modo que durante las luchas por su independencia y primeros años de la misma recibieron programas de desarrollo económico, social y político contradictorios, explicables por la competencia existente entre las grandes potencias para ejercer un control sobre ellos, competencia agravada por la importancia económica y estratégica de algunos, y por la necesidad de ayuda exterior para su desarrollo. La moderación inspirada en ideales liberales y humanistas han tenido en muchos de ellos escasa incidencia, predominando, por el contrario, los matices más duros de ideologías integracionistas, como el nacionalismo y el socialismo.

A determinados movimientos de liberación, y ésto se acusa sensiblemente en algunos países africanos, les resultó difícil, una vez triunfantes, el paso de organizaciones de lucha a organizaciones políticas capaces de llevar a cabo un trabajo constructivo en los órdenes económico y social, y, aunque algunos han iniciado e incluso consolidado este proceso, las excepciones son numerosas.

La violencia ha estado bastante generalizada, y los conflictos se han producido a nivel internacional e interno.

Los conflictos internacionales han surgido por la confrontación de los dos grandes bloques en la guerra fría (guerra de Corea) o por antiguas rivalidades entre estados relativas a la posesión de territorios fronterizos (India-Pakistán, Etiopía-Somalia) o situados fuera de los países afectados (Grecia-Turquía por Chipre).

Todos los conflictos bélicos internacionales posteriores a la Segunda Guerra Mundial han estallado sin previa declaración formal de guerra, tal como está prescrita en la Conferencia de La Haya de 1907, y que los hechos han revelado anacrónica.

Los conflictos nacionales han tenido múltiples causas: guerras de independencia nacional que se transforman en revolución social (Viet-Nam, Angola); minorías que entran en lucha armada con la mayoría dominante, tratando de conseguir bien la autonomía (Sudán), bien la secesión (Eritrea); reacciones violentas de mayorías oprimidas contra estructuras de dominio tradicionales (Ruanda, Zanzibar).

En ocasiones las guerras civiles se complican con intervenciones

extranjeras, bien militares (Afghanistan), o sin intervención de las fuerzas armadas, para imponer regímenes del agrado de la potencia interventora (Chile).

Por parte de China se registró un intento de presentarse ante los países del Tercer Mundo como un modelo de autodesarrollo a seguir y como alternativa política a los dos bloques de poder existentes. A esto último obedeció el viaje que el primer ministro chino Chu-en-Lai realizó a varios países asiáticos y africanos a fines de 1963 y comienzos de 1964, pero las esperanzas de formar entre los países neutralistas un bloque que siguiese las directrices políticas chinas de oponerse activamente tanto a los Estados Unidos como a la Unión Soviética tuvieron escasos resultados: China no podía ofrecer al desarrollo de sus posibles seguidores tanta ayuda material como las dos superpotencias, y el resultado fue un autoaislamiento del que actualmente está haciendo esfuerzos por salir.

Dentro del Tercer Mundo se perfilan a su vez bloques de países unidos por vínculos lingüísticos, religiosos o culturales, consecuencia en ocasiones de un pasado común, que han creado en ellos una tendencia a la unidad. A veces esta tendencia no pasa de ser en la práctica más que una manifestación retórica, pues los factores disociadores son más fuertes que los que empujan a la unión, pero estos últimos van lentamente abriéndose camino y plasmándose en la creación de organismos supranacionales comunes de los más diversos órdenes (económico, cultural, etc.). Los más importantes son el bloque hispanoamericano y el árabe-islámico.

El bloque hispanoamericano posee una unidad lingüística (con la excepción del Brasil) y cultural, y unos comunes problemas de desarrollo, pero se halla muy fragmentado políticamente. Corrientes nacionalistas de tipo decimonónico son frecuentes y fuertes; existen regímenes políticos de distinto signo, a lo que hay que añadir mediatizaciones por parte de potencias extranjeras. Todo ello contrarresta los factores que empujan a la unidad e impide una mayor proyección práctica de los mismos.

El bloque islámico es sumamente heterogéneo, difiriendo mucho las estructuras económicas y sociales y los regímenes políticos de los países que lo componen. Tienen un elemento común de unión, la religión, que en el Islam no es sólo una creencia, sino un modo de vida, conformando muchos aspectos de la misma. Dentro de este grupo, quien tiene mayor peso específico es el constituido por los países árabes, entendido en su sentido más amplio, que abarca numerosos estados de Asia y Africa. El hecho de que los árabes

fueron antaño conquistadores no destructores, que consiguieron crear y difundir una elevada cultura en extensas áreas del mundo, les ha proporcionado un sentimiento de dignidad política y una tradición cultural que pervivieron bajo los cuatro siglos de dominio otomano, y que constituye actualmente el sustrato de la base sobre la que pretenden cimentar su futuro.

El proceso de modernización e industrialización se ha propagado en ellos, y con él las formas (capitalistas o socialistas) occidentales de vida, que con frecuencia han entrado en conflicto con las tradiciones islámicas. Las reacciones ante este fenómeno han sido distintas, especialmente en los sectores intelectuales: algunos de dichos sectores han aceptado sin reservas la transformación; otros han tratado de hacerla compatible con las creencias y modos de vida islámicos, conservando lo esencial de éstos; en otros se ha registrado una fuerte reacción de tipo conservadora integrista, pero con un componente revolucionario basado en el desarrollo de los principios de democracia y justicia social contenidos en el Corán. Esta última tendencia está actualmente acrecentándose con rapidez en numerosos países, pero sin constituir un movimiento unitario: en el Islam han existido desde épocas muy remotas interpretaciones y corrientes de pensamiento que condujeron a la formación de grupos religiosos entre los que han existido rivalidades y conflictos. De ahí que la actual incidencia política del integrismo se desarrolle de forma independiente en los distintos países, pese a afinidades y a veces fuertes conexiones entre los grupos, explicables por la inexistencia en el Islam de una autoridad central suprema que pudiese canalizarlos.

La existencia de importantes yacimientos petrolíferos en varios de los países que componen este bloque les proporciona un poder financiero capaz de permitirles autofinanciar su desarrollo económico e incorporación a la técnica moderna más avanzada; ha contribuido a crear en ellos una nueva conciencia, y les confiere una significación especial dentro del contexto de la política internacional. Para las potencias industrializadas tienen una importancia vital, muy superior a la del resto de los países en vías de desarrollo, pero en cuanto a poderío político y militar están respecto a ellas en situación de inferioridad, y este hecho constituye una constante tentación de intervención, con el agravante de que el foco permanente de tensión derivado de la creación del Estado de Israel, induce a los protagonistas del conflicto a solicitar la presencia política en la zona de potencias extranjeras, dado que ni árabes ni israelíes es-

tán dispuestos a prescindir del apoyo político y militar de la Unión Soviética y de los Estados Unidos.

Una parte importante de los países que componen ese bloque se debate entre los intentos internos de encontrar una fórmula que les permita integrarse en el proceso general de modernización e industrialización conservando sus esencias tradicionales, y los externos de desligarse de los dos grandes bloques mundiales mediante un acercamiento mutuo para formar un frente político común. Ambos procesos están entrelazados: para liberarse de la influencia y presiones de dichos bloques es necesario someterse al proceso de industrialización y modernización que choca con formas de vida tradicionales, tal como están establecidas en el Derecho Islámico, siendo preciso encontrar la fórmula de un Islam modernista que haga posible la gestación de dicho proceso en un contexto sociopolítico que conserve las esencias tradicionales. Diferentes grupos están tratando de instrumentalizar políticamente al Islam para conseguir simultáneamente los citados objetivos. El futuro dirá si la transformación de una fe en ideología política podrá sustituir como factor integrador a las corrientes nacionales, entre ellas el arabismo, que han venido desarrollándose en la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial.

El mundo islámico es un mundo de expansión, y no sólo por su alto índice de crecimiento demográfico interno, sino por el proselitismo. La crisis de viejas religiones asiáticas (budismo) y africanas (animismo), ha facilitado al Islam acrecentar sus efectivos mediante una acción de captación que le está proporcionando innegables éxitos, como puede apreciarse claramente en diversos países asiáticos y en el África subsahariana.

Sin embargo, pese a esta fuerza expansiva y a la tendencia a la formación de un bloque que integre los países islámicos, no es fácil que el Islam pueda desempeñar el papel de lazo de unión supranacional para integrarlos (ni siquiera a las naciones árabes, el grupo más coherente dentro del conjunto) dada la heterogeneidad imperante tanto en los aspectos económicos, sociales, religiosos y políticos, como en las aspiraciones e intereses, a veces contrapuestos, de los países que lo componen. Los diversos intentos de unión, hasta el momento siempre fracasados, que han intentado hacerse entre países afines, son una muestra de ello.

Los actuales bloques políticos existentes en el mundo distan de ser homogéneos: en el Occidental, bajo hegemonía norteamericana, los países integrados en la Comunidad Económica Europea tien-

den a un protagonismo creciente que les lleva en ocasiones a enfrentamientos, especialmente de tipo económico, con la potencia líder, y lo mismo puede decirse respecto al Japón. En el bloque soviético, a la ya larga pugna entre China y la Unión Soviética hay que sumar las tendencias de tipo disidente que van surgiendo en países europeos. En el Tercer Mundo se van perfilando nuevos bloques en los que existen divergencias internas difíciles de salvar. Intentos continentales supranacionales, como la Organización de la Unidad Africana, o intercontinentales, tienen pocas posibilidades efectivas de convertirse en bloques coherentes, pero, por encima de estos bloques de carácter político, se percibe una simplificación de carácter económico: la de los países desarrollados ricos y la de los subdesarrollados pobres.

Estos últimos no parecen estar dispuestos a continuar permanentemente en dicha situación. Un grupo de ellos pasó en 1974 a la ofensiva utilizando el petróleo como arma en la crisis provocada por la guerra árabe-israelí de octubre de 1973. Los resultados fueron un aumento masivo en el precio del petróleo, y el que por primera vez las potencias industrializadas comprobasen el poder susceptible de ser adquirido por un bloque organizado de países en vías de desarrollo que controlen un sector vital de materias primas. El futuro dirá si ello ha sido un jalón importante en la consecución de un nuevo orden económico mundial.

Una cosa es presumible: que mientras existan las actuales diferencias entre países ricos y pobres, mientras la riqueza del mundo no esté más equitativamente distribuida, va a ser difícil que pueda cumplirse el viejo sueño de Roosevelt de un orden mundial estable.

BIBLIOGRAFIA

Sobre la política de los dos grandes bloques de poder su enfrentamiento, adquisición de áreas de influencia y consecuencias, la descolonización, el Tercer Mundo y su peso específico en el concierto mundial, conflictos de todo tipo surgidos tras la Segunda Guerra Mundial, intentos de formación de grandes agrupaciones supranacionales, y las perspectivas que todo ello encierra, existe una auténtica inflación bibliográfica. A título orientativo, y como síntesis que abarca, en líneas generales, toda la problemática, citaremos de obra de Wolfgang BENZ y Hermann GRAML: *Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*, Historia Universal siglo XXI. Madrid, 1982.

APORTACION ESTILISTICA DE ORWELL A LA PROSA INGLESA

Ignacio VÁZQUEZ ORTA

El estudio de los ensayos de George Orwell nos muestra la verdadera dimensión de su personalidad como escritor. Si leemos la importante biografía que Bernard Crick dedicó hace unos años a la figura del escritor inglés, obtenemos como clave fundamental de su obra su condición de escritor político. En uno de sus más bellos artículos¹ el propio Orwell describió sus objetivos fundamentales como escritor: todos sus textos nacían de una preocupación social y política. Llegó incluso a escribir que su propósito era crear un estilo que diera dignidad estética al ensayo político.

No obstante lo apuntado hasta ahora, es interesante resaltar algunas afirmaciones suyas sobre su compromiso político. Orwell nos confiesa que, por talante natural, se movería más a escribir por motivos estéticos o de vanidad personal que por una finalidad política. *By nature I am a person in whom the first motives (sheer egoism, aesthetic enthusiasm...) outweigh the fourth (political objectives). In a peaceful age I might have written ornate or merely descriptive books, and might have remained almost unaware of my political loyalties*².

1 Me refiero a "Why I write". Se halla en el volumen I de *The Collected Essays*, London, Secker & Warburg, 1968, pág. 23.

2 ORWELL, G.: *The Collected Essays* (Vol. I), pág. 26.

den a un protagonismo creciente que les lleva en ocasiones a enfrentamientos, especialmente de tipo económico, con la potencia líder, y lo mismo puede decirse respecto al Japón. En el bloque soviético, a la ya larga pugna entre China y la Unión Soviética hay que sumar las tendencias de tipo disidente que van surgiendo en países europeos. En el Tercer Mundo se van perfilando nuevos bloques en los que existen divergencias internas difíciles de salvar. Intentos continentales supranacionales, como la Organización de la Unidad Africana, o intercontinentales, tienen pocas posibilidades efectivas de convertirse en bloques coherentes, pero, por encima de estos bloques de carácter político, se percibe una simplificación de carácter económico: la de los países desarrollados ricos y la de los subdesarrollados pobres.

Estos últimos no parecen estar dispuestos a continuar permanentemente en dicha situación. Un grupo de ellos pasó en 1974 a la ofensiva utilizando el petróleo como arma en la crisis provocada por la guerra árabe-israelí de octubre de 1973. Los resultados fueron un aumento masivo en el precio del petróleo, y el que por primera vez las potencias industrializadas comprobasen el poder susceptible de ser adquirido por un bloque organizado de países en vías de desarrollo que controlen un sector vital de materias primas. El futuro dirá si ello ha sido un jalón importante en la consecución de un nuevo orden económico mundial.

Una cosa es presumible: que mientras existan las actuales diferencias entre países ricos y pobres, mientras la riqueza del mundo no esté más equitativamente distribuida, va a ser difícil que pueda cumplirse el viejo sueño de Roosevelt de un orden mundial estable.

BIBLIOGRAFIA

Sobre la política de los dos grandes bloques de poder su enfrentamiento, adquisición de áreas de influencia y consecuencias, la descolonización, el Tercer Mundo y su peso específico en el concierto mundial, conflictos de todo tipo surgidos tras la Segunda Guerra Mundial, intentos de formación de grandes agrupaciones supranacionales, y las perspectivas que todo ello encierra, existe una auténtica inflación bibliográfica. A título orientativo, y como síntesis que abarca, en líneas generales, toda la problemática, citaremos de obra de Wolfgang BENZ y Hermann GRAML: *Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*, Historia Universal siglo XXI. Madrid, 1982.

APORTACION ESTILISTICA DE ORWELL A LA PROSA INGLESA

Ignacio VÁZQUEZ ORTA

El estudio de los ensayos de George Orwell nos muestra la verdadera dimensión de su personalidad como escritor. Si leemos la importante biografía que Bernard Crick dedicó hace unos años a la figura del escritor inglés, obtenemos como clave fundamental de su obra su condición de escritor político. En uno de sus más bellos artículos¹ el propio Orwell describió sus objetivos fundamentales como escritor: todos sus textos nacían de una preocupación social y política. Llegó incluso a escribir que su propósito era crear un estilo que diera dignidad estética al ensayo político.

No obstante lo apuntado hasta ahora, es interesante resaltar algunas afirmaciones suyas sobre su compromiso político. Orwell nos confiesa que, por talante natural, se movería más a escribir por motivos estéticos o de vanidad personal que por una finalidad política. *By nature I am a person in whom the first motives (sheer egoism, aesthetic enthusiasm...) outweigh the fourth (political objectives). In a peaceful age I might have written ornate or merely descriptive books, and might have remained almost unaware of my political loyalties*².

1 Me refiero a "Why I write". Se halla en el volumen I de *The Collected Essays*, London, Secker & Warburg, 1968, pág. 23.

2 ORWELL, G.: *The Collected Essays* (Vol. I), pág. 26.

Fue su historia personal la que condicionó su evolución literaria. Su estancia en Birmania como funcionario de la policía imperial en la India le llevó a experimentar la pobreza y el fracaso, aumentó su natural aversión a la autoridad y le hizo plenamente consciente de la existencia de la clase trabajadora; asimismo, le hizo comprender la naturaleza del imperialismo.

A pesar de todo, estas experiencias no fueron suficientes para darle una orientación política determinada. Fue necesaria la llegada al poder de Hitler y la guerra civil española. *Every line of serious work that I have written since 1936 has been written, directly or indirectly, against totalitarianism and for democratic Socialism, as I understand it*³.

A partir de este momento, su intención fue convertir sus escritos políticos en arte. *I could not do the work of writing a book, or even a long magazine article, if it were not also an aesthetic experience*, escribe en *Why I write*⁴. Y añade más adelante: *Animal Farm was the first book in which I tried with full consciousness of what I was doing to fuse political purpose and artistic purpose into one whole*⁵.

Su preocupación por el lenguaje y su utilización adecuada está relacionada con este afán estético. También está relacionada con su postura ético-política.

Hay una anécdota que nos cuenta Sir Richard Rees⁶ que ilustra esta actitud. Se trata de la respuesta de Orwell a un comentario político en el sentido de que bajo el socialismo no habría sensación de estar a merced de fuerzas impredecibles e irresponsables. Orwell comenta: *I notice people always say under Socialism*⁷.

Su preocupación por el lenguaje era inseparable de su preocupación por la política. Ambas nacieron de su creencia en la existencia de verdades objetivas susceptibles de ser descubiertas y defendidas por los hombres. Orwell fue un escritor que vivió siempre en consecuencia con sus ideas políticas. Fue un hombre íntegro que nunca renunció a sus convicciones y se mostró siempre fiel a sí mismo. Orwell creía en la honestidad, entendida como coherencia entre pensamiento y acción. El hombre honrado es el que actúa y se expresa según sus más íntimas convicciones.

3 Ibid.

4 Ibid.

5 Id., pág. 27.

6 THOMAS, E.M.: *Orwell*, Edimburgh, Oliver and Boyd, 1965, pág. 100.

7 Ibid.

Orwell entendía el lenguaje humano, no como *a natural growth but as instrument which we shape for our own purposes*⁸. Frente a los agoreros que dicen que nuestra civilización es decadente y que esta situación se manifiesta en una decadencia paralela del lenguaje, Orwell trae a colación el ejemplo del borracho. Un hombre se da a la bebida porque siente en sí el fracaso; y a su vez fracasa porque bebe. Un efecto se puede convertir en causa, reforzando la causa principal y produciendo el mismo efecto de forma intensificada, y así indefinidamente en un círculo vicioso. El lenguaje se desvirtúa y se vuelve impreciso. *It is rather the same thing that is happening to the English Language. It becomes ugly and inaccurate because our thoughts are foolish, but the slovenliness of our language makes it easier for us to have foolish thoughts*⁹.

Esta relación viciada entre pensamiento y lenguaje, parece decir Orwell, debe tener sus causas políticas, económicas y sociales. No obedece sólo a la mala influencia que haya podido ejercer éste o aquel escritor.

En la novela *1984* se describe un estado totalitario en el que la falta de honradez está institucionalizada, tanto en el plano individual como en el plano social. El mundo está dividido en tres grandes poderes: Oceanía, Eurasia y Asia oriental.

En Oceanía el partido en el poder gobierna por medio de un gabinete integrado por cuatro ministerios de poder omnímodo. El primero se llama ministerio de la Paz. Lleva, sin embargo, los asuntos de la guerra. El segundo, el ministerio del Amor —¡qué ironía!— corre a cargo con las competencias del control del aparato policial. El tercero es el ministerio de la Abundancia y trata de los asuntos de la escasez. El cuarto ministerio es el de la Verdad —otro eufemismo— y se encarga de la propaganda política.

La novela de Orwell no es una profecía del futuro; es más bien una visión satírica del reparto de la estructura del poder en el mundo y de los medios que se emplean para mantenerla, pese a quien pese. La manipulación del lenguaje es uno de los medios más importantes para conseguir dicho fin.

En *1984* los seres humanos están sometidos al *doublethinking*, el doblepensamiento, el ser conscientes de la verdad mientras se ex-

8 ORWELL, G.: *The Collected Essays* (Vol. IV), London, Secker & Warburg, 1968, pág. 156.

9 Idem., pág. 157.

presan mentiras o falsedades a su alrededor de la forma más descarada. Paralelamente, se usa el *doublespeak*, la doblelengua, lenguaje ambivalente para esconder la verdad. Es más, Orwell nos expone en el apéndice de su novela *1984* los principios del *Newspeak* que es la lengua oficial de Oceanía, diseñada para servir de vehículo a las necesidades ideológicas del *Ingsoc* o socialismo inglés.

El que el poder utilice en ocasiones el procedimiento del *doble-pensar* no es un asunto precisamente nuevo. Ya Aristóteles se refirió a ese viejo truco de la retórica política; desde que existe el lenguaje doblemente articulado existe la polisemia y, por tanto, el constante ardid del eufemismo.

Por otro lado, la invención del *Newspeak* como una especie de esperanto oficial que se impondrá poco a poco a las nuevas generaciones del *Ingsoc* por parte del colectivo oligárquico gobernante es una idea bastante descabellada de Orwell. No se encuentra nada parecido en el mundo real, en el que hasta incluso la lengua rusa está aumentando su léxico de forma abundante y la lengua inglesa exige la constante aparición de volúmenes suplementarios del Oxford English Dictionary.

El *Newspeak* es una lengua irreal, diseñada para expresar la visión del mundo y los hábitos mentales de la sociedad de Oceanía y para imposibilitar otras formas de pensamiento¹⁰. El fin último del *Newspeak*, no alcanzado todavía en 1984, es que el pensamiento herético sea impensable, o al menos, inexpresable por medio del lenguaje. Su simplicidad y su absoluta regularidad tienden a la limitación y al aherrojamiento del pensamiento.

Una vez más aparece el aspecto satírico en la obra de Orwell. Se compara la realidad del lenguaje actual y la del futuro lenguaje, haciendo una representación exagerada del mismo, con lo cual se consigue hacer una crítica del proceso de degradación actual del inglés.

En efecto; el valor del apéndice de Orwell a su novela *1984* es que nos muestra la agudeza de su análisis del inglés de su tiempo. Por ejemplo, nos dice que el uso de abreviaturas para referirnos a las organizaciones políticas se adoptó al principio de forma instintiva, pero más tarde se reconoció el valor de dicha costumbre y se convirtió en una práctica corriente en el *Newspeak*. Las abreviaturas

10 ORWELL, G.: *1984*, London, Secker & Warburg, 1949. El apéndice de la novela es una descripción detallada del "Newspeak".

estrecan el campo de la asociación psicológica y contribuyen a desdibujar el concepto o la imagen. *The words* Communist International, for instance, call up a composite picture of universal human brotherhood, red flags, barricades, Karl Marx and the Paris Commune. The word Comintern, on the other hand, suggests merely a tightly-knit organization and a well-defined body of doctrine¹¹.

El paso del *Oldspeak* al *Newspeak* se produce de forma progresiva. A medida que se va controlando el pensamiento y la acción de los ciudadanos de Oceanía se va imponiendo el *Newspeak*, dice Orwell; y al mismo tiempo que éste se va imponiendo se va reduciendo el campo de extensión del pensamiento no ortodoxo.

Esta es la visión orwelliana de la función del lenguaje en la sociedad futura representada en *1984*. Y qué piensa Orwell de la relación entre el inglés de su época y la realidad política?

En *Politics and the English Language* se puede leer¹²: *In our time, political speech and writing are largely the defense of the indefensible... Thus political language has to consist largely of euphemism, questions-begging and sheer cloudy vagueness.* Se bombardean pueblos indefensos, se despoja a sus habitantes de sus bienes, se incendian sus viviendas y a esto se llama *pacificación*. Se roba a los campesinos sus cosechas, se les encamina hacia un destino desconocido llevando como único bagaje lo que puede transportar consigo, y a eso se le llama *traslado de la población* o *rectificación de fronteras*. Se arresta a miles de personas sin juicio previo, se les asesina de un tiro en la nuca y a esto se le llama *eliminación de elementos poco fiables*. *The inflated language is itself a kind of euphemism: A mass of Latin words falls upon the facts like soft snow, blurring the outlines and covering up the details. The great enemy of clear language is insincerity. When there is a gap between one's real and one's declared aims, one turns as if were instinctively to long words and exhausted idioms*¹³.

Para Orwell, la gran defensa contra la confusión, la falta de sinceridad y de honradez es la experiencia con los sentidos, expresada lingüísticamente por medio de la palabra concreta y sencilla. El consejo que nos da Orwell es el siguiente: pensar en la medida de lo

11 Idem., pág. 313.

12 ORWELL, G.: *The Collected Essays* (Vol. IV), London, Secker & Warburg, 1968, pág. 166.

13 Ibid.

posible apoyados en imágenes y sensaciones, y buscar después la palabra que mejor exprese el pensamiento formulado de forma novelal. Este era el método que Orwell siguió para escribir *Shooting an Elephant*¹⁴. Otro ejemplo es su ensayo sobre la guerra civil española *Looking back on the Spanish Civil War*, donde la frase inicial dice: *First of all the physical memories, the sounds, the smells and the surface of things*¹⁵.

Esta congruencia entre lo que Orwell pensaba sobre el lenguaje y lo que pensaba sobre la vida la encontramos a lo largo de todo el ensayo antes citado, *Politics and the English Language*.

La defensa de la lengua, dice, no tiene nada que ver con evitar los arcaísmos ni con el establecimiento de un inglés estandar ni con la corrección gramatical ni con la huída de los americanismos ni con poseer un buen estilo. Tampoco implica preferir palabras anglosajonas a las latinas, o convertir el inglés escrito en coloquial.

Para Orwell defender la lengua inglesa de los peligros de degradación que le amenazan es fundamentalmente *making one's meaning clear*, conservar la capacidad del lenguaje para expresar un pensamiento con claridad. *What is above all needed is to let the meaning choose the word, and not the other way about. In prose, the worst thing one can do with words is to surrender to them. When you think of a concrete object, you think wordlessly, and then, if you want to describe the thing you have been visualizing, you probably hunt about till find the exact words that seem to fit. When you think of something abstract you are more inclined to use words from the start, and unless you make a conscious effort to prevent it, the existing dialect will come rushing in and do the job for you, at the expense of blurring or even changing your meaning*¹⁶.

Cuando Orwell escribe sobre el uso del lenguaje está pensando en la prosa. Orwell creía que la tradición prosística tal como la conocemos hoy día era el producto de la Reforma Protestante y estaba ligada al pensamiento independiente e individual favorecido por la misma. La poesía podría expresar los sentimientos de todo un grupo, pero la buena prosa es una creación de la mente individual.

14 ORWELL, G.: *Collected Essays*, London, Secker & Warburg, 1961.

15 THOMAS, E.M.: Op. citatum, pág. 101-102.

16 ORWELL, G.: *The Collected Essays* (Vol. IV), London, Secker & Warburg, 1968, pág. 168.

La amenaza a este pensamiento independiente vino con la aparición de ideologías preelaboradas que se expresaban con frases prefabricadas que con el tiempo llegaron a corromper el lenguaje político. Nadie podía evitar totalmente esta jerga del lenguaje político, pensaba Orwell, ya que nos envuelve por todos los lados. Sí se pueden paliar sus efectos, como ya apuntó el Dr. Johnson¹⁷, haciendo un esfuerzo para elegir, que no simplemente aceptar, las frases que mejor expresen lo que uno quiere decir.

En su ensayo *Politics and the English language* nos da una serie de normas de uso en caso de que nos falle el instinto literario¹⁸: i) *Never use a metaphor, simile or other figure of speech which you are used to seeing in print*. Esta norma no es un simple aviso contra el uso de clichés; su preocupación no es la originalidad de la expresión, sino la expresión clara del pensamiento. Si usamos metáforas muertas que expresan claramente un significado, son tan aceptables como cualquier otra palabra.

ii) *Never use a long word where a short one will do. If it is possible to cut a word out, always cut it out*. Esta regla es una llamada a la concisión en la expresión. Hay que notar que Orwell no dió ejemplo de dicha concisión. Su estilo, aunque evita cuidadosamente las palabras decorativas, no es totalmente terso; está lleno de esas repeticiones que añaden claridad a la lengua hablada, pero que resultan redundantes en la lengua escrita.

*It seemed to me then —it seems to me now for that matter— that economic injustice will stop the moment we want it to stop, and no sooner, and if we genuinely want it to stop the method adopted hardly matters*¹⁹. En este párrafo vemos la innecesaria repetición del infinitivo *stop*. No hay duda de que su repetición da equilibrio y fuerza a la expresión, pero se trata de un equilibrio y una fuerza distinta a la conseguida por la consisión de un epigrama.

Esto nos lleva, por otro lado, a recalcar otra característica del estilo de Orwell: su estilo directo y conversacional. Dicho estilo directo y coloquial le es especialmente útil a Orwell en las polémicas en que interviene: le permite usar vulgarismos que son más viables que cualquier equivalente literario concebible. Cuando Orwell habla de *bum suckers* o *kiss the arse of* o *smelly little orthodoxies*, di-

17 BOLTON, W.F.: *The English Language*, Cambridge University Press, Cambridge, 1966, págs. 129-157.

18 ORWELL, G.: Op. cit. pág. 169.

19 ORWELL, G.: *The Road to Wigan Pier*, London, Penguin Books, 1936.

chos coloquialismos no desdican del tono general del ensayo. Esto le hace acercarse más al lector.

Este talante polémico que aporta un lenguaje fresco cotidiano y lleno de vida es lo que hace a Orwell tan fácilmente leíble. El lector disfruta del epíteto brillante o la sátira socarrona que socava las razones del adversario. Sobre la autobiografía de Dalí dice que es *a strip-tease act conducted in pink limelight* o aquello de *poetry on the air sounds like the Muses in striped trousers*.

Hay finalmente una característica del estilo de Orwell que ha dejado su huella en la prosa inglesa contemporánea: la que refleja la doble cara de su personalidad como escritor: la del activista político, por un lado, y la del observador imparcial, por otro. Orwell trata siempre de reconciliar su deseo de persuadir y mover a sus lectores en una determinada dirección con su respeto por la verdad y su sentido de la honradez. Comienza normalmente dando el golpe de gracia con toda la fuerza de que es capaz, y sólo entonces matiza su afirmación.

*If you look for the working classes in fiction and especially in English fiction, all you find is a hole. This statement needs qualifying*²⁰.

*A fact that strikes one when one looks below the surface of Dickens's books is that, as nineteenth-century novelists go, he is rather ignorant. He knows very little about the way things really happen. At first sight this statement looks flatly untrue and it needs some qualification*²¹.

Este esquema se repite a lo largo de toda la novela *Homage to Catalonia*, en que, tras muchas páginas de argumentos partidistas, se ve obligado a añadir: *In case I have not said this somewhere earlier in the book I will say it now: beware of my partisanship, my mistakes of fact and the distortion inevitably caused by my having seen only one corner of events. And beware of exactly the same things when you read any other books on this period of the Spanish war*²².

Orwell hace esta advertencia para formentar la mentalidad crí-

20. THOMAS, E.M.: Op. cit. pág. 108.

21. Ibidem.

22. ORWELL, G.: *Homage to Catalonia*, London, Secker & Warburg, 1951, pág. 247.

tica del lector. Orwell está convencido que sólo el pensamiento crítico puede impedir que los totalitarismos extiendan su control cada vez más férreo sobre los seres humanos. Jamás se impondrá el *Newspeak*, pero se observa, como advierte Anthony Burgess, especialmente entre las generaciones jóvenes, una disminución de la capacidad de pensar con coherencia, de emplear las palabras de una forma racional, una tendencia a emplear un léxico muy reducido. Si existe el peligro de que el Reino Unido o cualquier otro país dejen de ser una nación democrática, ese peligro, añade Anthony Burgess, se encuentra entre sus jóvenes ciudadanos que quieren apartarse de la comunidad y seguir cultos orientados a la abolición del pensamiento. Esto se puede evitar. Hay que estar en guardia. Es necesario que nos equipemos de una conciencia crítica más eficaz, según nos aconseja Orwell. La libertad es una obligación tan dolorosa que siempre habrá quienes prefieran abandonarla.

BIBLIOGRAFIA

- ATKINS, John, *George Orwell*, London, 1954.
 CRICK, B.: *George Orwell: a life*. Penguin Books. London, 1980, pág. 653.
 ORWELL, G.: *Animal Farm*, London, Secker & Warburg, 1945.
 ORWELL, G.: *1984*, London, Secker & Warburg, 1949.
 ORWELL, G.: *Homage to Catalonia*, London, Secker & Warburg, 1951.
 ORWELL, G.: *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell* (edited by Sonia Orwell and Ian Angus), London, Secker and Warburg, 1968. (Vol. I, II, III and IV).
 ORWELL, G.: *Critical Essays*, London, Secker and Warburg, 1951.
 REES, R.: *George Orwell. Fugitive from the camp of victory*, London, Secker and Warburg, 1961.
 THOMAS, E.M.: *Orwell*, Edimburgh, Oliver and Boyd, 1965.

APROXIMACIÓN LINGÜÍSTICA AL NEWSPEAK

M^a. Pilar NAVARRO ERRASTI

Newspeak es el vehículo lingüístico del sistema político descrito por Orwell en 1984. Con el tiempo —en 2050— llegaría a ser el único medio de expresión. Pero nadie mejor que su creador para definirlo:

“Newspeak was the official language of Oceania and had been devised to meet the ideological needs of Ingsoc or English socialism”.

Orwell, con su estilo típico, nos da en pocas palabras la definición de estos dos términos capitales *Newspeak* e *Ingsoc*. Definiciones éstas, que no tienen nada que envidiar al tipo de definiciones ofrecidas por cualquier diccionario conciso. Comparémoslas, por ejemplo, con otras elegidas al azar en un diccionario también elegido al azar:

Mans: Celtic language originally spoken in the Isle of Man.

Maoism: Belief in and practice of the principles of Mao Tse Tung.

Son ejemplos del *Longman Dictionary of Contemporary English*.

En la historia del Newspeak hay dos fechas importantes: 1984

y 2050. Pero es necesario recordar que en la novela existe un tercer tiempo que, si ya no es interesante para el Newspeak (utilizo ese *va* porque se trata de un tiempo en que el Newspeak se supone desaparecido sí que es interesante para juzgar la expresión lingüística de Orwell y a la que podremos eventualmente referirnos. Este tercer tiempo es el tiempo implícito de la narración. Es decir el tiempo en que se está denunciando la supuesta utopía. En otras palabras, el tiempo gramatical de la narración orweliana es normalmente el pasado simple, lo cual hace que no sólo 1984 sea un año que pertenece ya a la historia, sino que 2050 aparezca también como un tiempo pretérito.

1984 ← 2050 ← momento de la narración

Obviamente las referencias a períodos anteriores a 1984 son poco relevantes para nuestro propósito, excepto para recordar que, con anterioridad a esa fecha, existía una lengua *Oldspeak*, que sigue vigente en 1984, de manera especial en boca de los *proles* y que, por no sé qué milagro teolingüístico, vuelve a estar vigente en el tiempo implícito de la narración que como ya he señalado es posterior a 2050. *Oldspeak* es, como sabemos, el inglés standard y por tanto es anterior, simultáneo y posterior a la revolución —posterior, ya que es la lengua que utiliza Orwell para narrarnos estos hechos supuestamente preteritos.

El período en torno al año 1984 es el de la introducción paulatina de la nueva lengua. En esos momentos nadie la utiliza como único medio de expresión:

“In the year 1984 there was not as yet anyone who used Newspeak as his sole means of communication”¹.

aunque se iba incrementando el uso progresivo entre los miembros del partido:

“All Party members tending to use Newspeak words and grammatical constructions more and more in their everyday speech”².

Incluso se utilizaba para escribir los editoriales de *The Times*, si bien es verdad que, para ello, fuera necesario ser especialista:

1 La versión utilizada es la Harmondsworth, Penguin Books, impresión de 1980. Pág. 241.

2 Ibidem.

“The leading articles in *The Times* were written in it, but this was a *tour de force* which could only be carried out by a specialists”.

Y también servía para dar los comunicados oficiales. Valga este como ejemplo:

“Times 3.12.83 reporting bb dayorder doubleplusungood refs unpersons rewrite fullwise upsub antefiling”³.

que el mismo, Orwell traduce al Oldspeak como:

“The reporting of Big Brother’s Order for the Day in *The Times* of December 3rd. 1983 is extremely unsatisfactory and makes references to non-existent persons. Rewrite it in full and submit your draft to higher authority before filing”⁴.

El Newspeak empleado en este tiempo era una versión provisional recogida en las ediciones novena, décima del diccionario. Orwell puntualiza que en esta etapa existen todavía muchas palabras innecesarias y formas arcaicas:

“Contained many superfluous words and archaic formations which were due to be suppressed later”⁵.

El año 2050 resulta ser tan definitivo para el Newspeak como el año 1066 lo fuera para el inglés: 2050 era el año en que el Newspeak remplazaría definitivamente al Oldspeak tal como el francés había remplazado al inglés como consecuencia de la batalla de Hastings.

Por último, hete aquí que, un año de gracia indeterminado pero indudablemente posterior a 2050 Orwell escribe su novela en un Oldspeak mágicamente redivivo.

Con la denominación *The Principles of Newspeak* y en forma de apéndice a la novela el autor intenta ofrecer una sistematización de su invención lingüística atendiendo a dos aspectos que él llama gramática y vocabulario. En el siguiente esquema he tratado de visualizar de la manera más concisa y clara posible lo que Orwell considera las reglas gramaticales del Newspeak:

3 Idem. 39.

4 Ibidem.

5 Idem. 241.

	Preposit. ante-, post- up-	Antonyms	Amplifier	Intensifier	NOUN-VERB	Interchange- ability	Compar. Superla.
Plural	ante	un	double	plus	goodthink	s	
Verbal	ante			plus	goodthink	er	
Noun	post						
Past. P.P.	up-				goodthink	ed	
Gerund	post		double	plus	goodthink	ing	
Adject.					goodthink	full	er/est
Adverb.	up			plus	goodthink	wise	er/est

NEWSPEAK GRAMMAR I: *Grammatical Rules*

Como puede apreciarse las denominadas reglas gramaticales son, únicamente, reglas de formación de palabras. Existen, como puede verse, unas palabras de función ambivalente, que el mismo Orwell llama nombre-verbos: *knife, run, sugar, goodthink, sexcrime, duckspeak*, que, a su vez, sirven como base para la construcción de todas las demás formas. Es decir, son radicales a los que se irán adosando afijos. Este procedimiento de *afijación* es de dos tipos: la *sufijación* que cubre casos de inflexión, como los plurales, por cierto todos ellos regulares: *mans, oxes, lifes, etc.*... la formación de pasados y participios pasados, igualmente regulares en su totalidad: *goodthinked, speaked, taked, bellyfeeled, etc.*; procesos derivacionales, como la formación de adjetivos, por medio de la sufijación de *ful*: *goodthinkful, crimethinkful, bellyfeeful*, o la formación de adverbios utilizando para ello el sufijo *wise*: *goodthinkwise, crimethinkwise, bellyfeelwise, etc.* El otro procedimiento de afijación empleado es la prefijación y Orwell la utiliza para la formación de antónimos por medio de *un-*: *ungoodthink, unbellyfeeful, ungoodsexwise, etc.*, y para intensificar y ampliar los significados de todas las piezas léxicas: *pluscold, doublespluscold*, cuyo significado, tal como el autor precisa sería "very cold" y "superlatively cold". También este mismo procedimiento de prefijación serviría para componer palabras por medio de la adición de preposiciones como *post-, up-, etc.* que asimismo modificarían el significado original de los radicales. En el cuadro he querido visualizar por una parte—en vertical— los sufijos, que son excluyentes, es decir, la presencia de

uno elimina la posibilidad de que aparezca otro —excepción hecha de los comparativos superlativos que por eso ocupan cuadro aparte—, y por otro lado, en ordenación horizontal, he querido reflejar la existencia de los prefijos que no es excluyente sino opcionalmente cumulativa, excepción hecha en este caso de las preposiciones que se excluirían entre sí, aunque no en relación con los otros prefijos.

Podríamos descender a otros rasgos de la nueva lengua pero no por ello abundaríamos en la elaboración o sofisticación de su gramática, ya que, como veremos más adelante, lo que Orwell persigue es la sencillez formal.

He denominado *Grammatical Marks*, tratando de ser fiel a la terminología orwelliana, a lo que podrían ser grandes principios o propiedades fundamentales de la gramática: *intercambiabilidad y regularidad*:

- A. *Interchangeability* between different parts of speech: any word in the language could be used either as verb, noun, adjective, or adverb.
- B. The second distinguishing mark of Newspeak grammar was its regularity.

NEWSPEAK GRAMMAR II: *Grammatical Marks*

No voy a extenderme sobre ellas ahora ya que indirectamente ya han sido presentadas al hablar de las reglas de formación de palabras y volveran a ser tratadas más adelante al ser abordadas desde un punto de vista crítico.

El *vocabulario*, el otro gran componente del Newspeak, presenta mayores complicaciones. Estas no son debidas a complejidades formales sino a las implicaciones que subyacen a los principios que rigen la peculiar técnica de selección de sus componentes conceptuales. Recordemos las tres partes en que el autor divide el nuevo léxico; el tipo de palabras que pertenecen a cada grupo viene recogido en el siguiente cuadro, donde también he tratado de exponer, con claridad y de la manera más breve posible, los rasgos que caracterizan a cada uno de estos conjuntos:

The A Vocabulary: Words needed for the business of everyday life.

- Features: —From Oldspeak.
—Fewer in number. Removal of total or partial synonyms.
—Meanings more rigidly defined.

hit, run, dog, tree, sugar, house, field, speed, etc.

The B Vocabulary: Verbal shorthand; telescoped words, deliberately constructed for political uses. Consisting of two or more words or portions of words, welded together in an easily pronounceable form.

- Features: —Had in each case a political implication.
 —Intended to impose a desirable mental attitude upon the person using them.
 —Necessary understanding of the principles of Ingsoc to use these words correctly.

Ingsoc, sexcrime, goodsex, goodthink, oldthing, bellyfeel, crimethink, thinkpol, duckspeak, recdep, ficdep, teledep, prolefeed.

Euphemisms: *joycamp, minipax, miniluv, minitruer.*

The C Vocabulary: Scientific and technical terms. Words constructed from words of today's words.

- Features: —Rigidly defined and stripped of undesirable meanings.
 —They had no currency in everyday or political speech.
 —They were given in short lists according to particular uses.
 —Only a few were common to all lists.

Word *Science* substituted by *ingsoc*.

NEWSPEAK GRAMMAR III: *Vocabulary*

Una característica presente en los tres tipos de vocabulario es el número reducido de piezas léxicas. En el primer apartado he utilizado *fewer*, queriendo implicar con ese comparativo su inferioridad numérica en relación con el inglés standard. En el vocabulario de uso doméstico, cotidiano, todos aquellos términos que fueran total o parcialmente sinónimos, son eliminados, dejando una sola palabra para etiquetar lo que podríamos denominar *concepto básico*. Utilizando el ejemplo orwelliano *cuchillo (knife)* sería el *nombre-verbo* único representante de todo el espectro conceptual relacionado con *cortar* y los instrumentos idóneos para realizar tales acciones. Y conviene recordar que junto con el término que encierra toda la gama de sinónimos, se crearía el antónimo —por medio de la adición de prefijo *un-*— con un campo semántico de amplitud equivalente. Otra característica presente en los tres tipos de vocabulario es que el significado de cada pieza léxica debería estar estrictamente definido. Por último señalemos la rígida regularidad paradigmática sólo menoscabada en el primer grupo por la permanencia de algunas palabras irregulares como:

“Pronouns, relatives, the demonstrative adjectives and the auxiliary verbs”⁶.

El vocabulario de tipo B es sin duda el de mayor libertad formal. Orwell la llama etimológica:

The B words were not constructed on any etymological plan”⁷.

Es el vocabulario político ideado, por supuesto, por *Big Brother* al servicio de su partido. Todas las palabras son compuestas de dos o más componentes —palabras o partes de palabras— que encierran conceptos relacionados con la política pero siempre libres de otras connotaciones. En realidad Orwell prefiere y postula formas reducidas de palabras —*teledep* en vez de *Tele-programmes Department*— para construir las piezas léxicas considerando que esta brevedad impide la posible aparición de connotaciones:

“Telescoped words and phrases had been one of the characteristic features of political language ... in Newspeak it was used with a conscious purpose. It was perceived that in thus abbreviating a name one narrowed and subtly altered its meaning, by cutting out most of the associations that would otherwise cling to it. The words *Communist International*, for instance, call up a composite picture of universal human brotherhood, red flags, barricades, Karl Marx, and the Paris Commune. The word *Comintern*, on the other hand, suggests merely a tightly-knit organization and a well defined body of doctrine. It refers to something almost as easily recognized, and as limited in purpose, as a chair or a table”⁸.

El autor postula asimismo un conocimiento completo de los principios del Ingsoc para entender estas nuevas palabras ya que cada uno de los conceptos en ellas encerrados está relacionado con un aspecto concreto de la revolución.

Por último el vocabulario de tipo C sería suplementario a los otros dos. Con características generales similares: número muy reducido de palabras y significados rigidamente definidos. Se trata de un vocabulario científico y técnico para uso de profesionales, con la peculiaridad de que sólo sería conocido por aquellos que lo necesitaran para el desarrollo de sus oficios y profesiones. La palabra suprema en este grupo es, sin duda, *ingsoc* que había incluso suplantado al término *ciencia*:

6 Idem. 244.

7 Idem. 245.

8 Idem. 248.

"There was, indeed, no word for Science. Any meaning that it could possibly bear being already sufficiently covered by the word *Ingsoc*"⁹.

Por último la fonología del Newspeak podría estar resumida en esa regla primera que exhibe la eufonía como principio básico al servicio de la revolución y por una segunda regla que trata de reflejar el uso múltiple de los acentos:

- A. For rapid and easy speech... for the sake of *euphony* phonetic irregularity was allowed.
- B. Words with two or three syllables, with the stress distributed equally between the first syllable and the last.

NEWSPEAK GRAMMAR IV: *Phonology*

Con el fin de facilitar el enfoque crítico he tratado de dar una visión de lo que sería la gramática del Newspeak ordenando sus elementos en torno a la clasificación típica de los componentes gramaticales: morfología léxica y fonología. Nuestra atención se centra automáticamente en la gran ausente, la sintaxis. En efecto, a Orwell se le paso por alto esta parte importante de la gramática de su nueva lengua. Sin embargo, esta omisión, si no justificable, tiene un atenuante poderoso: el Newspeak es claramente una lengua en la que la unidad fundamental es la palabra, tanto por el énfasis y cuidado puestos en su elaboración como por la parte proporcional del peso del idioma que descansa sobre cada pieza léxica. Por ello es normal que el componente morfológico sea el que requiera mayor atención, en detrimento del componente sintáctico. Y esto que es un proceso lingüístico real se produce en Orwell de forma natural: así, cuando habla de las dos *distinguishing mark(s) of the Newspeak Grammar*, está hablando de dos rasgos de la morfología del Newspeak. La *regularidad* es la regularidad en la formación de las palabras. Lo que él denomina *intercambiabilidad* no es tal sino que se trata de la sistemática utilización de radicales para la formación de palabras pertenecientes a otras clases: *think, thinker, thinking, thinked, thoughtful, thinkwise*. De igual manera, cuando al comienzo del apéndice señala: *All Party members tending to use Newspeak words and grammatical constructions more and more in their every day speech*¹⁰ todo hace pensar que estas *grammatical construc-*

9 Idem. 249.

10 Idem. 238.

tions, son las construcciones morfológicas que a continuación va a explicar detalladamente y que yo he querido recoger en el primer cuadro. Es indudable que la gramática no es el fuerte de Orwell, aunque tampoco intente disimularlo. La importancia que da a las elaboraciones morfológicas surge en él espontáneamente como resultado de otro proceso: las elaboraciones conceptuales.

Me gustaría poder calificar la gramática del *Newspeak* de *ingenua y primitiva*, sin que se malinterpretara. Es decir, en mi opinión son estos adjetivos desprovistos de connotaciones peyorativas los que mejor resumen las virtudes del *Newspeak* a nivel formal. Me explicaré: La regularidad de las construcciones morfológicas responden, como sabemos, a hechos lingüísticos bien definidos como son los principios de unidad paradigmática y derivacional de los que todas las lenguas hacen uso, más o menos extensivo, en busca de la economía de expresión. En este sentido, las irregularidades que presentan los distintos idiomas son, normalmente, resultado de influencias o sucesos filológicos accidentales y que, en general, redundan en enriquecimiento y sofisticación morfológica. Ocurre curiosamente que, en los primeros estadios de actividad lingüística, los niños no asimilan estas complicaciones léxicas y elaboran todas sus construcciones siguiendo la más estricta regularidad gramatical:

"*Spoked, thinked, mans, womans, cabo, andé, dorme, sabió*".

Y es esta deliciosa sencillez la que Orwell quiere implantar en su lengua y que a mí me gustaría denominar *ingenuidad formal*.

Por otra parte al calificar de *primitiva* a esta jerga política, quiero hacer referencia a su entronque con la esencia anglosajona. Recordemos que una de las características del inglés antiguo, debida a su origen germánico, es la gran utilización de los recursos propios para la formación de nuevas palabras, frente a una cierta oposición natural a los préstamos; esto cristaliza no sólo en el uso frecuente de prefijos y sufijos sino también el fértil procedimiento de formación de palabras compuestas. Pues bien, como ya he señalado, estos son los dos recursos lingüísticos utilizados por Orwell para la construcción de las nuevas palabras: el primero queda expuesto en el cuadro que visualiza las supuestas reglas gramaticales. En el vocabulario B (cuadro tercero) destaco entre los rasgos que caracterizan este tipo de vocabulario, que es sin duda el favorito del autor, el procedimiento de composición como rasgo intrínseco a todas las palabras que conforman este grupo. Pero, además, pienso que esto

no es un hecho fortuito, el autor utiliza intencionadamente afijos anglosajones -ful, -wise, un-. Recordemos aquí su aversión a las palabras latinas por imprecisas. En el ensayo "Politics and the English Language" así lo manifiesta:

"A mass of Latin words falls upon the fact like soft snow, blurring the outlines and covering up all the details".

Podría hacerse la crítica gramatical mucho más extensa, pero dada la necesaria brevedad de este estudio prefiero terminar con una visión más amplia, más puramente lingüística del fenómeno Newspeak. Orwell es consciente de la interacción lenguaje pensamiento:

"It (la lengua) becomes ugly and inaccurate because our thoughts are foolish, but the slowness of our language makes it easier for us to have foolish thoughts".
The point is that o the process is reversible.

señala en el artículo antes citado. Y este fenómeno de interacción, normalmente conocido como *relatividad lingüística* aparece claramente en la concepción básica del Newspeak. Más aún, Orwell en la más pura línea Whorf-Sapiriana hace que unos cuantos hombres trabajen intensamente en la elaboración de una lengua que ha de condicionar la percepción y el conocimiento de la realidad. Una vez elaborada la lengua con la precisión del orfebre, todos sus usuarios alcanzaran la uniformidad de pensamiento postulada por el partido. Una de las características del Newspeak es el escaso número de vocablos, número que sigue disminuyendo conforme la lengua se aproxima a su perfección. Syme, uno de los orfebres del Newspeak comenta a Winston Smith:

Do you know that Newspeak is the only language in the world whose vocabulary gets smaller every year?¹¹

Orwell lo expone claramente por medio de Syme:

"Don't you see that the whole aim of Newspeak is to narrow the range of thought? In the end we shall make thoughtcrime literally impossible, because there will be no words to express it. Every concept that can ever be needed, will be expressed by exactly *one* word, with its meaning rigidly defined and all its subsidiary meanings rubbed out and forgotten".¹²

11 Idem. 45.

12 Ibidem.

El lenguaje manipulará el pensamiento y la realidad tal como O'Brien trata de hacer con Smith, pero en esta ocasión dulcemente, sin torturas. No habrá thoughtcrime —thinkcrime en Newspeak— porque no habrá posibilidad de pensar en aquello que no es ortodoxo —ungoodthinkful—. No habrá sexcrime porque las palabras amor o sentimiento, si todavía existen estarán despojadas de aquellas connotaciones vetadas por el partido. Y por supuesto no habrá Winston Smiths —el último hombre en Europa, como su creador quiso llamarlo— porque la nueva lengua lo impedirá.

GENERACIONES Y SEXOS EN ORWELL

M^a. Ángeles LÓPEZ JIMÉNEZ

Son muchas las perspectivas que pueden tomarse cuando se tiene interés en el pensamiento de Orwell, en sus reflexiones sobre el mundo en el que vive. Aquella que elijo parte del propio sujeto pensante y actuante. Sujeto que vive en una época determinada, participa en un proceso específico de adiestramiento y comparte por ello con sus semejantes una concepción de la vida. La comparte porque crea un pensamiento que es patrimonio de una generación y que lo es en tanto en cuanto pueden detectarse actitudes y comportamientos diferenciales según las edades y los sexos de aquellos protagonistas que viven los mismos acontecimientos, reaccionando ante ellos de manera específica.

Ortega decía, haciéndose eco de toda una corriente de análisis histórico social, que para entender el pensamiento de una época, había que comprender la ecuación dinámica de los sexos y las generaciones. Y lo decía a propósito de la juvenilización de la sociedad advertida a partir del momento en que un grupo de edad crea unas formas de ver y vivir la vida específicas, fruto de la larga convivencia con sus compañeros de edad y con cierto distanciamiento de generaciones anteriores o posteriores a sí mismos.

Este grupo de edad, los jóvenes, aparecen en la historia con un status propio a partir de la revolución industrial. A raíz de los grandes cambios en las condiciones de vida que los descubrimientos tecnológicos acarrearón, se consiguió, entre otras cosas, alargar la edad promedio de vida y con ello las expectativas humanas de existencia, que revolucionaron la concepción total del hombre.

Uno de los frutos de este cambio fue la educación obligatoria para los niños, la prohibición de trabajar a edades tempranas, la extensión del período formativo, la adolescencia forzosa que facilita al grupo de iguales la observación convivencial de su entorno, la interpretación conjunta del mismo. Los jóvenes, que gozan de su compañía, comienzan a discutir (o cuestionar) el mundo en el que viven. Los conflictos que generaron las revoluciones occidentales desde el siglo XVIII mezclan la lucha de clases con las tensiones generacionales. Había una base seria para el disentimiento: la caducidad de un sistema de autoridad político y familiar que obstaculizaba el ejercicio de unos derechos ligados al trabajo industrial y a la independencia económica de la empresa familiar. No hay que olvidar que con el desarrollo del capitalismo se produce una transformación sustancial de las instituciones encargadas de reproducir la organización social. El aprendizaje laboral comienza a salir de las fábricas, deja de ser patrimonio de la familia a la vez que la participación política plantea una nueva interrelación entre el joven y la sociedad. Pero centrémonos en el siglo XX que es cuando este alcanza mayor protagonismo.

El período previo a la primera guerra mundial, caracterizado por el desarrollo imperialista del capitalismo, ve surgir un movimiento de jóvenes escapados del hogar familiar, evadiéndose de una organización social tecnocrática y poco propicia al libre ejercicio de los deseos personales¹.

A partir de la revolución de octubre muchos jóvenes europeos quieren configurar un nuevo mundo desde sus cimientos. Es la época del compromiso político y de la fe en los logros alcanzables por el esfuerzo voluntarista. Época que contrasta con la protagonizada por la juventud europea posterior a la segunda guerra mundial, en la que la decepción con los valores sociales dominantes se tra-

¹ Expresionistas, surrealistas y futuristas de la época rechazan con su arte el mundo de sus padres y muestran así su repulsa a la autoridad social que impone tan compleja y burocratizada acción de las instituciones y por tanto de la sociedad civil.

duce en apatía desengañada, opacidad del protagonismo social y político, escepticismo ante las grandes palabras y repliegue en la vida privada. Schelski llamó a los jóvenes alemanes de la postguerra, "los jóvenes escépticos" precisamente por su decepción con la concepción de la vida que había dado lugar a la destrucción social. Estos jóvenes se caracterizaban más por su disposición a vivir la realidad cotidiana de su familia y de su trabajo que a interesarse por la vida social y política más amplia. Son los jóvenes de lo positivo, más que de las grandes frases y los grandes sentimientos. Se inclinan a un sobrio "idealismo de la utilidad"².

Aranguren explica como el derrumbamiento del mundo anterior, su pérdida de sentido dió lugar a sentimientos de angustia, de náusea y desesperación. Estos sentimientos cristalizaron en el existencialismo y muy pronto pasaron a un realismo caracterizado por el interés en los hechos más que en las palabras, en la técnica más que en la teoría, en la acción más que en la especulación³. Actitud positiva que continua vigente en la juventud contemporánea y que impregna el mundo de lo religioso, de lo político, de la amistad y del amor.

En América, la generación de la postguerra, de los años cincuenta, se bautizó a sí misma como la Beat Generation, definiéndose por las sensaciones experimentadas: abatimiento, depresión, vacío interior, tribulación. Los Beatniks americanos fueron secundados por los Angry Young Men ingleses, mientras en Japón, desde antes de su aparición luchaban ya los estudiantes y los policías en las calles. Eran épocas de gobiernos conservadores⁴ y de juventudes silenciosas, que aceptaban el Estado, la organización y vivían en prosperidad. Parecían apáticos y aburridos y contribuyeron al anuncio de Daniel Bell: el fin de la ideología⁵.

Sin embargo, o como contraste, Beatniks y Angry Young Men comenzaron un movimiento intelectual que se distinguía por la ruptura con los convencionalismos y disposición a decisiones e inspiraciones súbitas. Despreciaban las carreras y los trabajos burocrá-

² En frase de Schelski citada por J.L. ARANGUREN: *La juventud europea y otros ensayos*. Ed. Seix-Barral, Barcelona 1962, pág. 21.

³ José Luis ARANGUREN: *Bajo el signo de la juventud*. Aula Abierta Salvat editores. Madrid 82, págs. 16 y 17.

⁴ Eisenhower gobernaba en América, los laboristas y los conservadores se alternaban en el gobierno inglés. Eden, Churchill, Mc. Millan.

ticos, la sociedad burguesa en general, identificando burguesía con hipocresía⁵.

A la violencia de estos jóvenes, que defendían una vida literaria de la improvisación del lenguaje y la narración, que gritaban contra la civilización absurda, se contraponía la violencia de las pandillas dedicadas al vandalismo callejero como autoafirmación del grupo; sin otro sentido que el desfogue de energía, sin ninguna proyección social en sus miras.

Inconformistas así surgieron en casi toda Europa y en América. Comenzaron los *halbstarken-kravalle* en Berlín occidental (1955), luego aparecieron los *teddy-boys* ingleses (1956) y los *skunafolke* suecos. Siguió por otros países europeos los *hooligans* polacos, los *stiliague* rusos, los *anderupen* daneses, los *nozem* holandeses, los *teppisti* y *vitelloni* italianos, los *tricheurs* y los *blousons noirs* franceses (1959), los *gamberros* celtibéricos. En América los *hell's angels* mostraban un rostro similar, violento, inmoral, desilusionado⁶.

Artistas y bandas juveniles son dos grupos que presentan reacciones extremas de hastío ante una vida sin grandes proyectos. Y que cansa además porque la reclusión en el mundo de las relaciones primarias, de la vida privada tampoco tiene demasiado margen para la libre expresión de lo íntimo. En realidad la sobreorganización de todas las esferas de la vida no deja demasiado sitio a la iniciativa personal⁷.

El rechazo al autoritarismo y a la jerarquía se expresará en exigencias de participación que se concentrarán más en el ámbito familiar y escolar, pero se extenderán a todos los demás. Mendel habla del acuerdo entre padres y maestros para disciplinar al niño, disciplina y sistema de exámenes que intentarán domesticarle dentro de un orden establecido⁸. De aquí que el niño se rebelde contra unos y otros, en su rechazo al autoritarismo y a sus modos de proceder. El joven utilizó como contrapartida la estrategia de la autonomía e incluso independencia de su hogar. Trató de viajar, de conocer otros países y situaciones, de mantenerse a sí mismo realizando tra-

5 Klaus MENNHERT. *La rebelión de la juventud*. Ed. Noguer. Barcelona, 1978, pág. 316.

6 Jean MONOD: *Los Barjots*. Ensayo Seix-Barral, Barcelona, 1970, pág. 16.

7 J.L. ARANGUREN, op. cit. pág. 24.

8 Gerard MENDEL: *La rebelión contra el padre*. Ed. Península, 2ª ED. Barcelona 1975, pág. 148.

bajos parciales y temporales. Así se popularizaron el auto stop, los trabajos de estudiantes, la vida de grupo en los pisos alquilados, la participación en programas voluntarios de alfabetización de adultos en países del tercer mundo.

De esta manera el joven compartía momentos de su vida con otras gentes, adquiriendo una sensibilidad nueva ante las injusticias sociales presentes en su mundo de prosperidad. Además de acortar las distancias entre él y gentes diferentes a él, todo ello despertó su interés en los problemas sociales, en las acciones comprometidas con los demás. El desarrollo de las ciencias sociales en estos años contribuyó también al interés de los estudiantes por los marginados del mundo urbano: las minorías étnicas en América, la mujer discriminada de todos los países, los pobres de los suburbios, particularmente los de los suburbios de emigrantes. Y por los marginados del mundo de las relaciones internacionales: las víctimas de las guerras imperialistas (Vietnam adquirirá más tarde el máximo protagonismo) los habitantes de los países periféricos o subdesarrollados (explotados en sus recursos humanos y naturales).

En contacto con estas situaciones y experiencias se establecieron núcleos de protesta que en sus inicios compartían la calle y los espacios en los medios de comunicación social con las bandas juveniles de los rebeldes sin causa, constituyéndose posteriormente en líderes universales de los jóvenes, con la extensión del movimiento de protesta de los años sesenta.

La década prodigiosa de los sesenta se caracterizó por la rebelión masiva contra la autoridad: padres, patronos, prefectos, profesores, policías y pontífices de toda organización⁹.

Los jóvenes creen entonces que ellos pueden realizar la revolución por sí mismos: socio-económica, política, pero sobre todo cultural. Son los herederos del bienestar, del pleno empleo, de la creciente capacidad adquisitiva, quienes muestran una mayor capacidad expresiva. La protesta será estudiantil. Berkeley y la Sorbona serán los puntos más sobresalientes, pero no sólo ellos, de la lucha contra el gran poder social. Gerard Mendel¹⁰ y Klaus Mehnert¹¹, aluden a más de cincuenta países que según un informe de la ONU

9 Amando de MIGUEL: *Los narcisos*. El radicalismo cultural de los jóvenes. Ed. Kairós. Barcelona 1979, pág. 35.

10 Gerard MENDEL: *La crisis de las generaciones*. Ed. Península. Barcelona 1972, págs. 176 y ss.

11 MEHNERT, K., op. cit. pág. 167.

de 1968, se vieron sacudidos por movimientos colectivos y violentos simultáneos. El contexto socio-político y económico es distinto. La revolución industrial y consiguiente pérdida de valor de todo lo que no contribuye al desarrollo eficaz del nuevo orden industrial les es común. Por ello que las causas locales sirven de detonador de una cierta tensión colectiva, producida en todos ellos, por la opresión de la ley de hierro de la rentabilidad por encima de todo. La rebelión, que no revolución (en palabras de Tierno Galvan) es contra la atomización y maquinización del hombre, contra la dominación imperialista. Y lo que se reivindica es la imaginación, la creatividad, la libertad individual y colectiva.

Yankelovich¹² estudiando a los jóvenes americanos académicos y no académicos de esta época encuentra una generalización creciente de un conjunto de valores que guían las conductas hacia un mayor énfasis en el goce personal. Ello implica una mayor preocupación consigo mismos que requiere la primacía de lo que autosatisface en cuestiones sexuales y relaciones en general, en el trabajo y en el compromiso social y político.

Los criterios de rentabilidad y eficacia son aplicados al logro de un mundo social interesante y digno de vivirse. Son años de prosperidad económica y de llamadas al consumo sin límites de los bienes resultantes del gran milagro económico de la época. Y de alguna manera este sistema de la opulencia, que en opinión de Marcuse "esteriliza y anula la necesidad biológica de cambio" produjo en los jóvenes el efecto contrario: reivindicaban el goce del consumo para todos, la desaparición de las distancias sociales, la búsqueda de la felicidad sin límites.

Las llamadas que Marcuse hacía a los jóvenes para tomar la vida como un fin en sí misma, para vivirla "sin temor, sin brutalidad y sin imbecilidad"¹³ fueron voceadas a través de los eslóganes de mayo del 68:

- El derecho de vivir no se mendiga se toma. Nanterre.
- Los que tienen miedo estarán con nosotros si nos mantenemos firmes. Facultad de Medicina.
- Cambiar la vida, transformar la sociedad. Ciudad Universitaria.
- Un policía duerme en cada uno de nosotros, es necesario matarlo. Censier.

¹² D. YANKELOVICH, op. cit. pág. 15 y ss.

¹³ Herbert MARCUSE: *La sociedad carnívora*. Galerna. Buenos Aires, 1969, pág. 21.

— Creatividad, espontaneidad, vida. Censier¹⁴.

La rebelión de los sesenta fue violenta porque se respondía a la violencia tratando de utilizar los mismos argumentos. Las formas más visibles de la violencia fueron las luchas en la calle entre estudiantes y policías, comunes a los países industrializados. Las guerrillas urbanas latino-americanas fueron la expresión más organizada del mismo fenómeno: el hombre primitivo luchando contra la organización, los adolescentes contra el poder social, los representantes de los oprimidos contra el poder social, los representantes de los oprimidos contra los representantes de los opresores. Se había llegado a considerar la violencia como valor vital, como medio de testimoniar las propias convicciones heroicamente, incluso con la propia vida.

Las estrategias de la acción cambiaron en los años setenta, porque se descubrió la inutilidad de los ataques frontales al gran poder social. Los jóvenes vuelven entonces a la revolución cultural de la vida cotidiana, a la acción directa sobre el entorno más cercano.

Si antes se intentó una macro revolución, señala Aranguren, ahora se desea una mini-revolución que penetre desde abajo en la sociedad entera, en los usos y en las instituciones¹⁵. Es la época de las alternativas concretas. En el plano económico se opone la autogestión al capitalismo privado y multinacional. En el plano político se oponen las autonomías regionales y locales al poder estatal.

En el plano civil las iniciativas personales buscan medios de interrelación informal en repulsa de la burocratización de todas las esferas. La unión de la pareja por acuerdo mutuo trata de ser una alternativa válida a la institucionalización matrimonial. Al fondo de las nuevas actitudes hay una resignación ante la fortaleza y el poder del establishment y algo más. Se viven ya las secuelas de una nueva crisis del capitalismo occidental, fundamentalmente el paro y la inflación.

El paro, que lo es más para los jóvenes, obliga a los padres a hacerse cargo de sus hijos sin trabajo. Ellos son el único recurso sustancial a largo plazo porque el estado sólo ofrece ayudas temporales. Además los padres de los setenta han interiorizado más valores de permisividad social que les impiden reaccionar ante sus hi-

¹⁴ Mario PELLEGRINI. Recopilación, versión y notas sobre la imaginación al poder. Ed. Argonauta 3ª edic. Barcelona 1979, págs. 77 y ss.

¹⁵ J.L. ARANGUREN: *Bajo el signo de la juventud*. Aula Abierta Salvat. Madrid 1981.

jos de otra manera. Ellos mismos pertenecen a la generación juvenil que se rebeló contra el autoritarismo paterno y contra el trabajo sin estímulos.

Adquirieron entonces conciencia de que la autoridad se legitima por el sentido común con que se ejerce y es así como la plasman en su hogar. Intentan lograr para sus hijos unos cauces de autorrealización más amplios que los que ellos pudieron alcanzar. En consecuencia no fuerzan a sus hijos a una búsqueda sin fin de un trabajo que no les sea gratificante (salvo en casos minoritarios). Los criterios de rentabilidad y eficacia se aplican ahora al goce, al placer, al divertimento y la buena vida como valores primordiales. La austeridad, la renuncia, el sacrificio por el ahorro se ven como flagelaciones inútiles. El sistema económico y social los provee suficientemente para ir encima a buscarlos. Así lo ven los hijos y los padres comprenden sus sentimientos.

Los finales de los setenta y comienzos de los ochenta presentan una agudización de la crisis económica. Crecen el paro y la inflación. La prosperidad parece acabarse y la escala de armamentos, las consiguientes tensiones de poder entre las grandes potencias amenazan la paz y hacen temer una guerra sin retorno. De hecho la guerra y la violencia internacional han entrado en acción y no sólo ponen en tensión a Rusia y E.E.U.U. sino que se desarrolla en todo tipo de escenarios: Oriente Medio y Próximo Oriente, el Atlántico Sur, el Continente Africano. La implantación de dictaduras militares sangrientas en Latinoamérica, la inestabilidad política de las excolonias europeas en África y los consiguientes golpes de estado producen el desaliento.

El sentimiento de impotencia de los jóvenes se refuerza. Son los primeros en sufrir el paro cuando no hay trabajo y en llevar las armas cuando hay guerra¹⁶.

A la desenfrenada pasión de poder de políticos, militares y hombres de empresa, a las amenazas de guerra mundial, responden con una filosofía de vivir al día. Al escepticismo de la postguerra anterior se añade un pragmatismo hedonista. Divertirse, evadirse de lo monótono y desagradable, de la manipulación de políticos y educadores, serán sus principales objetivos. Es la época de la desmovilización política y de la tímida aún pero importante reivindicación de

16 J. TORREGROSA PERIS: *La juventud española*. Ed. Airel. Barcelona, 1972, pág. 17.

las ciudades para el encuentro ocioso de los ciudadanos, que los gobiernos municipales de izquierda (de vuelta ya de las elucubraciones teóricas tan criticadas por los jóvenes) están ayudando a desarrollar.

Los jóvenes insisten en la calidad de vida y en consumir todo aquello que creen que la aumenta, oscilando entre el consumo indiscriminado y su repulsa, entre la manipulación y las reacciones libertarias, entre la libre elección y la claudicación a la sugestión-engaño publicitario.

A los hell's-angels les sustituye sábado noche. La salida semanal del engranaje ya no es agresiva y violenta hacia los demás. Menhert ve a los jóvenes más bien agresivos consigo mismos, domados para la música y el consumo¹⁷. De Miguel hablará de los pasotas "pasar de todo significa la muerte de Jesucristo, Marx, Einstein y la de Freud, es decir el abandono de la religión, la política, la ciencia y la conciencia¹⁸. El pasotismo es la culminación del proceso por el que se pierde el sentido de la cosa pública y el encuentro del yo se convierte en el objetivo centralísimo de la vida¹⁹. El joven hoy ha absorbido los principios de una mentalidad empresarial y los aplica a su vida, con pragmatismo y sutileza.

Rasgos intuídos de esta evolución juvenil en las formas de situarse ante la sociedad, el estado y su poder de controlar a los ciudadanos pueden detectarse en Orwell 1984.

En esta obra aparece una generalizada forma de relación entre el individuo y el estado, que adquiere características particulares para tres grupos de edad representativos de tres generaciones distintas. Características diferentes además para los dos sexos.

Desde este punto de vista observo a cuatro actores sociales que a grandes líneas reflejan tres aproximaciones históricas a un mismo fenómeno de control social. Sus experiencias socializadoras cambian y con ello varía su asimilación al sistema.

Aparece en primer lugar Winston Smith, el protagonista, hombre de 39 años nacido en la etapa previa al triunfo de la revolución que dicta ahora el bien y el mal sin apelación posible. En lugar secundario Julia, mujer, de 27 años de edad, nacida dentro de la dictadura plenamente establecida, aunque ha mantenido en su primera infancia contactos con gentes que vivieron en un pasado distin-

17 K. MENHERT, op. cit., pág. 37.

18 Armando de MIGUEL, op. cit. pág. 83 y ss.

19 Armando de MIGUEL, Op. cit. pág. 83 y ss.

to, del que le transmitieron algunos de sus recuerdos. Como telón de fondo se encuentran dos niños, de 9 y 7 años y de ambos sexos, totalmente socializados en el régimen, que no manifiestan ningún contacto con nada que no sea su propio presente, desconocedores de toda realidad distinta a la presentada diariamente por el partido, con un pensamiento compartido sin distinción de sexo.

Tres generaciones que a grandes trazos representan: lo que fueron los jóvenes escépticos de la postguerra: Winston. Los hedonistas de los años setenta: Julia. Los domesticados de los ochenta: los niños.

Ninguno de ellos es fiel trasunto de una época, a excepción de Winston en todo caso, pero sí resaltan a modo premonitorio algunas de las corrientes juveniles posteriores a la época orwelliana, denotadoras de realidades cambiantes y de diferentes posiciones vitales ante las mismas.

Winston y Julia, el hombre y la mujer, inmersos en el mismo mundo pero con referencias culturales y sociales tempranas distintas, van a manifestar, a través de una experiencia compartida, una concepción de vida radicalmente diferente, aunque realicen metódicamente los mismos ritos. Una concepción de vida que se manifiesta en el mundo de los sentimientos y de las actitudes fundamentales, ocultas bajo la expresión de complacencia que les es impuesta. Va a ser así, en la confianza de sus mutuos deseos, sentires y pareceres, donde ambos van a descubrir sus diferentes filosofías, las que reflejan el pensamiento de dos generaciones consecutivas: una la propia de Orwell y de quienes viven la guerra, una triste guerra de final desgraciado, que alumbró una juventud atónita ante el resultado destructor de los valores sociales dominantes. Atónita ante el dominio del estado ejercido sobre un individuo que ha sacrificado su libertad, su creatividad, su vida personal, a la seguridad, la eficacia, el proteccionismo de una organización burocrática tan impersonal como avasalladora.

La otra, y aquí es donde Orwell intuye y advierte, la de una generación posterior (que podemos ver nosotros como la de los años setenta) que protagoniza una nueva moral; la de hacer de la necesidad virtud, de disfrutar de los goces elementales del sexo, de la naturaleza, de las relaciones intimistas, de la libertad del propio sentir y pensar.

Si la primera (Winston) es una generación pesimista, la segunda (Julia) manifiesta un optimismo pragmático. Aquella anhela un mundo mejor. Esta se convence de que no hay más mundo que es-

te, de que no hay más escapatoria que la individual, de que no hay más salvación que la propia.

Aquella (Winston) se rebela aún ante la desaparición de la privacidad subsumida en el dominio del estado. Esta (Julia) busca los resquicios privados que escapan al control de aquel, aprende a esquivar dicho control, a jugar con él, con habilidad que garantice la prolongación del juego. Aquella (Winston) aspira a cambiar el futuro. Esta (Julia) presiente que su poder se limita a sobrevivir el presente y a esta tarea se dedica. A ambas las une el rechazo al peso dictatorial que las doblega.

Winston, adulto, vivió una infancia de ajustamiento al nuevo orden, infancia en la que los adultos que le rodean, sus padres, callan y sufren, sin intentar explicar nada. Más bien procuran no interferir en el normal desarrollo de su hijo, el único apto para sobrevivir en la dictadura.

Julia, joven, fue educada para la realidad contemporánea. Su incursión en el pasado revolucionario fue hecha a través de su abuelo, que cantaba canciones-reflejo de una cultura distinta. El eslabón fue destruido, pero como conectaba con un mundo desconocido apenas dejó huella. Y desde luego no despierta en ella ningún interés por profundizar en su conocimiento, actitud que es parte del pragmatismo vitalista con que afronta su situación social específica.

Y los niños, completamente inmersos en el mundo creado por la dictadura, tan identificados con ella que pasan a ser sus agentes de vigilancia más feroces, tan fieles a ella que marcan sus distancias de todo cuanto les rodea, incluso de su propia familia.

Puesto que existen tres generaciones conviviendo voy a intentar esbozar la concepción de vida que cada una sustenta, teniendo en cuenta que la última (andrógina) apenas queda parcamente retratada en lo que sería uno de sus grupos ideológicos: los jóvenes fanáticos, arbitrarios dioses de acero, dispuestos a ejecutar la voluntad del poder dictatorial sin más justificación que su identificación con el mismo y su odio a cuantos no lo tienen.

En primer lugar se da en las tres generaciones una conciencia del control total que ejerce el estado y que es encajado de muy distinta manera por cada una de ellas.

En Winston tal control produce un rechazo tan silencioso como activo, inspira terror y paraliza para toda acción combativa y tendente a sacudir los cimientos del aparato que lo sustenta. A lo máximo impregna de odio toda infracción privada de las normas. Winston odia al partido porque ha sustituido las leyes por un sen-

timiento de prohibición generalizada que obliga a los ciudadanos a sentirse culpables de cualquier acto que no sea una explícita apología del partido. Por ello destruye su poder siéndole infiel hasta en el más oculto de sus pensamientos, de sus actos conscientes o reflejos.

En Julia tal control produce un rechazo que aviva su ingenio y la habilita para escabullirse de él. Su odio deriva en indiferencia. Ha digerido perfectamente el sistema y lleva nueve años infringiendo sus normas, sin más deseo que extraer el máximo placer de la vida. Odia al partido en cuanto obstaculiza su felicidad pero no le reconoce ningún poder de control absoluto por cuanto está convencida de que nadie ha claudicado íntimamente sino que más bien convive con el obstáculo de la mejor manera posible.

En los niños tal control produce deseo de identificación. Ellos se convierten en controladores, en operarios mecánicos al servicio de la causa.

Tales reacciones están relacionadas con el ideal de vida que cada uno de ellos sustenta.

Winston mantiene una filosofía humanista. Tiene fe en el hombre, en su capacidad de pensar y de alcanzar la libertad a partir del pensamiento, en su capacidad de sentir y mantener la solidaridad y lealtad con los semejantes como hábitos de comportamiento que conduzcan a un mundo nuevo. Cree en el futuro. Un futuro distinto, al que se podrá llegar y cuyos cambios podrán comprenderse entendiendo el pasado. Un pasado en el que él recuerda que existía la privacidad, el amor, la amistad, la solidaridad familiar, la paz. Por ello se siente impulsado a correr el riesgo de luchar por un mundo mejor, y en la medida que lo desea, valora la distinción entre la verdad y la mentira, la conservación de los hechos que existieron impidiendo que sean trastocados para evitar la anulación del pasado.

Julia en cambio no aspira más que a su propio placer. Cree en la bondad pero de ejercicio limitado a las personas con cuyo contacto se obtiene una gratificación. Le produce indiferencia todo lo demás. Conoce el régimen a fondo y sabe que al no existir pasado ni futuro sólo queda el presente que hay que aprovechar al máximo. Ella ha logrado cierta libertad interior que cultiva sin atormentarse. No se detiene por ejemplo en más pensamientos heterodoxos que aquellos productores de gozo. No merece la pena en su opinión mantener los demás.

De ahí su inclinación hacia los sentimientos sobre el pensamien-

to. Su forma de pensar se reduce a una simple curiosidad por descubrir los mecanismos de evasión de la norma y de producción del placer. Ella llega así a conocer los centros de mercado negro, los lugares seguros para sus relaciones íntimas, los potenciales compañeros de intimidad, descubiertos entre los rostros que se denuncian como rebeldes al régimen. Su inteligencia ha desarrollado totalmente inclinada a la búsqueda del confort. El mundo no se divide entre lo verdadero y lo falso sino entre lo placentero y lo desagradable. No es importante la verdad o falsedad objetiva de las cosas sino su vivencia de las mismas, a través de la cual adquieren sentido. De los niños se conoce poco. Sólo que están perfectamente adiestrados para pensar en los términos aceptables para el régimen. Tanto, que descubren los pensamientos heterodoxos de su propio padre. Para ellos no existe sino lo bueno para el régimen y lo criminal, que es todo lo demás. Comparten la moral del poder. Bueno es lo que aumenta su poder, malo todo lo demás. La denuncia es para ellos un mecanismo de participación en el poder. A través del espionaje comparten los derechos a decretar arbitrariamente la vida o muerte de los ciudadanos, patrimonio de los dictadores.

La visión del mundo que cada generación tiene, fruto de una etapa y un contenido socializador distinto, les sitúa de manera diferente, no sólo ante el partido sino también ante un presente tecnológicamente avanzado, que en estos momentos está en manos del régimen que les oprime.

Winston lucha desesperadamente por adaptarse al régimen de vida que un control altamente tecnificado impone. Tiene en su contra el recuerdo vívido y cercano del pasado, que mantiene su atractivo no sólo por ser previo al régimen sino además por ser un terreno conocido, familiar, casero y menos tecnificado.

Varias ventajas se vislumbran aquí para Winston, que a grandes rasgos se traducen en: —el amor y solidaridad entre los parientes y amigos—, los espacios privados defensores del desarrollo de la intimidad del grupo primario. De ahí la concentración de Winston en la tienda de antigüedades, en el dormitorio tradicional. El sillón junto a la chimenea, la tetera al lado del fuego, son imágenes claras de un entorno acogedor. Además, de un lugar y de un tiempo en los que el hombre puede relajarse, huir de las miradas que controlan su labor profesional, de las evaluaciones y reciclajes del trabajo, de la simulación constante, de la careta.

Winston se refugia en el pasado, no sólo de la dominación del presente, sino de su torpeza para funcionar adecuada y eficazmen-

te. Su éxito en el manejo del lenguaje, para cambiar los textos del hermano mayor cuando los acontecimientos acaecidos muestran su obsolescencia, puede convertirse en fracaso a medida que disminuye su agilidad para manejar el neodecir, la nueva lengua, vaciada de conceptos que responden a situaciones complejas ya parecidas.

Winston encuentra difícil la puesta al día en un mundo sin individualidad. Julia en cambio funciona diestramente en su medio. Su juventud la centra en el presente. No tiene pasado al que remitirse sino como simple curiosidad ante una historia desaparecida y significativa para su compañero. Su orientación al presente ha concentrado su energía en la adquisición de la información y formación requeridas para la vida. Actúa con dominio en su trabajo, en el medio urbano, en la cultura. Conoce los usos y costumbres, manobra con el ritual, lleva la careta sin trabas: "respetando las normas pequeñas puede saltarse las grandes". Criada en la nueva tecnología sabe servirse de ella. Sabe lo que puede esperar y lo que no. Por ello no comete errores graves, ni de expectativas, ni de funcionamiento.

Como dice Margaret Mead²⁰, el joven, nacido en una época de cambios vertiginosos, convive con ella sin grandes crispaciones. Mientras, el adulto encuentra más difícil una constante adaptación al cambio tecnológico impuesto. No ha sido adiestrado para adoptar la forma adecuada. Carece de la actitud correcta, que es más bien una actitud de transitoriedad, de disponibilidad a desechar información caduca y admitir la valiosa, la nueva.

Winston encuentra incluso que su experiencia no aporta a Julia, mucho menos a los niños, una sabiduría para su acción. Más bien lo contrario. Será Julia quien pueda ayudar a Winston a introducirse en la realidad, aligerando su obsesión teórica, animándolo a sentir, transmitiéndole la serenidad y relajación necesarias para vivir, garantizadas por su control del mundo inmediato. Sólo cuando Julia sucumbe a su amor por él, cuando se deja guiar por él al refugio, cuando levanta sus guardias, cuando se confía a los métodos anticuados con los que Winston se enfrenta al medio (que se manifiestan fundamentalmente en su incapacidad para ocultar sus sentimientos, aventuras privadas, intentos de evasión), caen ambos en manos de la policía, aceleran su destrucción.

Ni que decir tiene que los niños están aún más aptos para leer las señales de los tiempos modernos. La niña descubre al enemigo

²⁰ Margaret MEAD: *Cultura y compromiso*, Granica editor, 1ª edic. Barcelona 77.

por sus zapatos (el extranjero-prisionero), o por las palabras pronunciadas en su sueño (su padre). Los niños están totalmente adaptados a su contemporaneidad. Saben buscar el poder por el poder mismo, que hace cambiante todo lo que no lo logre.

Los niños no distinguen entre hombres y mujeres. Juegan a los mismos juegos y comparten las mismas incursiones en el mundo del espionaje. En un alarde de identificación con el régimen, reflejan ya con su conducta la ideología del partido que O'Brien presenta ante Winston: no existirán hombres y mujeres sino camaradas, porque la castidad total facilita la ortodoxia. La desaparición de la práctica e incluso de la atracción sexual misma, la garantizará.

¿Hace aquí Orwell una predicción de la cultura andrógina? Desde luego que él no ve sino aspectos negativos en ella, pero es evidente que presenta rasgos de la igualación de sexos difícilmente ignorable en los años ochenta.

Para no extenderme más en la diferenciación generacional, haré incapié sólo en dos aspectos que reflejan bien la valoración de la vida de cada grupo: el sentido de lo privado y la posibilidad de comunicación. Partiendo de la falta de intimidad del presente, tres distintas reacciones se imponen.

Por parte de Winston el profundo sentimiento de dolor ante su pérdida que lo lleva a la inhibición total en las relaciones y a la atomización de sus contactos. Por la de Julia la agudización del deseo de intimidad que gracias a un agudo e inadvertido sentido de observación, conduce a la búsqueda de gentes con las que relacionarse, varones fundamentalmente (y aquí hay que ver de paso una reafirmación de su feminidad por parte de Orwell). Su experiencia en la relación facilita la toma de iniciativa.

Por parte de los niños, la relación lineal del individuo con el sistema en competitiva interacción con los coetáneos. Tres modelos de comunicación fundados:

— En el miedo y la frustración el primero (Winston), que acaba en pérdida de interés ante la imposibilidad experimentada de relacionarse con alguien que piense. Así el círculo de candidatos se va cerrando y no queda sino una persona a la que dirigirse, O'Brien, que amigo o enemigo tiene la mirada insolente de la inteligencia. Que pertenece además a la misma generación.

— En el deseo de relaciones sexuales el segundo (Julia). Ella siente emociones fuertes que la arrojan peligrosamente en los brazos de Winston.

— En el espionaje el tercero (los niños). La comunicación de los niños no es sino testimonio continuo de adhesión al régimen.

Quiero hacer hincapié rápidamente en la diferenciación sexual que Orwell reafirma en el texto, diferenciación tradicional que culmina en una compenetración parcial y limitada de los protagonistas, basada en su distinta esfera de funcionamiento.

Orwell reproduce aquí el modelo del hombre que piensa y la mujer que siente. El que especula sobre la realidad, ella que busca las formas concretas de aprehenderla. El perdido en su mundo universal y mediato, ella centrada en el inmediato y particular. El responsable de las generaciones futuras a las que quiere interpretar el pasado, proyectar el futuro, transmitir una ideología de liberación de la humanidad, ella interesada en el presente, en lo que sus ojos ven y tocan sus manos. El en su mente, ella en su cuerpo. El en lo abstracto, ella en lo concreto. El en la cultura, ella en la naturaleza. El en la imaginación, ella en el paisaje. El en el odio, ella en el amor. El en la muerte, ella en la vida.

De ahí que Julia, ante las estrategias de acción contra el régimen en las que Winston está dispuesto a participar y que incluyen la destrucción de lo vivo, reaccione violentamente. Se niega a aceptar la exigencia de romper su propia relación hombre-mujer.

Tampoco Winston quiere hacer la mayor parte de actos terroristas que acepta, pero la urgencia de su rencor le debilita y le hace sujeto manipulable.

Julia por el contrario se mantiene firme gracias a la fuerza de su instinto, que cree firmemente en la posibilidad de un mundo secreto, vivo, de un nido de quietud.

A pesar de que él viene de un mundo tradicional y ella rebosa modernidad, de que él recuerda constantemente una relación matrimonial de sus padres y propia mientras que ella ha amado muchos hombres, él representa la corrupción y ella la pureza. Por no estarlo no está contaminada con ninguna ideología política o religiosa que la convierta en moralizadora de ningún signo.

La mujer, aunque inferior al hombre le complementa, le impregna de sabiduría, como el bufón al rey en las obras de Shakespeare, como el hombre salvaje al civilizado en las de Rousseau, como el proletariado al gobierno de sabios en las de Comte.

El aporta el libre pensamiento, ella la libre acción. Ambos comparten una necesidad de dar testimonio de sí mismos, testimonio que se unifica en una honesta decisión de entregarse a una causa de rebelión contra el régimen o en una confesión y aceptación del castigo si lo que sucede es que abren sus corazones al enemigo en lugar de hacerlo al amigo. Todo ello no es sino culminación de una len-

ta evolución personal en Winston, joven de postguerra profundamente decepcionado por la pérdida de los valores más sagrados de la cultura occidental, que pasa del odio pasivo al enemigo, a la decisión activa de matarlo a fin de restablecer una sociedad que se apoye en ellos.

En Julia sin embargo, no es sino una capitulación de sus más certeros análisis de la realidad, de su cómodo pragmatismo, de su vida asentada en el placer cotidiano, por el amor a un hombre.

Julia se entrega por su hombre, consciente de la inutilidad de hacerlo. También será destruída, pero a pesar de ello deja constancia de un mensaje, un mensaje aquí presentado como específicamente femenino y específicamente joven:

Que sólo a través de un sentimiento limpio y vigoroso, de un amor profundo hacia alguien, se puede dar el gran salto del egoísmo a la solidaridad, de la indiferencia al compromiso social, de la esclavitud a la libertad:

Diré que va acertado el que bien quiere, y que es más libre el alma rendida, a la de amor antigua tiranía²¹.

21 Palabras que Cervantes pone en boca de uno de sus personajes, Crisóstomo, quien con ellas canta su canción desesperada, la otra canción desesperada que, (como decía recientemente Leonardo Romero, profesor de esta Universidad de Zaragoza) no tuvo en cuenta Neruda.

NINETEEN-EIGHTY-FOUR Y LA SATIRA

Susana ONEGA

En "George Orwell as a Writer of Polemic"¹ John Wain hace una matización importante para la comprensión de *1984* cuando afirma:

"If Orwell's work has been grotesquely misunderstood, and I think it has, the explanation is simple: it lies in the complete withering away of the notion of literary kinds..." (p. 89).

Y añade:

"The 'kind' to which Orwell's work belongs is the polemic... A writer of polemic is always a man who, having himself chosen what side to take, uses his work as an instrument for strengthening the support of that side". (p. 89).

La sugerencia de John Wain nos retrotrae a la teoría Renacentista de los "géneros" desarrollada y llevada a sus últimas conse-

¹ WAIN, John, "George Orwell as a Writer of Polemic" in *George Orwell: A Collection of Critical Essays*. WILLIAMS, Raymond, (ed.) New Jersey. Prentice Hall 1974, págs. 89-102.

cuencias en los siglos XVII y XVIII, durante los cuales existe una progresiva tendencia a medir la calidad de poetas y novelistas por su capacidad de formar e influir en la opinión pública, de defender la moral y de criticar la corrupción social. Los literatos que florecen en Inglaterra en el período Augusto son hombres públicos que, como Swift o Pope, han tomado partido por una u otra opción política, religiosa o filosófica y utilizan su arte como medio de defensa de sus posiciones ideológicas. Estos literatos, por tanto, tienen un concepto de la literatura como algo contingente, un mero instrumento de lucha que puede contribuir a la reforma de la sociedad. Se ha dicho de Jonathan Swift que, de haber tenido la certeza de que sus obras no habrían de ser leídas por sus contemporáneos, nunca habría sentido la necesidad de escribir, y lo mismo podría decirse de Orwell, pues es cierto que, sacada de su contexto, la obra del satirista pierde su única razón de ser: su capacidad de conmocionar y hacer reflexionar a la sociedad sobre un tema de interés público.

Pero la sátira como género es un término extraordinariamente impreciso. La propia palabra "sátira" que, como es bien sabido, procede del término latino "satura", significa originariamente "lleno", "saturado", "una mezcla de cosas diversas", lo que indica su capacidad de adoptar y atraer hacia sí gran número de formas diferentes. No existe por tanto una forma rígida que el satirista deba seguir, y por ello críticos de las tendencias más diversas dudan a la hora de delimitar su campo. En *The Anatomy of Satire*² Gilbert Highet mantiene que el único elemento capaz de definir a la sátira es la emoción que suscita, un sentimiento que consiste en una extraña mezcla de risa y desprecio:

"In some satirists, the amusement far overweighs the contempt. In others it almost disappears: it changes into a sour sneer, or a grim smile, or a wry awareness that life cannot all be called reasonable or noble, but whether it is uttered in a hearty laugh, or in that characteristic involuntary expression of scorn, the still-born laugh, a single wordless exhalation inseparable with a backward gesture of the head it is inseparable of satire". (p. 21).

En la práctica, risa y desprecio apuntan a la dicotomía clásica entre los dos tipos básicos de satirista: el duro, en la tradición de Juvenal, y el satirista amable, en la tradición de Horacio. Ambos

2 HIGHET, Gilbert, *The Anatomy of Satire*. Princeton, New Jersey. Princeton University Press, 1972 (1962).

tipos representan las dos tendencias extremas entre las que puede moverse la sátira.

Toda sátira requiere en general dos elementos básicos: ingenio o humor, y un objeto de ataque. En *Anatomy of Criticism*³ Northrop Frye describe a la sátira a caballo entre la comedia y la tragedia, compartiendo elementos de una y de otra por ambos extremos: si la sátira se aproxima al campo de la comedia, el humor predomina, el ataque se desdibuja; si se acerca al campo de la tragedia, el humor se diluye y predomina el ataque. En opinión de Northrop Frye, y a diferencia de lo que opina Gilbert Highet, la ausencia de humor no es suficiente para desvirtuar el carácter satírico de una obra, aunque la acerque al campo de la invectiva y de la polémica, mientras que la sátira desprovista de un claro objeto de ataque se confunde con la comedia.

Gilbert Highet define al satirista como a un hombre que escribe movido por uno de estos dos sentimientos: odio y desprecio o divertida condescendencia. Aunque distintos, tanto el odio como la condescendencia indican un deseo de mantenerse apartado, una cierta superioridad que el satirista siente con respecto a sus semejantes y que le obliga a auto-excluirse del resto de la sociedad, manteniéndose elevado en solitario en un punto privilegiado que le permita observar y obtener una buena visión de conjunto de la sociedad que quiere criticar.

No hace falta decir que Orwell, un hombre retraído, con una exacerbada conciencia de clase, con tendencia al idealismo utópico, que trata de ocultar su ascendencia escocesa bajo un pseudónimo al tiempo que finge proceder de la clase obrera, pertenece por méritos propios al tipo de satirista que escribe movido por un rencor personal y que busca, como Juvenal, reformar fustigando, horrorizando y abrumando al lector con la visión demoníaca de una sociedad corrompida, sin esperanza de cambio.

Se ha hablado mucho del "pesimismo orwelliano". Orwell empezó a escribir *1984* en 1947, es decir, cuando, abatido por el desarrollo de la historia y gravemente enfermo del pecho, decidió autoexiliarse de Londres, marchando a la remota isla de Jura, en la costa oeste de Escocia, donde permaneció hasta poco antes de morir. Se ha dicho que su enfermedad y su depresión emocional tienen cabida en *1984* en forma de un pesimismo sin paliativos, y es cierto que, como Isaac Deutscher pone de relieve en *1984*, "The

3 FRYE, Northrop, *Anatomy of Criticism*. Princeton, New Jersey. Princeton University Press 1957.

Mysticism of Cruelty"⁴, la enfermedad de Orwell se refleja no sólo en el desarrollo de la trama y en la calidad del lenguaje, sino incluso en las características físicas de Winston Smith, un hombre endeble, sujeto, como Orwell, a violentos accesos de tos.

Pero sin duda las raíces del "pesimismo orwelliano" arrancan de mucho más atrás. Durante toda su vida Orwell se movió a instancias de impulsos idealistas, fomentados tal vez por su peculiar posición social dentro de lo que él mismo denominó "the lower-upper-middle-class". Su viaje a España en 1936 en compañía de varios miembros del Independent Labour Party y del I.R.A. responde a esa necesidad siempre sentida por Orwell como un imperativo categórico, de actuar en cada momento como le exigía su conciencia. De sobras es conocido el impacto decisivo que tuvo para Orwell su estancia en España: primero la camaradería de los milicianos en Barcelona, en seguida la prueba del frente en Teruel, la herida en el cuello y después, y sobre todo, el efecto aplastante de las purgas comunistas con sus correligionarios del POUM. Se ha dicho que Orwell no volvió a ser el mismo a partir de 1939 y para Isaac Deutscher, que le conoció bien, las purgas significaron el comienzo de su pesimismo, o si preferimos decirlo así, su transformación en un satirista duro, a lo Juvenal:

"Directly or indirectly the Purges supplied the subject matter for nearly all that he wrote after his Spanish experience. This was an honourable obsession... but grappling with the Purges, his mind became infected by their irrationality. He found himself incapable of explaining what was happening in terms of empirical common sense. Abandoning rationalism, he increasingly viewed reality through dark glasses of a quasi-mystical pessimism"⁵.

Con su triste experiencia en España y poco después la experiencia complementaria de la Segunda Guerra Mundial Orwell desarrollará un odio por los sistemas totalitarios que le llevarán a escribir *Animal Farm* y *1984*. Pero si la crítica es unánime en catalogar a *Animal Farm* como una obra satírica, esta unanimidad se tambalea cuando se trata de catalogar a *1984*. Algunos críticos, como John Wain, ya lo hemos visto, prefieren matizar mucho, subrayando que Orwell y *1984* son una obra polémica. Northrop Frye, por su parte, sitúa a *1984* en la sexta fase de la sátira es decir, en la más

4 HIGHET, Gilbert, *The Anatomy...* Op. cit.

5 DEUTSCHER, Isaac, "1984, The Mysticism of Cruelty", in *George Orwell: A Collection of Critical Essays*. Op. cit. págs. 119-132.

6 DEUTSCHER, Isaac. Op. cit. supra. pág. 128.

cercana a la tragedia⁷, mientras que Gilbert Highet, con un "background" mucho más clásico, se niega a concederle el status de sátira diciendo:

"It is a tragic history. Yet many of the incidental anthesis and paradoxes are magnificently satirical". (p. 172).

A todas luces la mayor dificultad que encuentran algunos críticos para admitir que *1984* sea una sátira tiene que ver con su seriedad, o por decirlo más adecuadamente, con la ausencia de esa emoción satírica que Gilbert Highet ha definido como "una mezcla de risa y desprecio". Pese a ello, un sinfín de elementos formales y la propia convicción de Orwell nos inclinan a pensar que *1984* sí tiene cabida dentro del variopinto mundo de la sátira por propio derecho.

En primer lugar, *1984* es una novela en la que se nos ofrecen dos visiones antagónicas del mundo: el Londres de postguerra y el Londres de 1984. El Londres de Airstrip One es un Londres semi-derruido por las bombas, ennegrecido y maloliente pero reconocible al fin y al cabo como un Londres situado en el futuro. Si queremos seguir leyendo debemos hacer un acto de fe, fingir que creemos en la existencia real de este mundo futuro, es decir, debemos aceptar desde el principio un planteamiento irónico. Lo mismo que las tierras remotas visitadas por Lemuel Gulliver, el mundo futuro de *1984* es nuestro propio mundo deformado por un cambio de perspectiva. Lo que Swift deforma achicando en Lilibut o agrandando en Brogdingnag, Orwell lo transforma exarcebando los efectos de la Segunda Guerra Mundial y de las ideologías totalitarias que germinan en los años cuarenta. Si nada les detiene, nos viene a decir Orwell, éste es el aspecto que ofrecerá Londres en un futuro cercano. Ahora bien, tanto el planteamiento como el mensaje son estrictamente irónicos, y por tanto satíricos.

7 FRYE, Northrop. *Anatomy...* Op. cit. pág. 238:

"The sixth phase presents human life in terms of largely unrelieved bondage. Its settings feature prisons, madhouses, lynching mobs, and places of execution, and it differs from a pure inferno mainly in the fact that in human experience suffering has an end in death. In our day the chief form of this phase is the nightmare of social tyranny, of which *1984* is perhaps the most familiar..."

El satirista que elige presentar un mundo imaginario para contrastarlo con la realidad y exponer así sus defectos debe forjar un mundo extraño y chocante pero a la vez reconocible como nuestro propio mundo, por ello debe optar entre desenfocar la perspectiva, como hace Swift en *Gulliver's Travels* u ofrecernos nuestro propio mundo puesto al revés. Este es el principio que regula la descripción de *Utopia* de Sir Thomas More, en cuya isla paradisíaca valores establecidos como el dinero, la propiedad privada, la unidad de culto o las diferencias de clases sociales son abolidas por sus contrarios.

En 1984 Orwell utiliza una técnica similar a la usada por Sir Thomas More y por ello el Londres de Airstrip One es un mundo a la vez familiar y extraño. Así por ejemplo, los slogans que decoran el exterior del Ministry of Love resultan absurdos y contradictorios a primera vista:

— "War is peace.
Freedom is slavery.
Ignorance is Strength". (p. 25).

Y los propios Ministerios llevan nombres que, como pronto sabremos, reflejan exactamente lo contrario de aquello a lo que se dedican: The Ministry of Truth, que se dedica a alterar el pasado; The Ministry of Peace, que se dedica a la guerra; The Ministry of Plenty, dedicado a los racionamientos de comida y The Ministry of Love, que controla la ortodoxia por medio de la represión y la tortura. No hay duda de que nos encontramos ante un mundo puesto al revés similar al que Samuel Butler creó en *Erewhon* (1872), esa parodia de *Utopia* en la que todos los personajes y el propio lugar tienen nombres dados la vuelta fonéticamente:

Erewhon: Nowhere.
Senoj Nosnibor: Jones Robinson.
Thins: Smith.
Ydgrun: Grundy.

El mundo que Butler describe en *Erewhon* es el negativo fotográfico de una Inglaterra Victoriana, lo mismo que el Londres de Airstrip One es un remedo irónico de la Inglaterra de postguerra en el que los criterios de amor, paz, verdad y abundancia han sido subvertidos. Cuando Winston Smith sueña con el pasado, siempre tiene la visión de un mundo en guerra, con bombas cayendo a todas horas y purgas y depuraciones constantes. Una y otra vez Winston

sueña con su madre famélica y su hermanita moribunda y recuerda con horror como él les disputaba la comida. Comparando con el presente, el mundo de su infancia es tan sucio, alienante y desolador como el de 1984, y sin embargo, hay algo en aquél mundo que le hace preferible al presente:

"The thing that now suddenly struck Winston was that his mother's death, nearly thirty years ago, had been tragic and sorrowful in a way that was no longer possible. Tragedy, he perceived, belonged to the ancient time, to a time when there was still privacy and friendship, and when the members of a family stood by one another without needing to know why". (p. 28).

En la película que Smith recoge en su diario el día 4 de abril, una mujer judía trata de proteger a su hijo de las bombas que lanza un helicóptero, cubriéndole con sus brazos. Este gesto fútil y trágico que Winston recuerda haber visto hacer a su madre, recurre en la novela caracterizando al pasado, funcionando como símbolo de aquello que le diferencia del presente: la capacidad de sentir, de amar y de sufrir como individuos. Cuando Winston Smith escribe la reacción que esta película causó en el público, nos damos cuenta de que esos sentimientos se han perdido y han sido suplantados irónicamente por sus opuestos:

"Audience much amused by shots of a great huge man trying to swim away with a helicopter after him, then you saw him wallowing along in the water like a porpoise, then you saw him through the helicopter's gunsights, then he was full of holes and the sea round him turned pink and he sank as suddenly as though the holes had let in the water, audience shouting with laughter when he sank". (p. 10).

El horror que produce esta descripción es comparable al que produce Swift con su *Modest Proposal*, pues la fuerza de ambos radica en su ironía.

Cuando en el capítulo segundo Orwell nos da cuenta de la visita que hace Smith a la casa de los Parsons, para arreglarles el desagüe y aprovecha para describirnos el salvaje comportamiento de los niños, nos encontramos con una narración directa y realista que nos da idea del tipo de criaturas que está produciendo el sistema, pero cuando la Sra. Parsons, con un hilillo de voz, intenta justificar su mala conducta diciendo:

"They do get so noisy... They're disappointed because they couldn't go to see the hanging, that's what it is. I'm too busy to take them, and Tom won't be back from work in time". (p. 22).

No podemos definir el efecto como simplemente informativo. De nuevo, la ironía funciona, recordándonos que nos encontramos en un mundo al revés, donde los ahorcamientos públicos son un entretenimiento para niños. Es la misma ironía que destilan las palabras de Mr. Parsons casi al final de la novela, cuando se encuentra con Winston Smith en una celda del Ministry of Love, a donde ha sido conducido por una denuncia de su hija:

"It was my little daughter, said Parsons with a sort of doleful pride. She listened at the keyhole. Heard what I was saying, and nipped off to the patrols the very next day. Pretty smart for a nipper of seven, eh? I don't bear her any grudge for it. I'm proud of her. It shows I brought her up in the right spirit, anyway". (p. 187-188).

Podría decirse que el desarrollo completo de la trama descansa sobre presupuestos irónicos. La primera vez que Winston ve a Julia, la toma por un miembro de la "Thought Police" y su primer impulso es aplastarle el cráneo con el pisapapeles, pero, irónicamente, Julia será quien le abra las puertas del amor y el paraíso. Contrariamente O'Brien ejerce un atractivo irracional sobre Winston Smith que le impulsa a considerarle como un amigo, un miembro del "Brotherhood", y será esta confianza en él la que le conduzca a la muerte. La incapacidad de Smith para saber calibrar a las demás personas apunta, por otra parte, a la calidad humana del héroe. Winston Smith es un hombre enfermo, poco atractivo, de treinta y nueve años, pero que aparenta muchos más, un ser corriente, uno más de entre los muchos niños nacidos entre la década de los treinta y la de los cuarenta que fueron bautizados con el nombre de Churchill, un hombre apellidado Smith, un pobre ser acorralado por las pantallas de televisión, embrutecido por la propaganda y el alcohol, minado por una alimentación deficiente y enfermo de soledad. Es un ser esperpéntico, un perfecto ejemplo de "pharmacos", de víctima, de héroe arquetípico desde un punto de vista irónico.

Según Northrop Frye⁸ el "pharmacos" es un héroe condenado de antemano, una víctima inevitable a causa de su naturaleza humana. Lo mismo que Adán, está condenado a muerte por el mero hecho de haber nacido. Es un ser inocente, en el sentido de que lo que le sucede es mucho mayor que lo que él pueda haber hecho, pero es al mismo tiempo culpable, en el sentido de que pertenece a

8 FRYE, Northrop, *Anatomy...* Op. cit. págs. 41-42.

una sociedad culpable o vive en un mundo en el que las injusticias forman parte inexcusable de la existencia cotidiana.

Cuando cerramos el libro, la sensación que nos queda es que Winston Smith ha recibido un castigo desproporcionado e injusto, y sin embargo, cuando, tras caer una bomba en el barrio de los "proles" Smith ve una mano cercenada y la mete de un puntapié en una alcantarilla, nos damos cuenta e que hay algo en Smith que le hace copartícipe del delito de inhumanidad contra el que se rebela. Cuando, en fin, O'Brien invita a Winston a su casa y tanto él como Julia aceptan la posibilidad de tener que verter ácido sulfúrico en el rostro de un niño, comprendemos que hay algo en Julia y en Winston que les diferencia de nosotros y les hace merecedores de un castigo. El propio hecho de haber sobrevivido a la postguerra robando la comida a su madre y a su hermana apunta ya a un héroe inferior y despreciable, aunque sea infinitamente superior a sus conciudadanos de 1984. Winston Smith es una paradoja viviente, un ser que nos repele y nos atrae a la vez, porque aún teniendo una categoría humana infima, es el último depositario de los atributos de la humanidad, y en este sentido es un perfecto héroe satírico, un héroe deformado para albergar en sí, exacerbadas, las lacras y contradicciones que constituyen la esencia del hombre.

Pero hay otro punto importante en el que la novela revela un comportamiento satírico, y es la alusión constante a un mundo ideal, inexistente e inalcanzable que se presenta como modelo o contrapunto del mundo que se somete a crítica. Winston Smith tiene conciencia de la existencia de este mundo de forma irracional, a través de una serie de sueños recurrentes, que siguen siempre un esquema parecido. De pronto se encuentra de pie en medio de un campo dorado por el sol de media tarde. Es verano y el paisaje le parece tan familiar que no sabe si sólo lo sueña o ha tenido ocasión de verlo realmente. Hay un sendero entre los álamos y un arroyo de aguas cristalinas serpentea entre los sauces, dejando ver entre sus aguas el jugueteo de los peces. Orwell nos dice en un momento concreto que, cuando está despierto, Winston Smith llama a este sueño su visión del "Golden Country". En realidad la aclaración es superflua, y pone de relieve la intención didáctica de Orwell, pues no hay duda de que se trata del "Golden Country" de la mitología clásica, el "locus amoenus" del romance medieval, el Jardín del Edén que Dante situara debajo del propio Paraíso. La visión del "Golden Country" apunta a un mundo apocalíptico, en el que la libertad y la justicia son posibles, y se opone arquetípicamente a la

ciudad semiderruida, arrasada por los bombardeos, donde la única ley que existe es la de represión y la tortura que simboliza el contrapunto demoníaco, la Ciudad de Dis en el infierno dantesco.

Desde esta perspectiva la acción del héroe se concreta como un viaje peligroso en busca del paraíso perdido. Pero el héroe que debe emprender este "dangerous journey" no está capacitado ni por educación ni por carácter, ni por resistencia física, para acometerlo y en este sentido el viaje es irónico, pues no conduce a ninguna parte.

El viaje que emprende Smith en busca de su humanidad tiene diversas etapas diferenciadas cuidadosamente. Al principio sólo se trata de una búsqueda ciega de la verdad a través de la recuperación del pasado, que le acerca al barrio de los "proles" y a la tienda de Mr Charrington; pero tanto los pequeños y extraños objetos de la tiendecilla de antigüedades como los recuados del viejo proletario que Smith interroga en la cantina son demasiados inconexos y fragmentarios como para poder ofrecerle una respuesta positiva:

"A sense of helplessness took hold of Winston. The old man's memory was nothing but a rubbish-heap of details. One could question him all day without getting any real information". (p. 77).

En el mundo de 1984 el pasado es consistentemente destruido y alterado en un intento de creación de un presente eterno. Desde luego es irónico que Winston Smith, que dedica diez horas al día a trabajar en The Ministry of Truth, precisamente alterando el pasado, sienta la necesidad de conocer la verdad estableciendo un pasado histórico real, pero su empresa es mucho más importante de lo que parecería a primera vista, pues su intento de inmersión en la historia es un intento de escapar de la ciudad maldita, del mundo infernal en el que no hay coordenadas espacio-temporales, ni evolución posible, ni posibilidad de mejoramiento.

Por sí solo Winston Smith quizá no habría llegado nunca al paraíso pero pronto contará con una aliada inesperada y decisiva: Julia y el amor que le ofrece permiten a Smith materializar su sueño del "Golden Country":

"They were standing in the shade of hazel bushes. The sunlight, filtering through innumerable leaves, was still hot on their faces. Winston looked out into the field beyond, and underwent a curious, slow shock of recognition. He knew it by sight. An old, close bitten pasture, with a footpath wandering across it and a molehill here and there... Surely somewhere nearby, but out of sight, there must be a stream with green pools where daces were swimming?". (p. 101).

El amor de Julia y la materialización del "Golden Country" ha de interpretarse como la llegada del héroe al Jardín del Edén. Por ello la imaginería es estrictamente romántica: es el mes de mayo, el suelo está cubierto de campanillas azules, del bosque proviene el sonido de palomos arrullando a sus parejas; todo invita al amor y en un momento dado, un tordo comienza a cantar para expresar su alegría de vivir. Pero para Julia el amor sólo es un instinto animal. Para Smith un acto de rebeldía:

"Their embrace had been a battle, the climax a victory. It was a blow struck against the Party. It was a political act". (p. 104).

El segundo encuentro de Winston con Julia tiene lugar en el campanario de una iglesia semiderruida. El lugar escogido es simbólico pues asocia su acto de rebeldía con la transformación de las iglesias en edificios públicos y la abolición de las creencias religiosas por el Partido. Orwell sintetiza el ateísmo del nuevo régimen en la obsesión que tiene Smith por reconstruir la letra de "Oranges and lemons", una vieja canción popular que reproduce el sonido de las campanas de Londres. Este tema nos lleva a su vez a otro aspecto crucial en la descripción del mundo de Airstrip One: la religiosidad subvertida y transformada en fanatismo demoníaco. Cada día las tediosas horas de trabajo son interrumpidas por una serie de intervalos de concienciación que se llaman "The Two Minutes Hate"; es una especie de alucinación colectiva en la que se presenta invariablemente el rostro de "Big Brother" como Salvador y el de Goldstein como Enemigo. La sesión que Orwell describe en el primer capítulo alcanza categorías de misa negra, de aquelarre demoníaco:

"The horrible thing about the Two Minutes Hate was not that one was obliged to act a part, but, on the contrary, that it was impossible to avoid joining in. Within thirty seconds any pretence was always unnecessary. A hideous ecstasy of fear and vindictiveness, a desire to kill, to torture, to smash faces in with a sledge-hammer, seemed to flow through the whole group of people like an electric current, turning one even against one's will into a grimacing, screaming lunatic" (p. 15).

Cuando Smith concentra su atención en una mujer que está sentada a su lado durante "The Two Minutes Hate" lo que le oye decir es:

"... a tremulous murmur that sounded like 'My Saviour!' She extended her arms towards the screen. Then she buried her face in her hands. It was apparent that she was uttering a prayer". (p. 17).

La religiosidad subvertida del Londres de Airstrip One apunta de nuevo a su condición de mundo al revés, pero también y sobre todo a que se trata de un Infierno. O'Brien así lo dice explícitamente a Smith durante las sesiones de tortura:

"It is the exact opposite of the stupid hedonistic Utopias that the old reformers imagined. A world of fear and treachery and torment... Progress in our world will be progress towards more pain. The old civilizations claimed that they were founded on love or justice. Ours is founded upon hatred". (pp. 214-215).

Desde esta perspectiva, el acercamiento de Smith y Julia desde el campo al campanario significa un acercamiento al infierno y el tercer paso, la construcción de un refugio paradisíaco en la habitación de Mr Charrington, es decir, en el centro de la ciudad demoníaca, supone la materialización de un sueño imposible, el nacimiento de un paraíso dentro del infierno.

Por ello es apropiado que Smith tome como símbolo de su hazaña el pequeño pisapapeles de cristal:

"The paperweight was the room he was in, and the coral was Julia's life and his own, fixed in a sort of eternity at the heart of the crystal". (p. 121).

El campo, las campanas y el pisapapeles son símbolos que resumen las tres etapas positivas en el viaje peligroso emprendido por el héroe. Sin embargo, cuando, tendido en la cama Victoriana y con Julia a su lado, Smith cierre "el libro", comprenderá que su aprendizaje no ha hecho nada más que empezar:

"He had still, he reflected, not learned the ultimate secret. He understood *how*; he did not understand *why*". (p. 174).

Tan pronto como Smith se hace esta pregunta su refugio de cristal se vuelve vulnerable: una rata asoma el hocico por un orificio en la pared y comienza para Smith la bajada propiamente dicha a los Infiernos.

La entrada en el Ministry of Love marca el punto de retorno del viaje emprendido por el héroe, es una bajada laberíntica por habitaciones inhumanamente regulares, asépticamente blancas y enloquecedoramente parecidas; es un infierno blanco y frío, poblado, como todos los infiernos, de condenados a eterna tortura, pero radiante y luminoso, "the place where there is no darkness": en este mundo al revés, la luz toma el lugar de las eternas tinieblas que caracterizan al infierno de la Biblia.

Winston Smith sufrirá en The Ministry of Love un proceso de reintegración en tres fases: "learning, understanding and acceptance" que de nuevo remedan irónicamente el viaje en tres fases que condujo a Smith al paraíso. En un esquema trágico "the quest", la búsqueda de la identidad del héroe, habría llegado aquí a su fin: el héroe sufriría una serie de pruebas, pasaría por un proceso catártico y sería finalmente recompensado con un momento de epifanía, un instante de anagnórisis. Aunque esta visión le hubiera costado la vida, su muerte habría tenido sentido; pues implicaría el restablecimiento de la "némesis", la recuperación del orden. pero en el mundo irónico de la sátira el viaje peligroso nunca conduce a ninguna parte si no es a "la tour abolie", a la meta que no existe. Winston Smith lo ha arriesgado todo para recuperar su humanidad, ha arrostrado el peligro de la tortura y ha superado su temor a la muerte con la convicción, compartida por Julia, de que:

"They can't inside you. If you *feel* that staying human is worth while, even when it can't have any result whatever, you've beaten them". (p. 137).

Sin embargo, cuando O'Brien haya terminado con él en el infierno luminoso de Room 101 Winston habrá llegado justamente al punto en que ya no podrá nunca recuperar su humanidad. La destrucción moral de Smith no tiene un efecto trágico en el sentido de que no hay catarsis de piedad y de miedo. Al terminar de leer *1984* sólo queda un horror sin paliativos, el horror de saber que la "reintegración" de Smith significa la muerte del "último hombre" y la desaparición del pasado y del futuro que dependen de la existencia de su conciencia; con su destrucción la Ciudad del Mal se eterniza en un presente infernal que se resume en una imagen:

"A boot stamping on a human face - for ever". (p. 215).

Si la función del satirista consiste en sacudir las conciencias dormidas y alertar a sus contemporáneos de los peligros que acechan a la humanidad, ofreciendo una versión irónicamente deformada de ellos, no hay duda de que, pese a su ausencia de humor, *1984* rebasa el campo de la tragedia, entrando de lleno en el ámbito despiadado de la sátira dura que busca, con Juvenal, "enseñar, fustigando".

EL PESIMISMO EXISTENCIA EN NINETEEN EIGHTY - FOUR

Macario OLIVERA

Introducción

El pesimismo se puede considerar como una doctrina filosófica, o como una actitud anímica derivada de la total o parcial frustración de la persona humana al no poder realizar sus tendencias naturales o no lograr los objetivos que a sí misma se propone. Como doctrina filosófica, el pesimismo moderno, cuyos principales representantes son Schopenhauer y Hartmann, afirma que el mal existe en el mundo de modo sustancial, primario, total, siendo imposible suprimirlo o desarraigarlo, por estar incrustado constitutivamente en el cosmos. Es una especie de "dolor cósmico", al que, por supuesto, no escapa el hombre, oscilante entre el dolor del deseo y el dolor del aburrimiento. Pero aquí nos referimos al pesimismo calificado como "existencial", es decir, derivado de una forma peculiar de entender al hombre que se engloba dentro del amplio campo del existencialismo.

Debido a las notables divergencias entre los filósofos denominados “existencialistas”, el existencialismo no se puede ver como un cuerpo compacto doctrinal, sino más bien como un estilo de filosofar. Para comprender este estilo peculiar, tenemos dos puntos de referencia: La vuelta a las fuentes y los temas recurrentes. En cuanto a su origen, el existencialismo arranca de la consigna que lanzó Kierkegaard como un desafío: “Contra la filosofía especulativa, la filosofía existencial”. Pretende que ese ser concreto, histórico y situacional, este hombre pensante sea el objeto de su propio pensamiento, en vez de los razonamientos abstractos en torno al mundo de las esencias. Y no el hombre como ente nacional, o sociable, o psíquico, o biológico; ni siquiera como ente, sino como existente, como un hacerse a sí mismo a través de la existencia. La existencia precede a la esencia, o ser es existir. Posteriormente, en torno a los años 50, coincidiendo con la aparición de *Nineteen Eighty - Four*, adquiere fuerza impresionante el pensamiento de otras dos grandes figuras existencialistas: Heidegger, con su conocida trágica definición: “El hombre es un ser para la muerte”, y Sartre, con su lacerante desafío: “El hombre está condenado a ser libre”. Lo cual nos introduce ya en el punto de los temas recurrentes: La libertad, el individuo, la responsabilidad, la alienación, la rebelión, el sentimiento, la muerte. Y, como un viaje sin meta, un túnel sin salida, una aventura sin esperanza, la angustia —el pesimismo existencial— que apresaa al hombre en su devenir.

Libertad de pensamiento

Hace siglos que se lanzó la gran pregunta: “¿Qué es la verdad?” (Jn. 18, 38). Todavía no se ha dado una respuesta racional definitiva, ni puede darse, porque la verdad está siempre *in fieri*. Pero, como ocurre con otros grandes temas, como la vida o el amor, la mente humana procede mejor por la vía negativa; es decir, sabe qué requisitos son imprescindibles para que pueda darse una aproximación o camino hacia la verdad. Sabe que sin libertad de pensamiento el hombre no puede llegar a la verdad. Y la libertad de pensamiento exige:

a) *Respeto a los primeros principios*. Concretamente, al principio de contradicción y a los postulados matemáticos. Para no caer en una disgresión, baste decir que el principio de contradicción:

“Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto”, es universalmente aceptado como una luz que, por sí misma y sin imposición alguna, se enciende en la mente humana. Una cosa si es blanca no es negra y si es negra no es blanca a la vez y bajo el mismo aspecto. La misma aceptación universal se aplica a los postulados matemáticos elementales: Dos y dos son cuatro y nunca cinco. Pues bien, la gran tragedia para el hombre pensante de *Nineteen Eighty - Four* es que no se respeta el principio de contradicción, más aún, se niega explícitamente con la introducción del sistema de pensamiento conocido en “Newspeak” como “doublethink”:

Doublethink means the power of holding two contradictory beliefs in one's mind simultaneously, and accepting both of them. (p. 172).

Incluso propone un entrenamiento mental, que debe llevarse a cabo ya en la niñez, consistente en dos pasos previos llamados “crimestop” y “blackwhite”:

Crimestop, in short, means protective stupidity (p. 170). The keyword here is blackwhite. This word has two mutually contradictory meanings. Applied to an opponent, it means the habit of impudently claiming that black is white in contradiction of the plain facts. Applied to a Party member, it means a loyal willingness to say that black is white when Party discipline demands this. (p. 171).

El mismo proceso ocurre en relación a la evidencia matemática. Lo que al principio fue una especie de premonición:

In the end the Party would announce that two and two made five, and you would have to believe it. (p. 68).

Se convierte, al final, en el hilo conductor del recorrido torturante. Winston intenta, primero, la confesión indiferente con tal de que cese la tortura ya insoportable: “Four, five, four, Anything you like. Only stop it, stop the pain” (p. 201). Pero no puede negar la evidencia, aunque el dolor de la tortura aumente: “How can I help seeing what is in front of my eyes? Two and two are four” (ibid.). Luego, pasa a la duda, e intenta ver cinco: “I suppose there are four. I would see five if I could. I am trying to see five” (p. 202). Por fin, no sólo confiesa —lo que no sería suficiente— sino que afirma convencido que son cinco “There are five fingers there. Do you see five fingers? Yes” (p. 207). El propio Winston sabía que la negación de las evidencias fundamentales es cerrar el camino de

la libertad, y, a la inversa, la libertad de afirmarlas es la libertad principal y el fundamento de las libertades. Había escrito en su diario:

Freedom is the freedom to say that two plus two make four. If that is granted, all else follows" (p. 68).

b) *Dualidad sujeto - objeto*. Se requiere la existencia de una realidad como distinta del propio acto del pensamiento, y a la que éste tiene acceso convirtiéndola en objeto a interpretar y comunicar. Pensar siempre es pensar "algo". Pero, si la realidad se hurta al sujeto, o le llega manipulada, o si la propia actividad pensante es sustituida por la imposición del pensamiento de otro sujeto, en tales supuestos, aún aisladamente considerados, no hay libertad de pensamiento. Pues bien, observamos que en *Nineteen Eighty - Four* se da una permanente manipulación de la realidad, se produce una descarada violación del principio de identidad, porque las cosas, los acontecimientos, sean pasados o presentes, no coinciden consigo mismos, sino con lo que el Partido quiere que sean, y, por ello, vemos cómo se pasa fácilmente de la verdad a la mentira y de la mentira a la verdad; sencillamente, porque a la verdad le falta el sustento de la realidad:

The denial of reality is the special feature of Ingsoc. (p. 160).

The rulers... can twist reality into whatever shape they choose (p. 161).

If one is to rule and to continue ruling, one must be able to dislocate the sense of reality (p. 173).

Anything could be true (p. 224).

Se produce, además, la imposición del pensamiento de los dirigentes, que son infalibles y poseedores de la verdad absoluta:

Big Brother is infallible and all-powerful (p. 168).

At all times the Party is in possession of absolute truth (p. 172).

Whatever the Party holds to be truth, is truth. It is impossible to see reality except by looking through the eyes of the Party (p. 200).

Sabedores de la relación y mútua implicación que tienen la realidad, el pensamiento y el lenguaje, los dirigentes asumen como tarea fundamental actuar sobre la lengua, de manera que ésta solo pueda referirse a las realidades que a ellos interesan:

We are destroying words. We are cutting the language down to the bone (p. 44).

Don't you see that the whole aim of Newspeak is to narrow the range of thought? (p. 45).

The Revolution will be complete when the language is perfect (p. 46).

El celo y recelo de estos guardianes controladores del pensamiento son tan extremados que les lleva a prohibir el aprendizaje de lenguas extranjeras, siempre con el fin de velar la realidad:

The average citizen... is forbidden the knowledge of foreign languages. If he were allowed contact with foreigners he would discover that they are creatures similar to himself and that most of what he has been told about them is lies (p. 159).

c) *El pensamiento en sí mismo*. El colmo de la perversión en esta loca carrera de destrucción de la libertad de pensamiento es la aniquilación de la intimidad del propio pensamiento, que pudiera quedar libre bajo cobertura de palabras de sumisión. Ellos lo saben. El pensamiento de los mártires quedó intacto, y fue semilla de nuevos cristianos. Del pensamiento de los herejes quemados por la Inquisición nacían, como en cenizas fértiles, miles de nuevos herejes. El pensamiento de los indeseables eliminados por las dictaduras ha producido siempre nuevos focos de rebelión. Ellos lo saben:

Men were dying because they would not abandon their true beliefs (p. 204).

We make him one of ourselves before we kill him. The command of the totalitarians was "Thou shalt". Our command is "Thou art" (p. 205).

Por ello, porque se trata de "ser", no basta con confesar, pues una confesión puede ocultar el pensamiento real, sino que hay que llegar hasta "curar" el pensamiento:

Not merely to extract your confession... to cure you! To make you sane! ...the thought is all we care about. We do not merely destroy our enemies, we change them (p. 203).

Libertad para amar

Algo tan natural como el amor espontáneo de la pareja y el amor de padres e hijos. *Nineteen Eighty - Four* describe la degradación radical del amor humano, quedando reducido, no sólo al nivel del instinto animal, sino algo peor, que no se da siquiera en los animales: Ser programado desde el Partido, y ser los niños educados como espías y delatores de sus propios padres. El matrimonio

de Winston con Katharine es según el programa del Partido. Dado el necesario permiso por el Comité para contraer matrimonio, permiso que no se concedía si la pareja daba la impresión de atraerse físicamente, todo erotismo estaba radicalmente prohibido, "To embrace her was like embracing a jointed wooden image" (p. 57). Todo estaba programado. Katharine le recordaba a Winston por la mañana, una vez a la semana, que por la noche habían de realizar el acto sexual, como una obligada representación, "si el tiempo no lo impide", "the performance continued to happen once a week quite regularly, whenever it was not impossible" (ibid.), y lo denominaba de dos formas: Una puramente material, "making a baby", y otra estrictamente servil, "our duty to the Party" (ibid.). El niño no llegó, y, después de quince meses, acordaron separarse. La separación no sólo estaba permitida, sino incluso favorecida en caso de no tener hijos, pero no así el divorcio, que estaba prohibido, posiblemente para prevenir que la segunda experiencia pudiera burlar más fácilmente la ley.

Los niños son educados en instituciones públicas. En la misma medida en que son motivados para adorar al Gran Hermano, "the worship of Big Brother" (p. 23), son sistemáticamente inducidos a rebelarse contra sus padres, a espiarlos y delatarlos al Partido. "The family had become an extension of the Thought Police" (p. 110).

La aventura de Winston con Julia es un lance, no sólo de amor libre —ellos mismos se confiesa adúlteros, "we are adulterers" (p. 139)— sino de libertad para amar, rompiendo el rígido puritanismo legal. Podemos afirmar que esta aventura reúne todas las características de una auténtica experiencia existencial. El amor no es una imposición —no puede serlo— sino la energía interior que impulsa a una elección personal. El encuentro mutuo es expresión del amor, pero también del instinto animal, sin dividir en esferas, superior e inferior, a la persona, sino todo el ser asumido en un deseo indiferenciado, "not merely the love of one person, but the animal instinct, the simple undifferentiated desire" (p. 104). La elección personal es una afirmación de los valores individuales, y, consecuentemente, una rebelión contra el aparato colectivista represor. Vemos cómo esta pareja, y sobre todo Julia, es particularmente sensible al aprecio de lo individual en forma de rebelión. Considera que lo inteligente es burlar las leyes y salvar la vida, "The clever thing was to break the rules and stay alive all the same" (p. 108). Odia esa especie de pureza o puritanismo que se viste con el manto de la bondad y la virtud; y, con fuerte carga de ironía, quiere la corrupción hasta los huesos.

I hate purity, I hate goodness! I don't want any virtue to exist anywhere. I want everyone to be corrupt to the bones (p. 103).

El plano de las verdades abstractas o mitológicas le resulta indiferente, "the difference between truth and falsehood did not seem important to her" (p. 126), frente al atractivo de poder construir un mundo secreto donde vivir como uno eligiera, "to construct a secret world in which you could live as you chose" (p. 111). Por ello, por encima de todos los inconvenientes, el lugar privado de sus encuentros aparece sublimado, ensalzado como un paraíso o un santuario: "Dirty or clean, the room was paradise" (p. 123). "Getting there was difficult and dangerous, but the room, itself was sanctuary" (p. 124). Y el encuentro amoroso no sólo es un placer y una realización personal, sino también quizá sobre todo, una batalla, una victoria contra el Partido, un acto político.

Their embrace had been a battle, the climax a victory, It was a blow struck against the Party. It was a political act (p. 104).

La experiencia existencial está teñida de profundo pesimismo. Porque la situación feliz está amenazada y no puede durar, "What was happening could not last long" (p. 124), y todas las salidas posibles están cerradas, "in reality there was no escape" (p. 125), en un camino de locura intencional que conduce hacia la tumba, "both of them knew that it was a lunacy. It was as though they were intentionally stepping nearer to their graves" (p. 115). Peor que la muerte —porque los dirigentes saben que la fidelidad puede ser peligrosa aún después de la muerte, como pasaba con los mártires— será la destrucción de todo sentimiento para siempre.

Everything will be dead inside you. Never again will you be capable of love, or friendship, or joy of living, or laughter, or curiosity, or courage, or integrity (p. 206).

Y la final mutua traición, ya no culpable, pero real, "I betrayed you, she said. I betrayed you, he said" (p. 235). No faltó la esperanza, que siempre es contrapunto del pesimismo y apoyo para que éste crezca a medida que aquélla sucumbe.

The inner heart, whose workings were mysterious even to yourself, remained impregnable (p. 137).

Corazón inexpugnable, pero por poco tiempo. Allí donde parece que ni uno mismo puede entrar del todo, porque siempre hay

un reducto de misterio, ellos pudieron entrar para matar la libertad de amar y toda esperanza de un futuro diferente.

But they could get inside you. Something was killed in your breast, burnt out, cauterized out (p. 234).

El hombre, un ser para la muerte

La bien conocida sentencia de Heidegger no tendría ninguna novedad si se refiriera a la muerte como final del proceso temporal de la vida. Pero algo distinto es considerar la muerte como un final definitivo y absoluto, negando, por lo tanto, cualquier forma de supervivencia. En *Nineteen Eighty - Four* encontramos la misma sentencia heideggeriana: "every human being is doomed to die" (p. 212), pero referida sólo al individuo, de manera que existe la posibilidad de la supervivencia colectiva identificándose con el Partido. Sólo así se puede decir que el hombre es todopoderoso e inmortal.

If he can merge himself in the Party so that he is the Party, then he is all-powerful and immortal (ibid.).

Porque el individuo es sólo una célula al servicio del organismo. Envejece y muere para que el organismo renazca y viva, y, en la medida en que al morir contribuye a que el organismo viva, se puede decir que vive en el organismo —el Partido— siempre renovado e inmortal. "The individual is only a cell. The weariness of the cell is the vigour of the organism" (ibid.). El individuo, solo, libre, siempre es vencido. Pero es poderoso al dejar de ser individuo. De ahí el sentido del slogan "Freedom is Slavery", que es reversible, "Slavery is Freedom"; es decir, hay que empezar por el sometimiento al Partido —libertad *in fieri*— para llegar a la libertad plena de la esclavitud aceptada (ibid.).

Conclusión

La libertad que queda no es libertad. Afirmar que la libertad es la esclavitud es una contradicción insostenible, sólo explicable den-

tro del sistema del "doublethink". La otra libertad que queda es la de los proletarios. "Proles and animals are free" (p. 61). Son seres inferiores, comparables a los animales. Sus únicas finalidades son trabajar —comer— y procrear. Tienen libertad para seguir el curso del instinto. En realidad, es llamar libertad al determinismo físico. Cuando falta la raíz intelectual —y se considera que los proletarios carecen de entendimiento— no puede haber libertad humana. "They can be granted intellectual liberty because they have no intellect" (p. 169).

Todos los caminos a la esperanza de un futuro diferente, humano y libre, están cerrados. Winston había escrito: "If there is hope, it lies in the proles" (p. 59). Pero nunca se rebelarán. "The proletarians will never revolt" (p. 210). Están apesados en un círculo vicioso, cuidadosamente vigilado para que no se rompa:

Until they become conscious they will never rebel, and until after they have rebelled they cannot become conscious (p. 60).

Avocados al pesimismo existencial absoluto, ni siquiera atenuado por la luz de la esperanza, desde la alienación, la soledad, la represión y las contradicciones, sólo cabe enviar saludos.

From the age of uniformity, from the age of solitude, from the age of Big Brother, from the age of doublethink - greetings! (p. 26).

tástica en *Micromégas* para atacar la sociedad de su tiempo, que describe ubicada en una sociedad imaginaria. Dutourd y Curtis no tienen problemas de censura. Si utilizan la forma literaria de la literatura de anticipación es porque les agrada como juego literario y también para despertar el interés del lector, ya que este género permite avisar al lector con más eficacia de los peligros potenciales que le roedañ. Supone una reflexión sobre el comportamiento de los individuos y sobre el porvenir de la sociedad en general.

Estos dos novelistas son unos moralistas que utilizan el molde y los recursos del género literario de novela de anticipación para prevenir al lector de los peligros que le acechan si las cosas siguen así.

PREMONICIONES CATASTRÓFICAS EN LA CIENCIA-FICCIÓN

Carmen OLIVARES RIVERA

I. La continuidad de Frankenstein

Las raíces históricas de la ciencia-ficción son tan profundas y los precedentes tan numerosos que consumiría todo el espacio disponible con tan sólo mencionarlos. Por ello comenzaré por la obra que, según la mayoría de los críticos, se tiene como punto de partida de este género en el sentido contemporáneo, *Frankenstein* (1818). Dicha obra, de argumento bien conocido, fue escrita por una joven de 19 años, Mary Shelley, hija de una de las primeras feministas históricas, Mary Woolstonecraft, y esposa del gran poeta romántico Percy Shelley. En ella, el hombre de ciencia representado por Victor Frankenstein, por medio de una fuente de energía entonces recién descubierta, la electricidad, asume el papel de creador de la vida y anima la materia muerta de un cadáver, originando la conocida figura del monstruo, doblemente patética por su capacidad de padecer e infringir sufrimiento.

Desde entonces, la línea de criaturas formadas o deformadas por la mano del hombre ha continuado ininterrumpidamente, suscitando en el lector casi los mismos sentimientos de simpatía y alarma que el monstruo de Mary Shelley. Un ejemplo que todos tenemos en mente es el del conjunto aterrador de seres surgidos de la fantasía de Wells en *La Isla del Dr. Moreau*. La mutación de la vida humana y animal sigue estando presente en la CF contemporánea de la que he seleccionado algunos ejemplos.

James Blish¹ nos presenta una situación en un futuro relativamente distante (2161) en la que la ciencia es capaz de restaurar los cuerpos de tal suerte que se ha podido traer de nuevo a la vida al compositor Richard Strauss. Habla el médico responsable de la operación:

"The date —Dr. Kris said— is 2161 by your calendar, or, in other words, it is now two hundred and twelve years after your death. Naturally you'll realize that by this time nothing remains of your body but the bones. The body you have now was volunteered for your use".

En otro estremecedor proyecto de Maurice Richardson² se mantienen con vida un grupo de cabezas decapitadas; el propósito final del experimento es conseguir una consciencia unificada. Habla un *Decap*:

"They will begin by blacking us all out and re-connecting our blood supply to large pumps of six so that every six Decaps will share the same blood supply system. That's only the beginning. The ultimate aim is total cerebral community. Larger and larger brains, until they get something altogether new".

Lo que no pudo imaginar Mary Shelley es que la inteligencia pudiera residir en un medio artificial. Tal posibilidad, desarrollada sobre todo tras la segunda guerra mundial, está abundantemente ejemplificada en la CF, en cuyos relatos aparecen fundamentalmente dos tipos de seres, el *robot*, totalmente mecánico y el *cyborg*, parcialmente humano y parcialmente cibernético. Damos un ejemplo de cada caso.

1 BLSH, James. "A Work of Art" en *Best SF Six*, ed. por Edmund Crispin. London, Faber & Faber, 1975 (1966), p. 24.

2 RICHARDSON, Maurice. "Way out in the Continuum" en *Best SF Seven* ed. por Edmund Crispin. London, Faber & Faber, 1970, p. 61.

Milton Rothman³ describe un robot androide, con pasiones tan humanas que sufre incluso de depresión y ha de participar en una sesión de terapia de grupo. He aquí al robot en sus propias palabras:

"Como saben soy el último de una serie de ordenadores de interacción humano-mecánica, destinado a cumplir las funciones de un científico de amplio espectro. Algunas personas me llamarían un robot; conceptualmente mi diseño sugiere dos ideas. Una es la consola que permite a un operador humano interactuar con un gran ordenador en lenguaje corriente; la segunda es el ordenador capaz de aprender por sí sólo y buscar su propia información y su propia experiencia y no necesita que un operador humano lo programe de antemano".

Para Henry Kuttner⁴ el cyborg puede ser usado con gran provecho en los malvados diseños de una organización criminal. Dice el cyborg:

"Look I've got eyes that are delicately sensitive to grades and shades of colour. I've got arm attachments that can be refined down until they handle microscopic apparatus. I can draw pictures and - under a pseudonym, I'm a pretty popular cartoonist".

Los sentimientos despertados por estos seres artificiales son una mezcla de miedo y esperanza. Para prevenir su posible rebelión contra los humanos Asimov estableció las celebres *leyes de la robótica*⁵:

"1.- A robot may not injure a human being or, through inaction, allow a human being to come to harm.

2.- A robot must obey orders given it by human beings except when such orders would conflict with the First Law.

3 - A robot must protect its own existence as long as such protection does not conflict with the First or Second Law".

En líneas generales, los autores piensan que los robots más sofisticados van a evolucionar según una línea de conducta muy semejante a la humana; no mejores, pero tampoco necesariamente peores que el hombre mismo.

3 ROTHMAN, Milton. "Integrarse" en *La Mejor Ciencia Ficción*, recopil. por F.J. Ackerman. Barcelona, A.T.E. (1976), p. 139.

4 KUTTNER, Henry. "Camouflage" en *Best SF Six* op. cit. p. 149.

5 OLANDER, J.D. y Martin H. Greenberg, Eds. *Isaac Asimov*, Edinburgh, Paul Harris, 1977, p. 187.

II. Calamidad universal

El más espectacular de estos casos, la colisión cósmica, no aparece muy profusamente ejemplificado en la CF. Pienso que la causa puede ser el que el Fin del Mundo, Fin de los Tiempos o como quiera llamársele, es un hecho totalmente aislado por la civilización occidental, tanto desde el punto de vista científico cuanto desde la cosmovisión judeo-cristiana que configura esta civilización. Tenemos, desde luego, ejemplos clásicos como la muerte térmica del universo en *The Time Machine* de Wells o la catástrofe universal en *The First and Last Men* de Stapledon. En la literatura más reciente aparecen casos de peligro por amenaza de colisión con cuerpos celestes, peligro que, en ocasiones, puede conjurarse a tiempo gracias a la capacidad científica y tecnológica.

Fred Hoyle⁶, Astrónomo Real inglés y autor de CF presenta una situación en la que la tierra se ve amenazada por una inmensa nube que bloquea la luz del sol y la somete a extremos rigores climáticos. Además se descubre que la nube es en realidad un ser inteligente, con lo cual se reaviva el permanente tema del soporte no orgánico de la inteligencia.

Brian Aldiss⁷ describe también al planeta como inmerso en una especie de gigantesca nube. En esta ocasión no se describe el fenómeno a través de la experiencia de un grupo de científicos, sino como un hecho religioso "The Huge God" en torno al cual se establece una jerarquía y un culto:

"Now we profess in our Creed that our Huge God changes shape and length and number of legs according to whether he is Pleased or Angry with men".

Dado que el fin del universo se da por seguro, no ha lugar para una reflexión de tipo moralista, tan del agrado de los escritores de CF. Así Frederick Pohl⁸:

"Avizorar el futuro, mostrar sus extraños e inesperados giros, proporcionar un catálogo de futuros posibles para que el mundo elija, iluminar las decisiones que po-

6 HOYLE, Fred. *The Black Cloud*, Harmondsworth, Penguin, 1980 (1957).

7 ALDISS, Brian. "Heresies of the Huge God". en *Best SF Seven*, op. cit. p. 86.

8 POHL, Frederick. "Discurso de los huéspedes de honor", Lacon 1972 en *La Mejor Ciencia Ficción*, op. cit. p. 125.

demostremos tomar; éstas son no las únicas cosas que puede hacer la ciencia-ficción, pero sí las cosas que la ciencia ficción puede hacer mejor que cualquier otro instrumento humano".

Las calamidades naturales incontroladas —hambre, epidemias, etc.— aparecen ejemplificados en la época de la CF. Mary Shelley señalaba en 1826 (*The Last Man*) los efectos devastadores del hambre y la peste. Suceden estos desastres en vísperas del año 2000, en una época en que el avance de la ciencia y el progreso social han llevado a la Humanidad a punto de alcanzar la felicidad eterna⁹.

Jack London en 1907 alude a una terrible plaga que destruye la civilización y devuelve a la Humanidad a la prehistoria¹⁰.

En conjunto, sin embargo, la CF ha hecho más hincapié en la catástrofe culpable; sobre todo en la inducida por las causas señaladas en los apartados IV al VI.

III. La invasión de alienígenas

Los alienígenas poblados tan densamente la CF que, por economía de espacio, no haré sino mencionar dos ejemplos antropomórficos y dos no-antropomórficos.

La criatura descrita por Thomas N. Scortia¹¹ aparece en el desierto de Arozona y tiene la propiedad de envejecer aceleradamente. Es una mujer:

"El cuerpo aparecía cuidadosamente articulado pero su olor era indudablemente de hembra, una clara fragancia femenina totalmente exenta de los polvos y perfumes que siempre había despreciado en las mujeres que había conocido. Reparó en la parte inferior de su cuerpo; carecía de rasgos, la región genital era absolutamente lisa, asexual".

Según un relato de John Wyndham¹², los invasores han implan-

9 KAGARLITSKI, Juli, *¿Qué es la ciencia-ficción?*. Barcelona, Guadarrama, 1977 (1974), p. 334.

10 LONDON, Jack. "La Peste Escarlata", en *Ciencia Ficción Omnibus*, Ed. por Kurt Singer, Barcelona, A.T.E., 1978 (1907).

11 SCORTIA, Thomas N. "Para cuando llegue a Fenix", en *La Mejor Ciencia Ficción*, op. cit. p. 154.

12 WYNDHAM, John, *The Midwich Cuckoos*, Harmondsworth, Penguin 1980 (1957), p. 96.

tado sus propios embriones en el útero de las mujeres residentes en la apacible localidad de Midwich. Los niños que nacen y que más tarde darán pruebas de poseer una consciencia colectiva tienen una apariencia totalmente corriente, excepto por el extraño color de sus ojos.

"Most striking are the eyes. These appear to be quite normal in structure; the iris, however, is, to the best of my knowledge, unique in its colouring; being of a bright, almost fluorescent-looking gold, and is the same shade of gold in all".

El mismo John Wyndham nos proporciona un ejemplo no antropomórfico ya clásico en la CF —el Trífido— o planta caminante. Cuando casi toda la población queda ciega por un fenómeno natural, los trífidos adquieren ventaja para matar seres humanos del certero golpe de un tallo extensible. Así camina la planta¹³:

"When it walked it moved rather like a man on crutches. Two of the blunt 'legs' slid forward, then the whole thing lurched as the rear one drew almost level with them, then the two in front slid forward again. At each 'step' the long stem whipped violently back and forth; it gave one a kind of seasick feeling to watch it".

El otro ejemplo es zoo-antropomórfico (combinación muy frecuente) y procede de una de los jóvenes escritores de CF, Robert Silverberg. Este alienígena no es malévolo ya que se trata de una especie de diplomático del planeta Dirna enviado a la Tierra a negociar¹⁴.

"The alien stood eight feet high, and gave an appearance of astonishing mass. It must have weighed four or five hundred pounds, but it stood on two thick legs barely three feet long. Somewhere near the middle of the column body, four sturdy arms jutted forth strangely. A neckless head topped the ponderous creature - a head covered entirely with the transparent breathing mask".

IV. La tecnología maléfica

El tema de la tecnología está inextricablemente unido al de la

13 WYNDHAM, John. *The Day of the Triffids*, Harmondsworth, Penguin, 1972 (1951), p. 40.

14 SILVERBERG, Roberts. "Master of Life and Death" en *Science Fiction Special* N. 28, p. 130.

patología social, pues, de alguna manera, la tecnología no causa sino sólo multiplica los efectos de la proclividad al mal que muestran los seres humanos.

Por lo común, los escritores de CF no parecen juzgar la tecnología con criterios éticos, sino que imputan las indeseables secuelas que de ella pueden derivarse al *mal uso* que de ella hacen las personas. Como ilustraciones de la amenaza de deshumanización, simplemente mencionaré las casas completamente mecanizadas que describe Bradbury en sus cuentos *There Will Come Soft Rains*, *The Veldt* y *The Murderer*^{15, 16}. Estos son casos de tecnología mecánica clásica.

Mencionaré también un par de ejemplos de ingeniería médica que nos conecta de nuevo con la tradición Frankenstein. Uno es el remplazo total de órganos que puede dar a un hombre de 90 años la apariencia de uno de 40, aunque no obviamente su mentalidad. Este caso es descrito por Frederick Pohl en *Los Mercaderes de Venus*¹⁷. Robert Bloch por su parte¹⁸ se refiere a la reproducción clónica por la que un pequeño planeta se ve poblado de seres idénticos, llamados, sin duda con carácter alusivo, Skinner. Todos, ingenieros, cocineros, transportistas... son el mismo Skinner.

Si la mecánica y la ingeniería médica son susceptibles de provocar efectos alarmantes, el dominio de una tecnología de capacidad eminentemente destructiva es lógicamente motivo de preocupación para los escritores de CF desde antiguo. Rara vez se contempla, sin embargo, la destrucción total del hombre o la desaparición física del planeta. Es más frecuente presentar una mortandad de gigantescas dimensiones, la aniquilación de las infraestructuras que sirven de soporte a una vida civilizada o la regresión a una etapa pre-industrial de rasgos más o menos medievales.

Cuando la guerra se ha desarrollado con armamento atómico, una de sus más horribles secuelas es la mutación genética, que originará monstruos de naturaleza imprevisible.

Una de las más reveladoras denuncias sobre los peligros de una

15 BRADBURY, Ray. *The Golden Apples of the Sun (Story Collection)*, New York, Garden City, 1953.

16 BRADBURY, Ray, *The Illustrated Man (Story Collection)*, New York, Garden City, 1951.

17 POHL, Frederick, "Los Mercaderes de Venus" en *La Mejor Ciencia Ficción*, op. cit.

18 BLOCH, Robert. "Por Siempre amén", en *La Mejor Ciencia Ficción*, op. cit.

guerra generalizada figura en fecha muy temprana (1908) en la novela de H.G. Wells *The War in the Air*. Más que el propio argumento me interesa resaltar las ideas que expone Wells en los prefacios a las reediciones de la novela. En el de la edición de 1921 dice¹⁹:

“The thesis is this; that with the flying machine war alters in its character; it ceases to be an affair of ‘fronts’ and becomes an affair of ‘areas’; neither side, victor or looser remains immune from the gravest injuries, and while there is a vast increase in the destructiveness of war, there is also an increased indecisiveness. (...) National and imperialist rivalries march whole nations at the quickstep towards social collapse”.

El prefacio, muy corto, a la edición de 1941 termina con esta muy británica nota de sombrío humor.

“Is there anything to add to that preface now? Nothing except my epitaph. That, when the time comes, will manifestly have to be: ‘I told you so. You *damned* fools’. (The italics are mine)”.

Wells aun alcanzaría a conocer las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki, ya que murió en 1946 a la edad de 80 años.

Un ejemplo más reciente de los efectos de la destrucción generalizada lo tenemos en la importante novela *Cántico a San Leibowitz*²⁰. Se nos relata en ella la historia de los monjes de la Orden Albertiana de San Leibowitz²⁰, que se dedica a la escasa cultura que pervive tras un desastre atómico y con el tiempo foco de un nuevo renacimiento tecnológico que, a su vez, desemboca en una nueva catástrofe, sólo que en esta ocasión da tiempo para enviar a un grupo de niños al espacio a la búsqueda de acomodo en otro planeta. Voy a limitarme a citar la descripción de una mutante, una mujer a la que se ha crecido una segunda cabeza con estos rasgos:

“Era una pequeña cabeza, querubínica, que nunca abría los ojos. No daba señales de compartir el aliento o la comprensión. Se balanceaba inútil sobre un hombro, ciega, muda, sorda y sólo vegetativamente viva. Quizá carecía de cerebro pues no mostraba ningún signo de conciencia independiente o personalidad”.

19 WELLS, H.G., *The War in the Air*, Harmondsworth, Penguin 1976 (1908).

20 MILLER, Walter M. Jr. *Cántico a San Leibowitz*, Barcelona, Bruguera, 1972 (1956), p. 357.

V. La superpoblación

Las consecuencias de este hecho, hambre, hacinamiento y degradación ambiental se reiteran abundantemente en la CF. Casi todo el mundo recuerda la película que con el título de *Soylent Green* contaba la historia escrita por Harry Harrison, miembro de la Nueva Ola Americana cuyo título original es *Make Room! Make Room!* El famoso alimento *soylent green* resultaba estar hecho del reciclado de cadáveres.

Personalmente, dentro de este tema, me ha impresionado un relato de Ballard²¹ en el que se va narrando el cada vez más angustioso proceso de reparto del espacio. El siguiente es un párrafo significativo:

“So Rossiter dismantled the partitions and moved them closer together, six beds now in line along the wall. This gave each of them an interval two and a half feet wide, just enough room to squeeze down the side of their beds. Lying back on the extreme right, the shelves two feet above his head, Ward could barely see the wardrobe, but he space in front of him, a clear six feet to the wall ahead, was uninterrupted”.

VI. Patología social o distopías

A este grupo pertenece precisamente *1984* y es un subconjunto en el que se sitúan bien conocidas obras.

El patrón común es el del modelado o condicionamiento del individuo por parte de las instituciones, condicionamiento del que es coadyuvante, aunque no causa, el avance científico y tecnológico. Me interesa recalcar que las novelas distópicas son, en su gran mayoría asépticas en lo tocante a la ideología política que sustenta la manipulación del individuo.

Los historiadores de la CF señalan como novela pionera y germinal en este subgénero a *Nosotros* de Yevgeni Zamiatin (1920) cuya acción se desarrolla en el Estado Unico donde los ciudadanos tienen la vida absolutamente reglamentada hasta en los aspectos más personales de suerte que han ido adquiriendo simplemente la condición de números.

21 BALLARD, J.G. “Billennium”, en *Best SF Six*. op. cit., p. 234.

Este proceso de modelado y ahormado forzoso del individuo está presente de una u otra forma en novelas tan divulgadas como *Brake New World* de Huxley (1932), *Piano Player* de Vonnegut (1952), o *A Clockwork Orange* de Burgess (1962).

En una novela relativamente reciente *The Shockwave Rider* de John Brunner (1976), los temas básicos permanecen inalterados. La extensión de la informática ha creado una sociedad conectada en la que el individuo por sí mismo se encuentra totalmente desvalido ante el sistema. Por otra parte, los gobiernos rivalizan en la creación (o fabricación), mediante técnicas de modificación de la conducta y alteración genética, de seres intelectualmente superiores pero políticamente sumisos.

Los propios autores de CF son conscientes de la contradicción radical que implica tratar de actuar sobre la sociedad aunque sea con el más benevolente de los fines. Esquemáticamente expuesta, esta contradicción supone que, al ser erradicado el mal, resueltos los problemas y eliminados los conflictos, la sociedad quedaría sumida en un estancamiento vegetativo que quebrantaría la ilusión y el progreso.

Asimov expone esta paradoja en *El fin de la eternidad*²². Los Eternos son unos seres que tienen la capacidad de viajar a través del tiempo de modo que pueden influir sutilmente en los acontecimientos para prevenir accidentes y desgracias que incidirían desfavorablemente en la sociedad. La tesis que se expone al final del libro es, no obstante, que esta especie de hiperprotección a la humanidad entraña, al propio tiempo, el freno de los impulsos creadores que hubieran llevado a la raza humana a expandirse por todo el universo.

Hay una impresionante narración corta de John Wyndham, *Consider her Ways*²³ que presenta el dilema en una curiosa fábula, cuyos detalles debo omitir en razón de la brevedad. Por una serie de circunstancias, la sociedad se ha convertido en la sociedad de sólo mujeres, aunque sin dejar por ello de estar constituida jerárquicamente. Se han eliminado los elementos más negativos que suelen asociarse con el sexo masculino: agresividad, competitividad, guerra... Un gran orden y belleza parecen presidir la vida de la co-

22 ASIMOV, Isaac. *El fin de la eternidad*, Barcelona, Martínez Roca, 1977 (1955).

23 WYNDHAM, John, "Consider Her Ways" en *Best SF Five* ed por Edmund Crispin, London, Faber & Faber, 1971 (1963).

munidad. Sin embargo, inevitablemente, ha desaparecido también la intensa emoción y la pasión que lleva consigo la, a veces precaria, pero siempre estimulante dialéctica de los sexos.

Empecé con una mujer, Mary Shelley, y quisiera terminar con otra mujer Ursula K. Le Guin. En su novela *The Dispossessed*²⁴, subtitulada "una utopía ambigua" presenta dos modelos de comunidad: la de Anarres, organizada según los principios del anarquismo histórico y la de Urrás, que viene a representar un estadio avanzado del capitalismo clásico. Las dos sociedades muestran sus limitaciones e incapacidades, aunque la autora no puede dejar de mostrar su inclinación por el modelo anarquista. En las sociedades competitivas, de capitalismo de mercado, el peligro reside en que los lazos sociales se destruyan en la carrera por el poder y el prestigio. En las sociedades comunales, basadas en la planificación económica, el riesgo reside en que las metas sociales aplasten las aspiraciones legítimas del individuo.

En la novela subyace un mensaje de esperanza de conseguir con esfuerzo, generación tras generación, la compaginación de la voluntad de dominio y el impulso a la generosidad.

A modo de *post-criptum* quisiera añadir una breve referencia, dejando al arbitrio de los lectores el interpretar si se trata o no de una premonición catastrófica. En 1970 (recuérdese la fecha) publica Brian Aldiss un cuento con el título de *Swastika*. Se supone en él que Hitler sigue vivo y es un anciano refugiado en Holanda. Entabla conversación con un joven inglés que quiere montar una ópera "rock" sobre la historia de su vida. El joven dice a Hitler que en las actuales circunstancias duda que se pudiese llevar a cabo los planes del nacional-socialismo. Responde Hitler²⁵:

Q"“I have been extremely encouraged to see the vigorous and uncompromising attitudes of American leaders like Reagan...””.

NOTA: No me ha sido posible, como hubiese sido mi deseo, acceder a todas las novelas y relatos en versión original inglesa.

Agradezco a un buen amigo José Francisco Mateo el amable préstamo de interesantes ejemplares de su colección particular.

24 Le GUIN, Ursula, *The Dispossessed*, New York, Harper & Row.

25 ALDISS, Brian W. "Swastika" en *Best SF Stories of B. W. Aldiss*, London, Faber & Faber, 1971 (1970), p. 184.

LA NOVELISTICA NORTEAMERICANA Y SU NEGACION DE LOS MITOS ORIGINALES

José M^a. BARDAVÍO

Macbeth se encuentra seguro. Nadie puede quitarle el trono. Las brujas vaticinaron que nadie nacido de mujer podría arrebatarse el trono a Macbeth. Otras profecías fallaron pero cuando Macbeth se encuentra en la lucha final con Macduff parece harto de tanta sangre y se apiada de Macduff. Le asegura que es imposible que le venza: *Nadie nacido de mujer puede vencer a Macbeth*. Pero Macduff contesta: *Yo no nací de mujer. Me extrajeron del vientre de mi madre antes de que me pariera*. Y a continuación y de un tajo le corta la cabeza.

El nacimiento de Norteamérica puede explicarse desde esta propuesta nuestra a la que llamamos el *mito de Macduff*. Norteamérica nació con la llegada de un pequeño grupo de puritanos que venían con la pulsión síquica colectiva de *nacer* en América. Inglaterra, la madre perversa, les había perseguido desde el momento en el que formularon y desarrollaron sus teorías radicales y, consecuentemente, impedido formarse social, cultural y políticamente; les había impedido formarse como comunidad diferenciada y como ser social. Los puritanos querían volver a las fuentes de la Iglesia en

un momento en el que la estrategia política inglesa trataba de establecer corrientes liberales que consiguieran la concordia entre las distintas iglesias. En el hervidero religioso en el que se había convertido el país los radicales debían ser perseguidos.

Y abandonaron Inglaterra y se refugiaron en Holanda: Provocaron su propio aborto (para no extinguirse en una madre que les aniquilaba) para permitirse seguir consolidándose, para permitirse seguir viviendo embrionariamente. Pero Holanda no satisfizo sus aspiraciones. El ambiente seguía manifestándose en su contra: un idioma extraño; cargas fiscales; reclutamientos forzosos en empresas militares totalmente ajenas a sus intereses, etc. Y decidieron encontrar el lugar apto para expresarse sin traumas. El lugar apto para (síquicamente) nacer como colectividad: América. El viaje del Mayflower señala la conciencia de devolverse simbólicamente a un origen perfectamente original: elegido por ellos; un trasvase uterino desde una madre perversa que les negaba, a una madre buena para en ella nacer, para en ella empezar a ser.

En la gigantesca bolsa amniótica del océano el diminuto embrión de un grupo tribal empieza a navegar hacia la vida, hacia la inmaculada vagina del Nuevo Mundo. Buscaron la salida a su propio ser por una oquedad jamás fecundada culturalmente. Y no nacieron de una madre virgen sino que nacieron a una madre virgen.

Un nacimiento provocado para evitar su muerte, una cesárea, salvó a Macduff. Y también, la propia expulsión del seno de la madre patria salvó a los brownistas de su extinción. Este grupo embrionario se reproduciría rápidamente debido a la ubérrima naturaleza de la madre elegida para nacer. Y un siglo más tarde —con la Independencia— Macduff seccionaría la cabeza a Macbeth; se desprendería de la madre que le impidió nacer.

El nacimiento de Norteamérica es perfectamente original. Difiere completamente del surgimiento de otras naciones. En la génesis de la fundación de América late ya el pecado de orgullo de Achab, obsesionado con la idea de destruir la parte negativa de lo creado por Dios, la ballena provocadora y misteriosamente blanca de Europa. El narcisismo de Ishmael capaz de perderse hasta lo infinito en sus propias ensoñaciones. El adanismo imposible de Nathanael Bumpo, el equilibrista andrógino que cabalgó el primer paraíso americano haciendo piruetas imposibles entre blancos e indios. El anhelo por la *diferencia* que esconde la cándida excursión campestre de Rip Van Winkle.

Pero sobre todo, el nacimiento de norteamérica esconde su ra-

zón más profunda en las características mismas de su propio nacimiento que no fue premeditado sino forzado, como el nacimiento de Macduff. El grupo de *padres peregrinos* que fundaron las primeras colonias de Nueva Inglaterra pertenecía, como decíamos, a la más radical de las tendencias del puritanismo. Eran brownistas. Pretendían la exclusión de Inglaterra de cualquier doctrina religiosa que se alejara de la normativa bíblica ortodoxa; pretendían la exclusión de todo lo que no emanara de la palabra de Dios declarada en la Biblia. El estado, la sociedad, la vida cotidiana, debía de ser un estricto reflejo de la voluntad divina.

En un país, Inglaterra, en donde la concordia y el entendimiento entre las distintas iglesias se consideraba indispensable para la estabilidad interna del país, las aspiraciones de los brownistas no sólo no parecían absurdas sino peligrosas. En medio del fermento y el auge de la pasión religiosa general, los brownistas alzaban sus extrañas voces en favor de una teodicea que atacaba tácitamente el poder establecido. Y se decretó su persecución. Así, antes incluso de formalizar su ideología y su pensamiento, antes de consolidarse en un grupo coherente, cuando sus aspiraciones eran más sentimentales que racionales, antes, en suma de *ser* plenamente se decretó su erradicación del cuerpo nacional: se les negó la vida.

Es entonces cuando de América llegan a Europa las noticias de los primeros asentamientos ingleses en Virginia. Se trataba de aventureros, militares y hombre de empresa que trataban de sacar beneficio de una tierra, que a pesar de los peligros parecía contener enormes beneficios. Pero no era la dimensión aventurística ni la mercantil o militar la que podía despertar en los puritanos su vocación americanista. Como hombres con aspiraciones culturales, como hombres dados a las utopías teológicas, los puritanos se sintieron movidos hacia América por otras causas: El descubrimiento de un nuevo continente había conmocionado profundamente la teología europea porque Europa, Asia y Africa, los tres continentes conocidos hasta entonces, componían un diseño espacial universal que parecía proceder directamente de la divinidad. La divinidad ofrecía el misterio de la trinidad en la configuración misma del orbe. Así es que la aparición de un continente nuevo disolvía automáticamente el complejo mecanismo teológico, que se sostenía en presencia refleja de la divinidad en la constitución misma del planeta. La presencia del Nuevo Mundo hizo que se rectificara los criterios teológicos. Por eso América empezó a ser contemplada desde otras perspectivas. Una de esas perspectivas consistió en entender que

América era un paraíso en la tierra. El lugar de la regeneración; el paraíso recuperado. El lugar diseñado por Dios para dar una nueva oportunidad a los hombres.

Cuando el mundo no ofrecía sino un espectáculo de fragmentación religiosa (con luchas por el poder enmascaradas tras el disfraz de la religión), la idea de un espacio virginal inédito y con posibilidades para emprender un nuevo éxodo bíblico cautivó los sueños de los puritanos cada vez más sofocados en Holanda y la idea del paraíso americano empezó así a formarse. Tal idea no sólo emanaba de las nuevas interpretaciones teológicas que explicaban la aparición del nuevo continente, sino que emanaba también de una aspiración antiquísima y con gran cantidad de manifestaciones en todas las literaturas. Desde muy antiguo, el hombre había soñado con la vuelta al estado puro que la humanidad vivió durante la Edad de Oro. Una enorme cadena de utopías se había formado desde la antigüedad presentando en cada eslabón, en cada obra, una nueva máscara para la misma idea del paraíso en la tierra. América venía a ser el último eslabón, un eslabón esta vez real de esa aspiración suprema de occidente reflejada en todas sus literaturas. Los movimientos arcádicos europeos y el *green world* de Shakespeare surgían ante la misma contemporaneidad puritana.

Para el psicoanálisis, esa aspiración perenne de vuelta al lugar paradisiaco parece surgir de una fuente segura; el recuerdo síquico de la estancia del hombre en el seno materno; el único y definitivo paraíso vivido por cada uno de nosotros. Atlántidas, arcadias y eutopías proceden de la misma fuente síquica. Y cuando las cosas de este mundo van mal, cuando el trauma se apodera de la sensibilidad del hombre es entonces cuando el registro impreso en la síque de la experiencia primigenia surge y surge de mil maneras. El inconsciente colectivo auna las aspiraciones, y la cultura muestra los cientos de waldenes, los miles de oasis, de comuna de hippies, desplegadas a perpetuidad a instancias del flujo de nuestra estancia en el paraíso materno.

Así, al estímulo del paraíso teológico americano, al estímulo utópico americano, se superpuso el trauma colectivo que padecían los brownistas. El trauma de haber sido expulsados del cuerpo de una madre perversa; abortados antes de haberse formado como grupo social. Y los brownistas presintieron a nivel profundo que sólo un paraíso, que sólo el nuevo útero proporcionado por la divinidad podía posibilitar su definitivo nacimiento. Y embarcaron en el Mayflower convencidos de que América había sido diseñada por Dios

para mostrar al mundo el camino de la regeneración puritana. Pero bajo el mesianismo abiertamente declarado en los primeros escritos americanos nosotros descubrimos que a nivel más profundo, a nivel analítico, la neurosis básica de ese grupo social fundacional es una *fantasia uterina*. El anhelo insondable de reencontrar el ambiente paradisiaco adecuado para acabar de formarse y nacer. Es decir, si Inglaterra les había expulsado, les perseguía y aniquilaba, América les ofrecía la vida.

Del incalculable potencial mítico que encierra el mito de Robinson debe extraerse el concepto de *self made man* que no surge en Estados Unidos como suele creerse sino precisamente de la novela de Defoe. Efectivamente Robinson es el primer burgués capaz de demostrar a la historia que él y la nueva clase social que representa (ahora en el siglo XVIII inglés en el poder) es capaz de sobrevivir y desarrollarse aun a pesar de los vientos y de las mareas más funestos y de las más pésimas circunstancias. Un hombre nuevo capaz de ser a partir exclusivamente de su propia dotación. Robinson Crusoe un nombre y un hombre cualquiera, y no un aristócrata, es capaz de sobrevivir en las condiciones más deficitarias. El burgués es pues autosuficiente y ejemplar. Pero en todo caso Robinson Crusoe no deja de ser una novela, y el manifiesto triunfalista que encierra es más una aspiración de clase que una realidad.

Lo importante de este mito es su reconversión, su traslación desde la Inglaterra del XVIII a tierra norteamericana para allí darle carta cabal de plausibilidad. Y así la exaltación europea de la autosuficiencia del hombre va a convertirse en una realidad para el norteamericano. El Robinson europeo va a convertirse en el Adán del Nuevo Mundo, en el Adán americano. La reconversión de este mito, produce una muy interesante variante: Robinson vivió en su isla sin olvidar ni un sólo instante su procedencia y la dotación ideológica de su procedencia. El Robinson americano (el Adán americano) muy al contrario, pretendía cortar de raíz su dotación histórica; negó su procedencia europea. Ser el primer hombre, Adán, en el nuevo paraíso regalado por Dios para la reconstrucción del ser humano.

Cuando en 1828 Andrew Jackson es elegido presidente de los Estados Unidos, tratará de convencer a todos que el *self made man* era posible en Norteamérica e imposible en cualquier otro lugar. Nótese en primer lugar cómo el mito puritano de la Nueva Jerusalén, de América como paraíso, relativamente olvidado desde la caída del puritanismo a principios del XVIII, es no sólo desempolvado his-

tóricamente sino sobre todo políticamente capitalizado por el partido demócrata del presidente Jackson. Esta propuesta política de Jackson estaba respaldada en la ingente obra de un historiador de la talla de Bancroft. La base de la vastísima obra de Bancroft referente a este tema consiste en asegurar que el advenimiento del pensamiento jacksoniano supone liquidar los últimos vestigios de la cultura europea en América. Jackson era el final de la purificación nacional iniciada con la llegada de los *padres peregrinos*, consolidada en la Revolución Americana, y culminada ahora con la llegada de Jackson al poder. Bancroft compara a Washington con Jackson, ambos habían vivido su juventud en el bosque entrenándose en la naturaleza y en la meditación para sus empresas posteriores. Estos dos presidentes no debían nada a la historia. Habían surgido en el paraíso americano, habían sentido y vivido esa unión del hombre con la naturaleza y de esa unión surgía el verdadero protagonista, el hombre nuevo (carente de historia) el verdadero *self made man*: Un hombre nuevo para la historia universal. La decadente, pernicioso y corrupta Europa quedaba así olvidada, liquidada.

No insistiré más en este tema, en la seguridad de que, para los políticos, para muchos intelectuales y para el pueblo americano, América presentaba al Nuevo Mundo un modelo de sociedad nuevo, perfectamente purificado de las corruptelas europeas, el lugar limpio y bien iluminado del que habla Hemingway (en otro contexto, claro está, en uno de sus relatos).

¿Cuál ha sido el papel de buena parte de los novelistas norteamericanos?: Negar sistemáticamente la tesis de los políticos. Y tal cosa comienza con el primer gran novelista norteamericano James F. Cooper. Nathaniel Bumppo el héroe de su famosa serie *Leathers-tocking* se ha criado en el bosque, es un hombre perfectamente hermanado con la naturaleza. Ve, admira y siente profundamente el milagro de la creación y su integración en la naturaleza es armónico y total. Pero Bumppo es el único Adán del paraíso americano. El resto de los personajes que atraviesan sus novelas se dedican a toda clase de prácticas degradantes, a menudo infames, como es no sólo la manipulación grosera de los indios sino su exterminio y también ejercicios sádicos institucionales como las ofertas de dinero hechas por el gobierno a cambio de cabelleras de indios. La destructiva acción de los pioneros contra la naturaleza al dedicarse a cazar las aves migratorias con cañones y a pescar con redes en los ríos,

etc., etc. Fácilmente puede notarse el poco crédito que Cooper daba a la teoría del Adán americano y lo consciente que el novelista era de que su héroe encarnaba un ideal utópico jamás presente en la realidad. Pero es que además el propio Cooper tajante por un lado en su postura a favor de los indios por otro lado desapruueba rotundamente el mestizaje, de ahí la redundancia de fatalidades cuando en sus novelas aparece la posibilidad de un romance entre una blanca y un indio. Axiomáticamente ambos caerán fulminados por alguna flecha perdida. Y llega incluso a lo ridículo cuando la posibilidad de tal amor habría surgido porque la heroína blanca no es blanca del todo sino que corre por sus venas algún antecedente de raza negra (el caso de Cora en *The Last of the Mohicans*), es decir, la unión sexual entre indio y blanca anglosajona era simplemente inimaginable y eso dentro del progresismo que en otros sectores de su pensamiento veíamos en este autor.

Nathaniel Hawthorne invalida también la tesis jacksoniana tras el análisis entre lo que decían los puritanos fundadores de la nación era su credo, y sus acciones. Hawthorne trató de demostrar que la teodicea organizada por los puritanos del siglo XVII fue un sistema peligroso e hipócrita. Tal tesis la desarrolla en su más famosa novela *The Scarlet Letter*. Para empezar, la fuerza que activa a Hester Prynne para sobrevivir en la puritana comunidad de Boston es la fuerza emanante de su pasado inglés y no colonial. Quiere decir Hawthorne con esto que la utopía de tratar de eliminar la procedencia histórica anhelada por los puritanos para crear el nuevo hombre americano, era la fuente más segura de su perversidad. No eran santos sino perversos dice Hawthorne en esta novela. El simple anhelo de renunciar a sus orígenes históricos un pecado de orgullo que, como en las tragedias clásicas, debe ser pagado por el héroe. Efectivamente los puritanos en su afán perfeccionista dejaron de ser humanos. Su maniaca actividad de hermanarse con la idea de un dios perpetuamente airado, les convirtió en obsesos que acabaron destruyendo inquisitorialmente a quienes sospechaban culpables de pecado. Actividad que se desarrolla en la novela contra la adúltera Hester Prynne (y práctica verdaderamente espeluznante, en la famosa quema de brujas a principios del siglo XVIII). Así que para Hawthorne, nada había tan lejos de la verdad como el sueño del paraíso americano y aceptar como adanes a sus primitivos pobladores puritanos.

En *The Adventures of Huckleberry Finn* el paraíso americano queda reducido a la línea de agua del Mississippi. Cada vez que esa

pareja negada por la historia y sólo posible en la ficción (como quizá es la verdadera aspiración del sueño americano) y que consiste en la asociación de un niño blanco y un negro adulto, salen del río (salen del sueño de hermandad racial) y tocan cualquier orilla, allí, y con toda seguridad, les espera la violencia, el crimen, la persecución, el racismo, el odio, el engaño, el fraude, la desesperación y la muerte. Lazos entrañables perfectamente utópicos en el tiempo en el que la novela fue escrita crecen entre Huck y Jim, pero cuando su hermandad quiere extenderse tierra adentro, una realidad histórica increíblemente despiadada se abate sobre ellos; jamás permitiendo el florecimiento pacífico de tal hermandad.

William Faulkner es el autor que da el paso más radical en cuanto a la anulación del mito del paraíso americano. Si tal anulación de tal mito es omnipresente en el conjunto de su obra, en *The Bear* queda perfectamente clara. Ike MaCaslin se siente incapaz de aceptar la herencia de su familia cuando tiene ocasión de leer una serie de documentos que explican la conducta de sus antecesores con los esclavos negros de la plantación. Es tal el horror que suscita en su conciencia la evidencia de las vejaciones y depravaciones acumuladas por su familia que el legado familiar, la plantación, el paraíso que debió ser habitado en una concordia interracial, se le muestra ahora infernal e inaceptable desde tal revelación. Comprende que la explotación sexual de las esclavas negras creó una oscura línea bastarda, mestiza, cuyas vicisitudes históricas son tan siniestras que tiñen de espanto la historia familiar y que en consecuencia, el orgullo de sangre sureño es una hipócrita reacción al pecado de la esclavitud y al sinfín de consecuencias que la esclavitud recreó volviéndose en contra de sus gestores y patrocinadores.

No aceptar la plantación significa no sólo abjurar del mito del paraíso sino de la historia misma del Sur, puesto que ese microcosmos de la finca es en verdad la historia del Sur desde la llegada de los blancos hasta los años treinta de nuestro siglo. Pero es que el viento que impulsó las velas de los barcos que venían de Inglaterra era un viento infectado; dice Faulkner extendiendo su pesimismo no sólo al contexto histórico sureño sino a la condición misma del hombre.

En *Being There* (traducida con los títulos *En el jardín* (Pomai-re) y *Bienvenido Mr. Chance* (Bruguera), la tradición mítica de América como paraíso la vislumbramos, una vez más, enormemente degradada. El paraíso es ahora un diminuto jardín y su Adán un héroe profundamente neurótico. Pero también los alrededores de ese

paraíso duramente ironizado, las personas que habitan la gran ciudad, se hallan inmersas en una maraña de convenciones, ritualizaciones y, en suma, superficialidades que ocultan hasta lo insondable los valores que hicieron posible esa sociedad. Cuando la novela acaba Chance está a punto de ser elegido presidente de los Estados Unidos. Su fulminante ascenso producido por una cadena de casualidades cuya esencialidad —aun imposible— nos hace pensar que lo imprevisible, que la casualidad, puede ordenar una terrible *realidad*; que la realidad es una cadena de absurdas casualidades y que, sobre todo, tal cosa es posible porque aquel mundo de la sacralidad que inspiró los primeros movimientos de los pueblos y de las culturas está tan lejos de la realidad que aquellas verdades han dejado de tener contacto con estas realidades. Y, por lo tanto, en este mundo profano, Mr. Chance —el dios de la casualidad— puede ordenar a su incompetente capricho no sólo la realidad sino el destino de los hombres.

Todavía divisamos un último eslabón en esta cadena de negaciones al mito del paraíso americano. Se trata de la novela de J.P. Donleavy, *A Fairy Tale of New York*, porque el héroe de esta novela cierra el mito. Cierra el proceso novelístico de negación del mito, abandonando para siempre los Estados Unidos. El héroe que llega de vuelta a América en busca de su propia identidad como norteamericano, ante la desenfadada, absurda y apocalíptica sociedad que encuentra y vive, ante el convencimiento de su propio agotamiento, acaba dejándola. Y toma el barco que le devuelve a Europa. Es como si Macduff (los brownistas que buscaron América para nacer) se negara al nacimiento. Como si los *padres peregrinos* remprendieran el camino de vuelta a casa (a la madre patria original ante el desvarío de su odisea americana).

La novela de Donleavy cierra la trayectoria del mito del paraíso americano siendo el último eslabón el más duro y cruel de todos. Y el más coherente en la dinámica misma de negación secular del mito desde la perspectiva de la novelística americana y su escrupuloso lavado de mitologías construidas en circunstancias alejadas al hecho novelístico. Y es esta nítida percepción de sí misma y este escrupuloso recuento de sus propias miserias, en suma, es la patética búsqueda de la verdad y de la identidad, lo que verdaderamente impele a la gran literatura norteamericana, lo que la convierte, precisamente por ello, en una de las literaturas más *ejemplares* de nuestra moderna cultura occidental.

INDICE GENERAL

Presentación	5
Guillem Calvo, Juan José, <i>En torno al ensayo de Orwell</i> , Suchi Were the Joys	7
Rochie, Mary, <i>Fact and fiction en The Road to Wigan Pier</i>	17
Gil Ramón, José, <i>1984 de George Orwell: un mundo en descomposición</i> ..	29
Ferrer Sequera, Julio, <i>Análisis, desde un punto de vista militar: cuestiones de incidencia en la obra de Orwell</i>	39
Sánchez Escribano, F. Javier, <i>La clase media en Keep the Aspidochelone</i> ..	47
Rodríguez, José Luis, <i>Lo social y lo natural en el humanismo orwelliano</i> ..	59
Hübner, Benno, <i>1984, ¿Regreso en el progreso? De la euforía tecnológica y el optimismo revolucionario socialista a la utopía verde</i>	71
Fruos, Luisa M ^a ., <i>Hijos de alimentos y materias primas: crisis de las economías antidrugs</i>	87
Vázquez Ota, Ignacio, <i>Aportación estilística de Orwell a la prosa inglesa</i> ..	109
Navarro Errasti, M ^a ., Pilar, <i>Aproximación lingüística al Newspeak</i>	119
López Jiménez, M ^a ., Angeles, <i>Generaciones y sexos en Orwell</i>	131
Onega, Susana, <i>Nineteen-eighty-four y la sifra</i>	149
Olivera, Macario, <i>El pesimismo existencial en Nineteen eighty-four</i>	163
Jean, Michele, <i>Así que pasen cuarenta años</i>	173
Olivares Rivera, Carmen, <i>Premónicas catastróficas en la ciencia-ficción</i> ..	179
Bardeyo, José M ^a ., <i>La novelística norteamericana y su negación de los mitos originales</i>	191

Este libro se terminó de imprimir
el día 13 de noviembre de 1984,

en
Facsimil,
Via de la Hispanidad, s. n.
Urbanización La Bombarda, 32.
Zaragoza - 10.

Laus Deo.